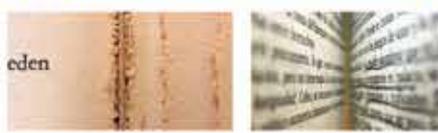


...preguntamos... la promesa de orgasmo sin contacto sexual. I...
...THE Legacy of Cain, concuiera a fusionar el amor y el dolor. I...
...a la penala con un eroté



Jugamos al aire libre,



la inutilidad
algoritmos
os o hij
madru
la cara ta

JUNIO 1958
LA OTRA
En la otra orilla
yo canto. Espera
El lago meca
mi sueño, mi ba
¿Qué traerá
la noche? ¿La euro
Allá se encienden
fuegos, fiestas...
Aquí en la sombra,
mi rama chorrea
gotas de luna...

LEÍDOS



haben wir das ve
n der Krise ist, die
Arbeit, die fehlt, e



306
INTERVALO DOLOROSO
hasta lo que no me causa dolor.



...ne a deux cent ans
...que quelques se Secours
Combray: en ac...
...aquel momento...



ESTEBAN FEUNE DE COLOMBI



...ieron toda la vida
...ellos se veían obligad
...por algún bien, C
...tasia vanguardista,
...oestía mal escrita y
...comiendo extre
...subproducto del pro
...eso es una g
...lo supuso un

Leídos

Un proyecto de Esteban Feune de Colombi

**Fotografías de libros
intervenidos por 99
escritores**

Julio - Agosto 2014 | Sala Juan L. Ortiz

Leídos es una experiencia de escritura e imagen de un carbonario de la literatura, de aquel que fisga el modo en que se lee un libro, acto generalmente silencioso e íntimo, que deja a su paso una serie de mañas del hombre primitivo, muescas sobre superficies donde el lector produce su moho. Mañas quizás del preso o del enamorado, con sus runas sobre paredes húmedas o cortezas de árbol. Leer es un acto de naturaleza intelectual y moral, pero Esteban Feune de Colombi lo convierte en un acto caprichoso, fruto de una industria personal. O personalísima, pues leer se torna un acto físico donde al libro se lo cubre de insignias, anotaciones o señales que muestran que por allí pasó un hombre. Esta huella primordial compone otro libro, poseído por un rastro dejado por un deseo de apropiación, que puede ser un subrayado o una página doblada hacia sí misma, indicativa de que allí se detuvo la lectura o de que hay un tesoro que podrá desaparecer en cuanto ese dobladillo se deshaga. Entrevistar lectores, que a su vez podrán ser escritores, y fotografiar las pisadas con las que pasan por un libro, es un trabajo de investigación que sabemos de memoria pero no tiene respuesta alguna que nos satisfaga: ¿Qué hacemos cuando leemos? ¿Qué punzón sacrificial cargan nuestras manos sobre el libro, contra el libro?

Horacio González
Director de la Biblioteca Nacional

Hace unos años heredé las *Obras completas* de Oliverio Girondo con anotaciones hechas en lápiz por mi abuelo materno, a quien no conocí. La débil, mística, titilante grafía de Karol, moribundo en su cama, daba la impresión de que desaparecería a cada vuelta de página. Él, amigo del poeta, había escrito en los márgenes de algunas páginas cosas como “en cualquier momento nos encontramos allá arriba”. Ante la posibilidad de que esas apostillas se perdieran, las fotografié por instinto.

Ése es el germen de *Leídos*, en el que registro lo que no deja marcas visibles ni corpóreas: la lectura. Por eso, para rescatar esos testimonios del olvido o del secreto de sumario del romance que protagonizan lector y libro, estante y biblioteca, elegí a escritores de toda calaña. Los hay jóvenes y viejos, poetas y novelistas, consagrados y desconocidos...

Ellos abrieron la pesada puerta de una bóveda en la que encontré, literalmente, de todo. Escritores que subrayan en lápiz, en gruesos marcadores, en birome; escritores que señalan lo que les interesa con servilletas de bares; escritores que escriben cuentos, anécdotas o sueños en las orillas de poemas ajenos; escritores que apresan flores entre páginas amarillas; escritores que doblan los extremos de las hojas; escritores que corrigen; escritores criteriosos a la hora de marcar los libros que leen y escritores que no tanto; escritores que usan los ejemplares más preciados de sus bibliotecas como agenda telefónica o posavasos; escritores que anotan sobre libros anotados; escritores que atesoran libros garabateados por otros escritores; escritores que parecen artistas plásticos; escritores que marcan lo que leen dejándose guiar por el bamboleo del colectivo o ¡del taxi! Y, por último, los ilustres ausentes de *Leídos*: aquellos que, como César Aira, Leila Guerriero o Rodrigo Fresán, no intervienen de ninguna forma los libros de sus bibliotecas de tal modo que parece que jamás hubieran sido tocados.

Desde el punto de vista estético, las fotos que fui tomando se adaptaron a lo que ofreció cada autor y a los “accidentes” que provocó nuestro encuentro. Nos juntamos generalmente en sus casas –o en bares aledaños– y dejé que las fotografías se impusieran a su ritmo, sin forzarlas. Por eso, las imágenes difieren mucho entre sí y fueron trazando un mapa tan cómico y fetichista como obsesivo o extraño.

El desafío más grande de *Leídos* fue ponerle un freno arbitrario al proyecto –99 escritores, lindo número– y exponer el heteróclito universo de fotos que considero más interesantes sin “atar” la imagen a un epígrafe esclarecedor sino dejando que esa información circule paralelamente en este catálogo.

Esteban Feune de Colombi

Inés Acevedo



Joaquim Machado de Assis, *Memorias póstumas de Brás Cubas*.
Buenos Aires, De La Flor, 2003.

Había ido a su casa por invitación de su marido. Una cena. No fue una noche más. Nosotros llevamos salmón fresco, ellos tenían cachetes de abadejo y merluza. “Viva el *peixe*”, dijeron. Unas semanas después, vuelvo al luminoso departamento de la calle Perón. Son las 4 de la tarde. Inés me cuenta que había elegido, para que yo fotografíe, la obra más conocida de Machado de Assis. Ahora bien, el libro —completamente intervenido— no está en la biblioteca: hace un tiempo, se lo regaló a un compañero de estudio

que se recuperaba de una grave enfermedad. Con aquel gesto, ella se proponía salvar a su amigo convaleciente. Entonces, compró un ejemplar del mismo libro y me lo presenta ahora, apretándolo por el lomo con las dos manos como si fuera un sándwich cuyos ingredientes son semillas de cacao, hojas de eucalipto, espigas de trigo, plumas blancas y restos de piel con pelos de un cuerito que cubre un sillón del living. Me gusta la idea de que haya vuelto a intervenir un libro cuyo sosias había curado a otro lector.

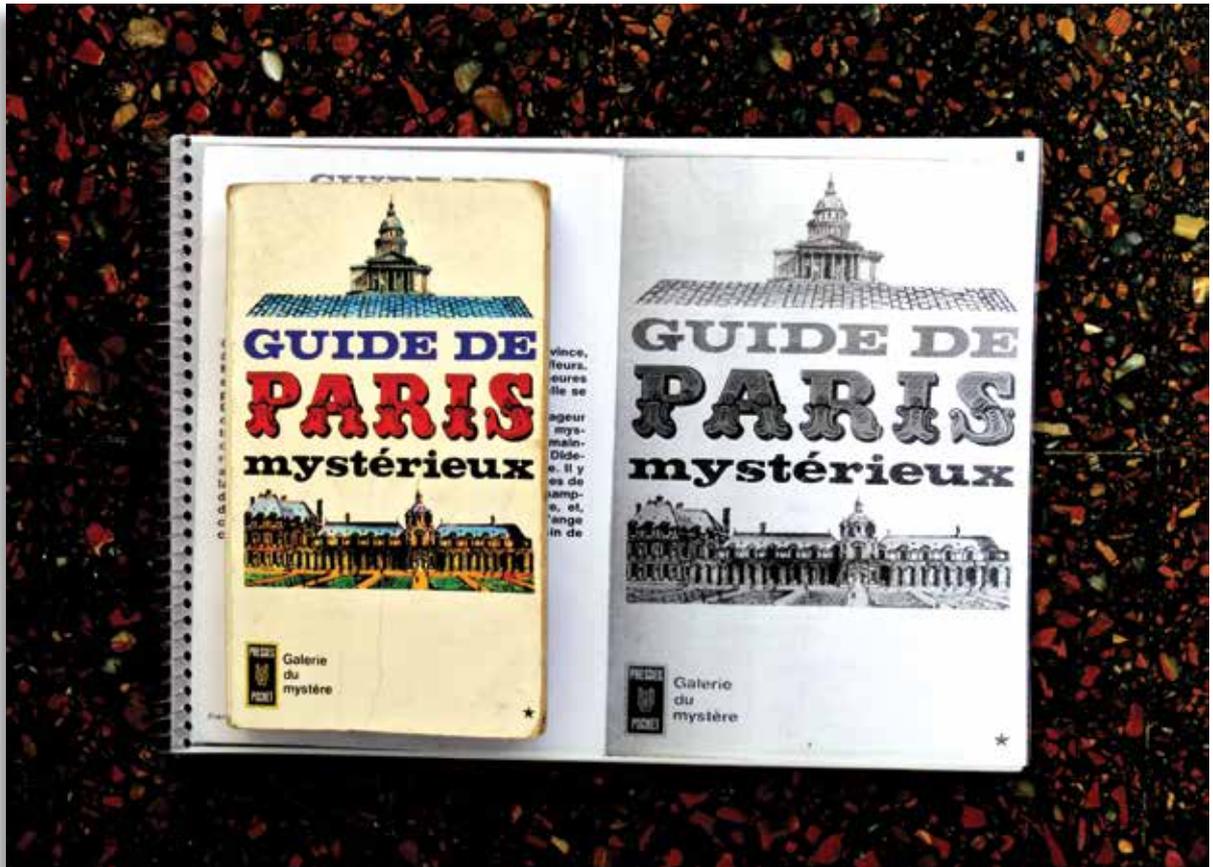
Ezequiel Alemian



Claude Burgelin, *Georges Perec*.
Paris, Seuil, 1988.

A su departamento –literalmente sitiado por libros: de la tierra al cielo– se accede por un tenebroso laberinto de pasillos y escaleras que formaban parte, en sus orígenes, de un gigantesco solar que perteneció a José Manuel Estrada. Una vez ahí, en lo que fue un pedazo del salón de la casa del famoso educador argentino, Ezequiel se declara un no subrayador nato, pero confiesa marcar las páginas que le interesan con servilletas de bares que frecuenta para leer o escribir. Si bien había pensado en mostrarme unos ejemplares de Marx anotados por su padre, elige una biografía de Perec detenida, por decirlo así, no en un párrafo sino en una foto en la que el autor de *W o el recuerdo de la infancia* aparece blandiendo una lapicera en la mesa de un bistró, encorvado sobre un texto.

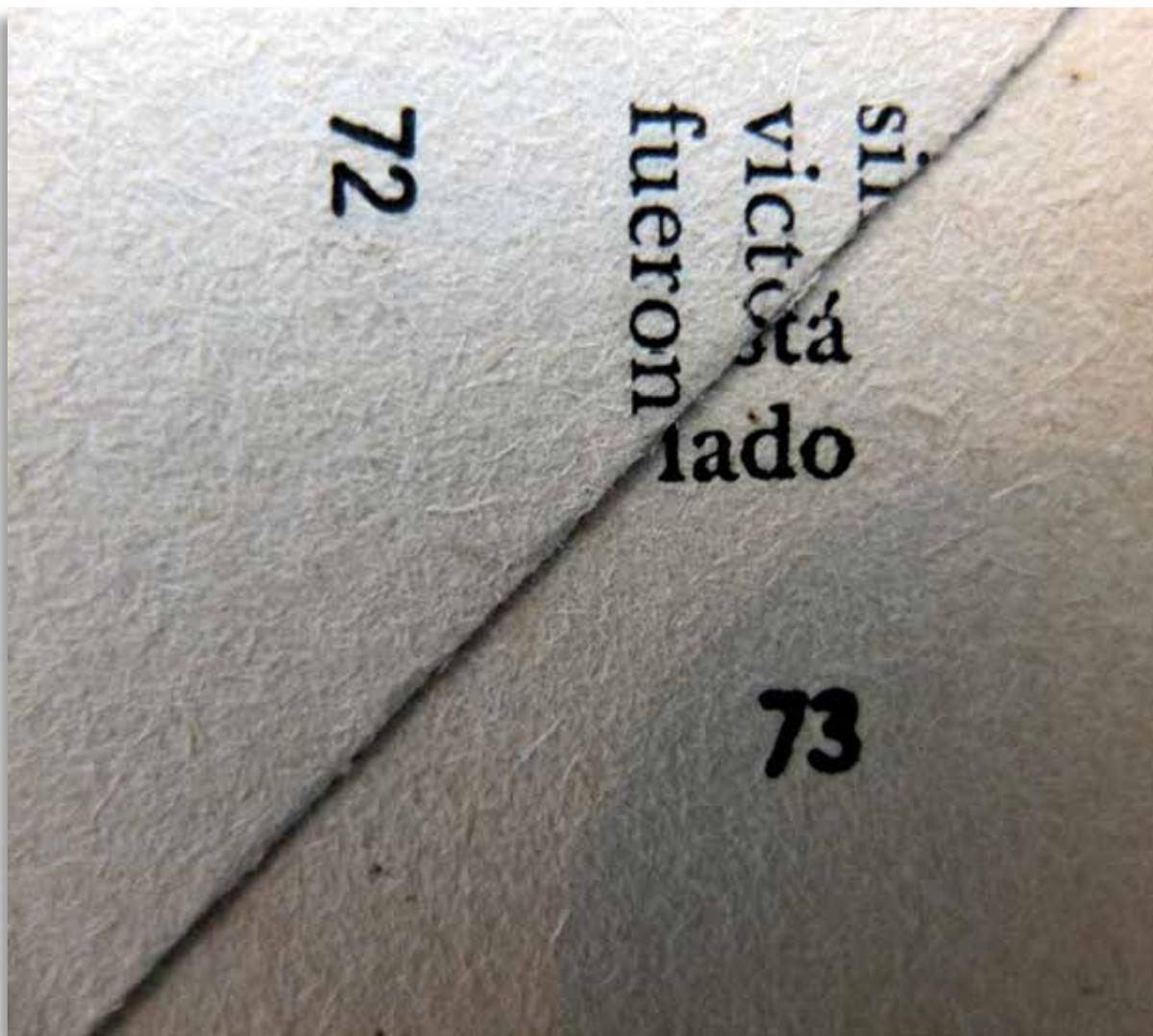
Matías Alinovi



François Carradec y Jean-Robert Masson, *Guide de Paris Mystérieux*.
Paris, Tchou, 1966.

Somnoliento, baja a abrir la puerta en pantuflas. Se quedó dormido. Nos embarcamos en un ascensor diminuto. Una vez en su departamento, Matías se entusiasma hablando de libros, de su larga estancia en París, de su biblioteca dividida, del teorema de Fermat, de la misteriosa desaparición de Ettore Majorana. Sin embargo, nunca se muestra tan entusiasta como cuando conversamos de Sergio “Maravilla” Martínez y de cómo, según él, el boxeador quilmeño redefinió el existencialismo hablando de tú, usando gafas “placebo”, llorando media hora en la ducha después de cada pelea, masticando muy a menudo la palabra “espíritu” y teniendo sólo una novia –y no mil amantes– a la que ve de tanto en tanto.

Selva
Almada

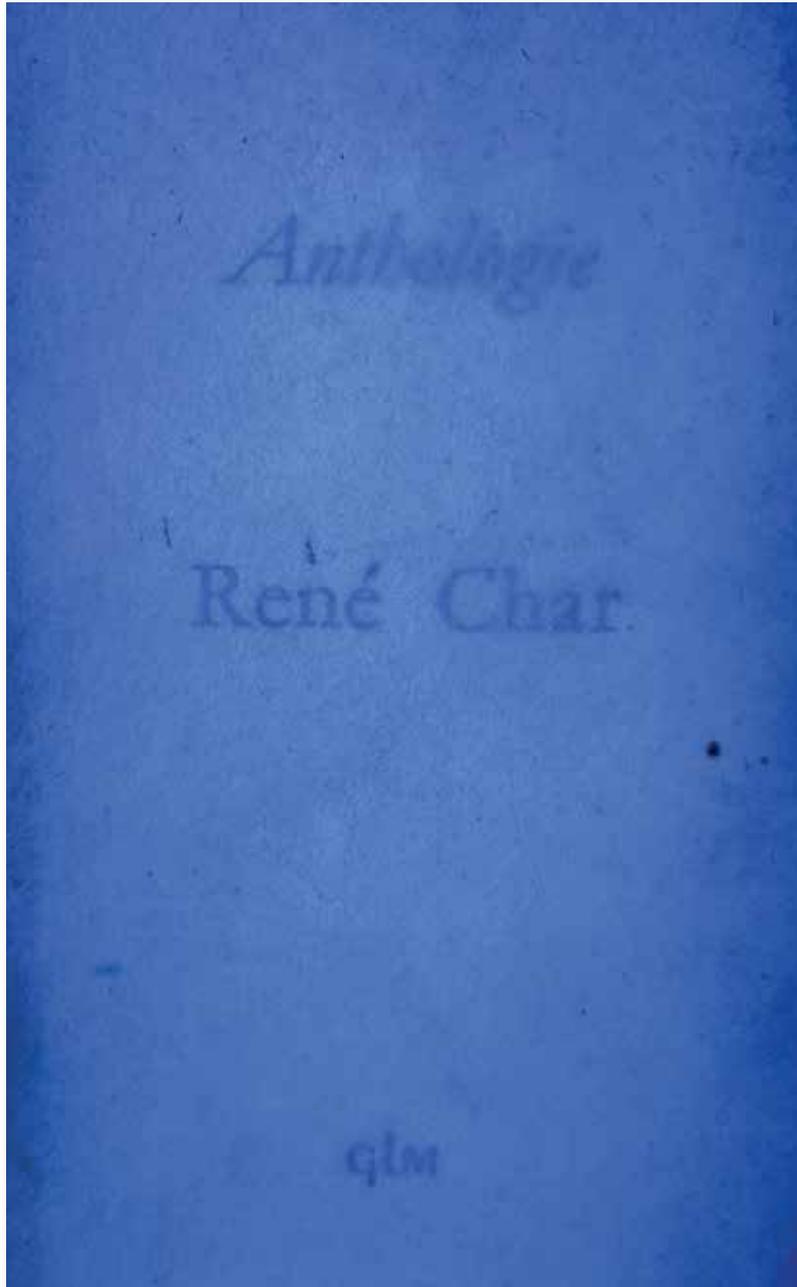


Horacio Quiroga, *De la vida de nuestros animales*.
Montevideo, Calicanto, 1977.

Una casa. Llego puntual. Es temprano. La ventana del living está abierta y da sobre una calle tranquila. Las cortinas flamean. Hace calor. Vengo de visitar a Pablo de Santis en Caballito. Esto sigue siendo Caballito, pero podría ser Chacarita. Ayer cumplí 33. El televisor está prendido en un canal de noticias que no tiene nada relevante que anunciar. Selva me ofrece un mate apenas dulce. Parece una mujer sin años. Hay algo que quiero contar, pero no recuerdo qué es. Un hombre se despide, una señora me saluda. Escribo ésta y todas las crónicas del

proyecto de un tirón –en presente, para convocar el pasado–, una vez elegidas y editadas las fotos que lo integran. Cierro los ojos, hago el esfuerzo. Una extravagancia... ¿la colección de libros de la editorial Acme, que no fotografié?, ¿las empalagosas dedicatorias de una española? Salvo un par de excepciones, las dedicatorias formarán parte de otra muestra. Acto seguido, salgo al patio y me encuentro con una foto del Flaco, con un pasaje de Chaco a Corrientes, con una canilla que pierde y con lo que hace rato pensé que encontraría: un insecto estallado.

Rodolfo
Alonso



Rene Char, *Anthologie*.
Paris, GLM, 1960.

Me había dicho por teléfono: “Están arreglando la vereda justo en la puerta de casa, así que, cuando llegues, pega la vuelta y te abro por el garage”. Detrás del canto de varios jilgueros –pájaros que parecen recién entrenados en el arte– se oye el diapasón de mil motores entonando en la Panamericana. Sin embargo, el hogar es un silencio que huele a perro. Espero algún ladrido: nada. La casa es un silencio y la voz estridente, casi juvenil del poeta, que apila y desapila libros en la mesa del co-

medor. Hay de todo, desde un tomo de *En el aura del sauce* con escalofriantes anotaciones del propio Juanele (su letra de araña en la arena), pasando por un trébol en un Yourcenar, hasta un ejemplar de *La crencha engrasada* que Rodolfo, primer traductor de Pessoa en América Latina, recita de memoria cortando los versos con una mano: “Tomá caña, pitá fuerte / jugá tu casimba al truco / y emborrachate, el mañana / es un grupo. / ¡Tras cartón está la muerte!”. Por supuesto, quedo en volver.

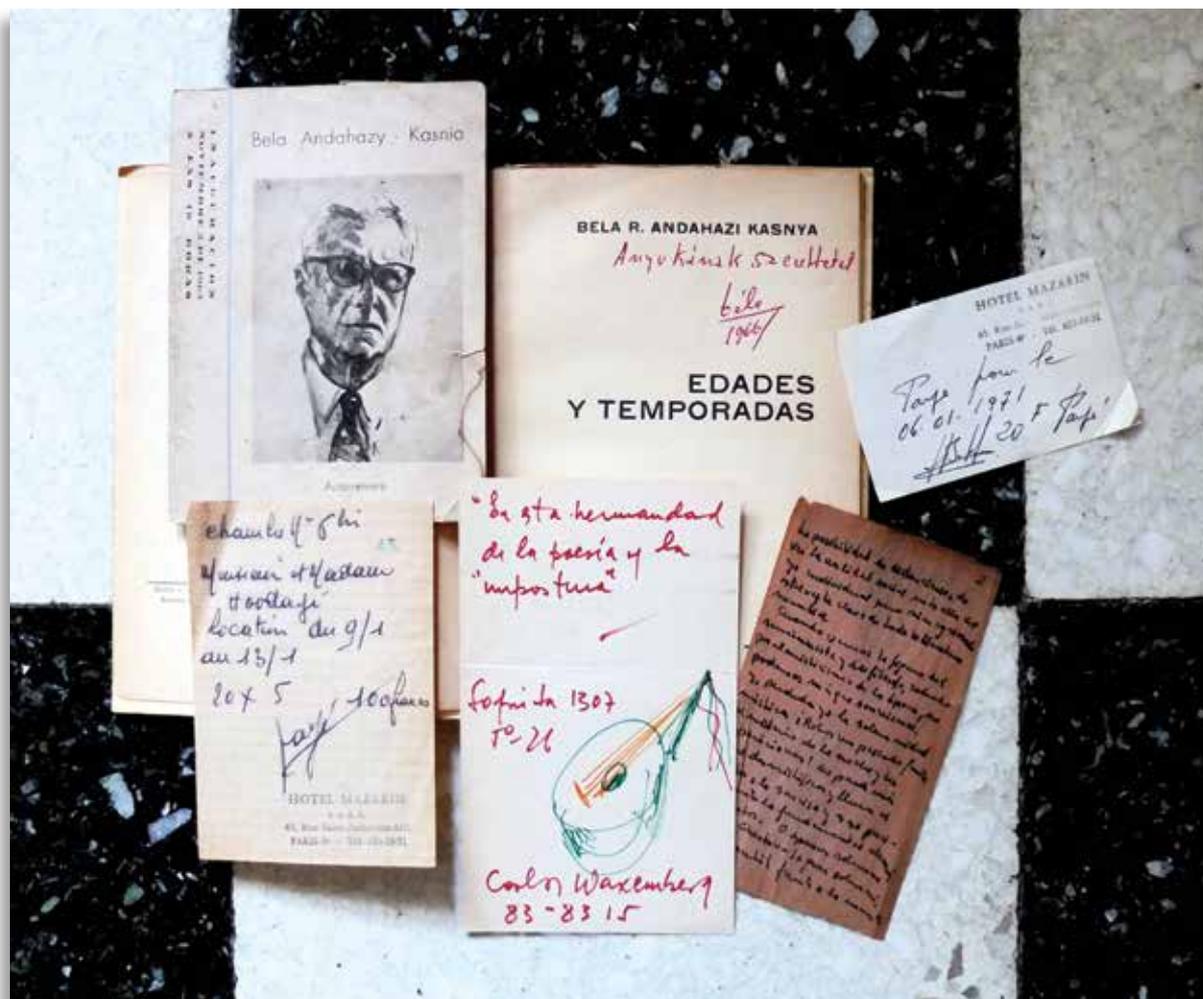
Gustavo
Álvarez Núñez



Louis-Ferdinand Céline, *Viaje al fin de la noche*.
Barcelona, Seix Barral, 1985.

Cuando aparece Gustavo, me pregunto si no me habré equivocado de fecha. No. Era hoy, sábado, y, al revés de lo que parece, se levantó hace rato. Alivio. En la terraza del edificio de sólo dos pisos los vecinos preparan un asado. Suena Memphis Slim en vinilo y luego la voz de GAN explicando que marca sutilmente los libros, en lápiz. A medida que la conversación avanza (y lo hace hasta el punto de que compartiríamos, si pudiéramos, barrio –Florida– y librería –Musaraña–), surgen señaladores de su banda Spleen y de una feria del libro ochentosa, dobleces variopintos y versos garabateados en páginas amarillas.

Federico Andahazi



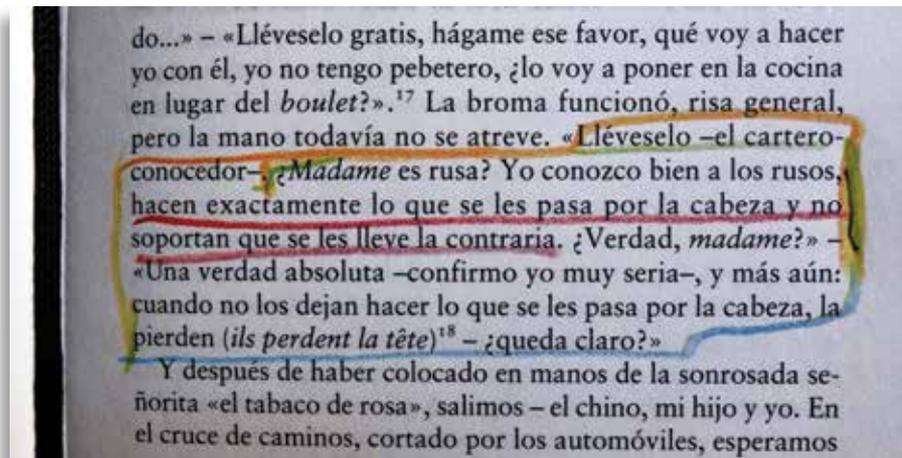
Bela R. Andahazi Kasnya, *Edades y temporadas*. Buenos Aires, Ediciones del Tiempo, 1966.

Llego con mi motoneta, estaciono en la vereda y entreveo, en el patio de entrada, una Honda Goldwing que me suena. Federico me confirma que se la prestó a un amigo que, oh coincidencia, boxeaba en el mismo gimnasio que yo. Corte al comedor, en una de cuyas esquinas dormita una majestuosa Indian 741 B de la Segunda Guerra –con palanca de cambios, como un auto!– que está siendo restaurada. No salimos del fascinante universo de las motocicletas hasta que la mujer de mi anfitrión, en su camino

hacia la puerta de salida, nos indica con juicio que estamos conversando a oscuras. Cuando se prenden las luces, el único libro fotografiado exhibe sus credenciales, que me dejan mudo: cuentas de un hotel parisino, dibujos, programas de mano y servilletas borroneadas por Bela, el padre del famoso escritor, que no supo que su viejo –psicoanalista de profesión, como él– escribía hasta que se topó con este engordado ejemplar en la biblioteca de su abuelo materno.

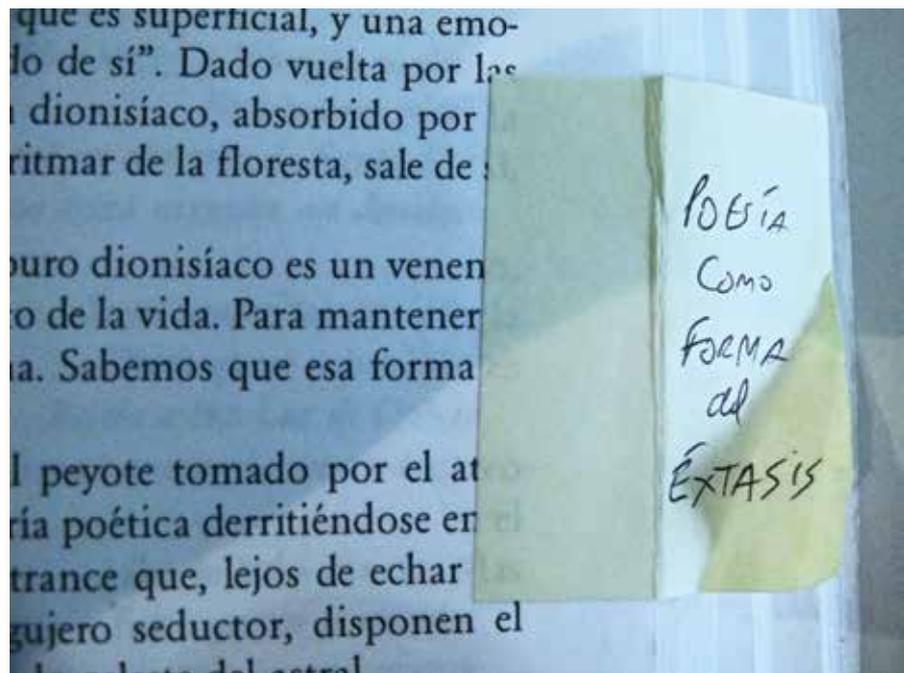
Teresa Arijón

Marina Tsvietáieva, *Un espíritu prisionero*.
Barcelona, Galaxia Gutenberg, 1999.

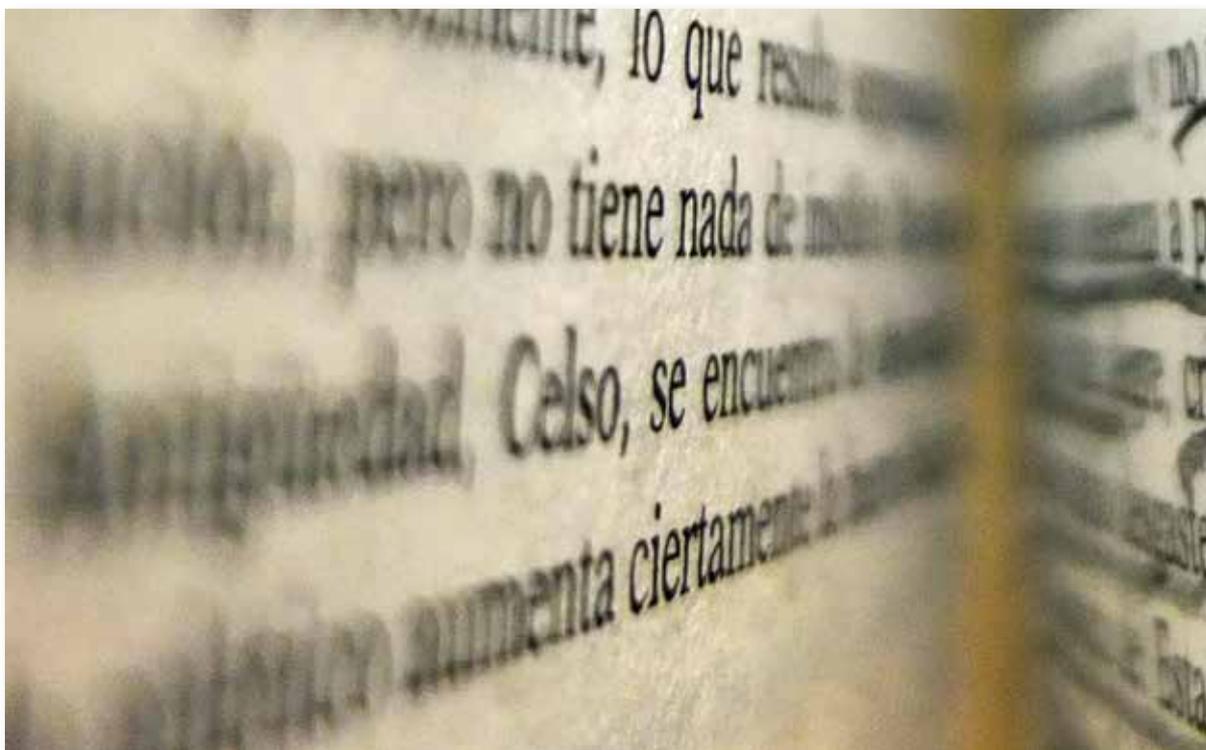


Oswaldo Baigorria

Néstor Perlongher, *Prosa plebeya*.
Buenos Aires, Colihue, 1996.



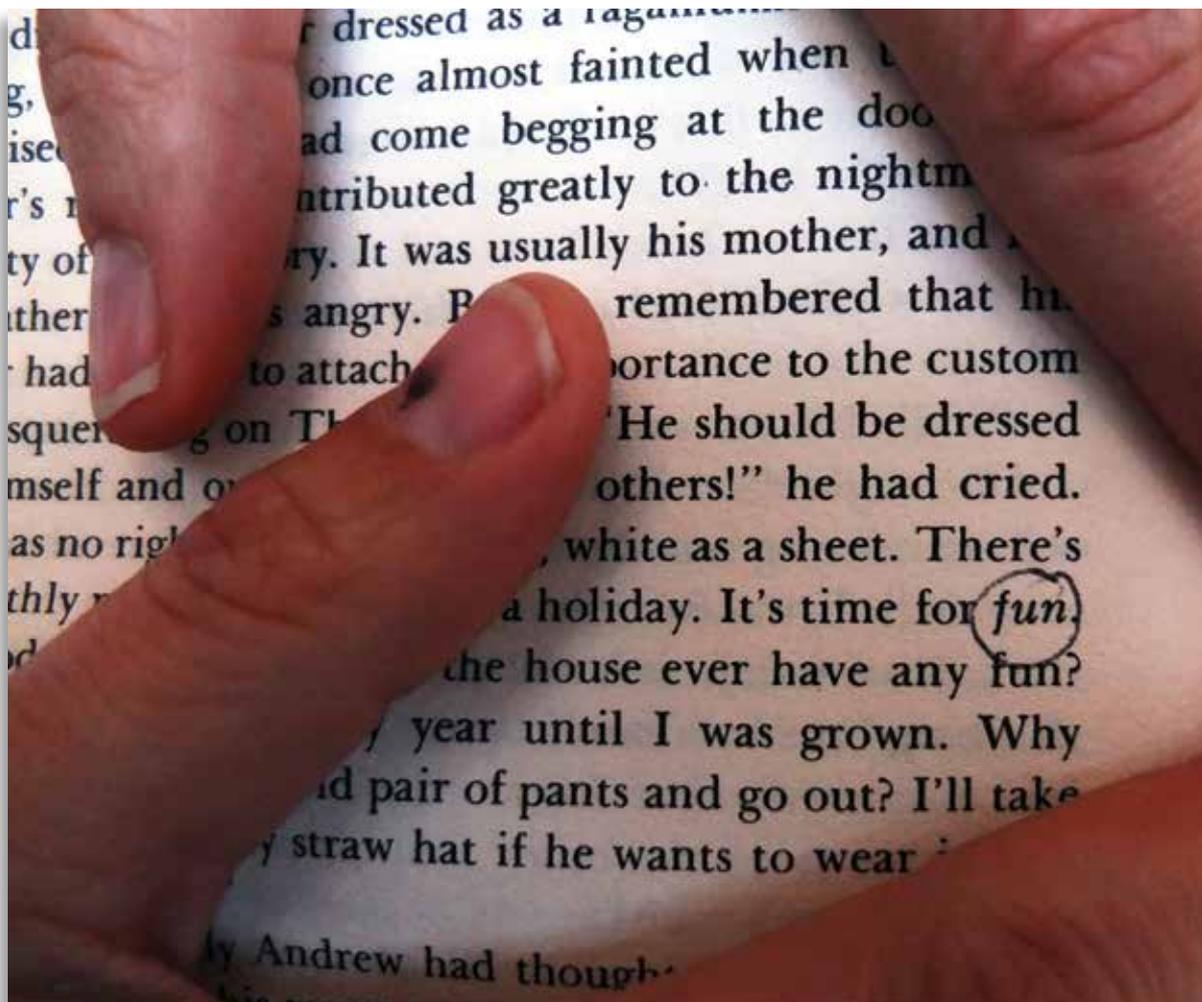
Sandro Barrella



Ernst Jünger, *Acercamientos. Drogas y ebriedad*.
Barcelona, Tusquets, 2000.

Visito con errática frecuencia la librería Norte desde fines de los 90. Entonces, trataba de comprar cualquier libro de poesía que me pareciera lo suficientemente raro como para darme ínfulas de lector exquisito. A base de César Bruto y González Tuñón y a cambio de que le hablara con acento cordobés, Héctor Yánover borró de un plumazo esas veleidades. En el mismo reducto di una tarde con Sandro Barrella, eximio librero al que ahora vengo a ver en busca del ejemplar intervenido. Un Jünger. Clientes –y no advenedizos que confunden a Manuel con Arturo Puig y a *Macbeth* con Malbec, como librerías con sucursales– merodean las islas, olfatean los anaqueles, leen de pie. Hago lo propio buscando la mejor luz. Sabiendo que eso resulta imposible, planto el mamotreto en el estante de la letra “j” y disparo.

Gabriela
Bejerman



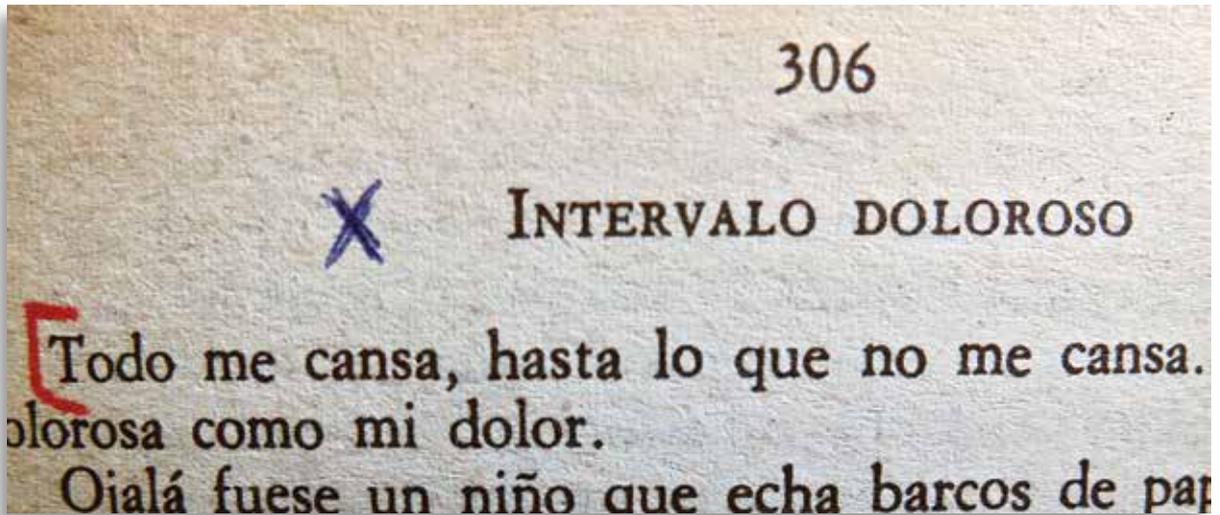
Jane Bowles, *My Sister's Hand in Mine: The Collected Works of Jane Bowles*.
Nueva York, FSG, 1966.

Ensayábamos la obra de teatro *Siete colchones*, que nos tenía como protagonistas, en casa de Bárbara, la directora. Gaby fue una de las primeras cómplices de *Letidos*: de hecho, no tenía muy claro para dónde iba la idea cuando le propuse que participara. Había llovido durante toda la tarde. Cuando paró, salimos a un patio bastante pequeño y allí, asediados por la turbia mirada de una gata persa y por los murmullos de nuestros compañeros de elenco, intentamos plasmar lo que se ve acá.

Ariel Bermani

A vanzaba por la calle 25 de Mayo como si fuera un hombre de a caballo, bichando el estado calamitoso de cada baldosa, esperando sorprender en los buracos de la vereda un roedor en vez de una pechera fluorescente blandiendo un pico. El estruendo callejero estaba lejos de saciar la pretensión de un crepúsculo en el que idealmente brillarían bichitos de luz y las crines de mi zaino. El Instituto de Literatura Argentina está ubicado en el primer piso de un edificio

inmenso, una mole digna de La Habana o de un cuento de Bulgakov. Subo las escaleras señoriales no como un señor sino como un insecto. Las trepo. Doy vueltas y vueltas hasta perderme; recién entonces diviso la puerta del despacho en el que trabaja Ariel Bermani todas las mañanas del mundo. El libro que fotografío sobre un atril de hierro bien podría haber sido escrito por ese Bartleby en una anónima, silenciosa maroma de libros arrugados y penumbra.



Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*.
Barcelona, Seix Barral, 1984.

Sergio Bizzio



Jorge Di Paola, *Minga!*
Buenos Aires, FCE, 2012.

Un día, espiando la biblioteca de mi tía Renata en Ginebra, me encontré con *Gran salón con piano*, el primer libro de poemas de Sergio Bizzio. Le pregunté si se conocían y ella me contó que habían sido novios. El cuento no pasó a mayores. Años después, me llegó *El día feliz de Charlie Feiling* a la redacción en la que trabajaba. Lo empecé a leer de inmediato y en la primera página descubrí que Renata era uno de los personajes. Fue así cómo entré en contacto con Sergio... Ahora estoy en su casa, él va de acá para allá como un trompo buscando un libro

que se hizo humo. “¿Se lo presté a Garamona?”. Lo llama; Garamona no contesta. En el ínterin, registro una anomalía –un libro del propio autor, pero dedicado a él por Lux Lindner, el artista que hizo la tapa– y un ¿volcán de lava azul? irrumpiendo en *Minga!* Mientras tanto, Sergio me ofrenda una joyita de Fogwill y, como quien no quiere la cosa, levanta de una mesa ratona *El bosque de la noche* y se pasma con las anotaciones de su novia, Lucía Puenzo, que está acá, entre nosotros, y se desentiende graciosamente del tema.

34	Mano...	69
35	El enojo del Seléucida	70
36	Cuando se aviven	71
37	En la calle	72
38	Ante la estatua de Endimión	73
39	En una ciudad de Osroene	74
40	En la travesía	75
41	Para Ammón que murió a los 29 años, en el año 610	76
42	Uno de sus dioses	77
43	En la tarde	78
44	Al placer sensual	79
45	Gris	80
46	La tumba de Iasis	81
47	En el mes de Atir	82
48	He mirado tanto	83
49	La tumba de Ignacio	84
50	Día de 1903	85
51	El escaparate del estanco	86
52	Cesarión	87
53	Cuerpo, recuerda	88
54	La tumba de Lanis	89
55	Entendimiento	90
56	El plazo de Nerón	91
57	Enviados de Alejandría	93
58	Aristóbulo	94
59	En el puerto	
60	Emiliano Monac, alejandrino, 628-655 d.C.	
61	Desde l...	

Mariano Blatt

Otro aparente no subrayador que termina mostrando credenciales de subrayador. Sutil, es cierto (siempre con lápiz), pero subrayador –o “marcador”– al fin. Me gusta cómo pega la luz en el balcón, así que salgo empuñando las conversaciones de Juanele, entre las que aparecen algunos tímidos dobles. Y luego, de vuelta a la sombra y sobre una silla playera, algo hasta ahora inédito: las categóricas marcas en el índice, en este caso en un libro de poemas de Kavafis. La cosecha pintaba magra y se revela muy rica.

Kavafis, Obras selectas.
Barcelona, Edicomunicación, 1999.

Ivonne Bordelois

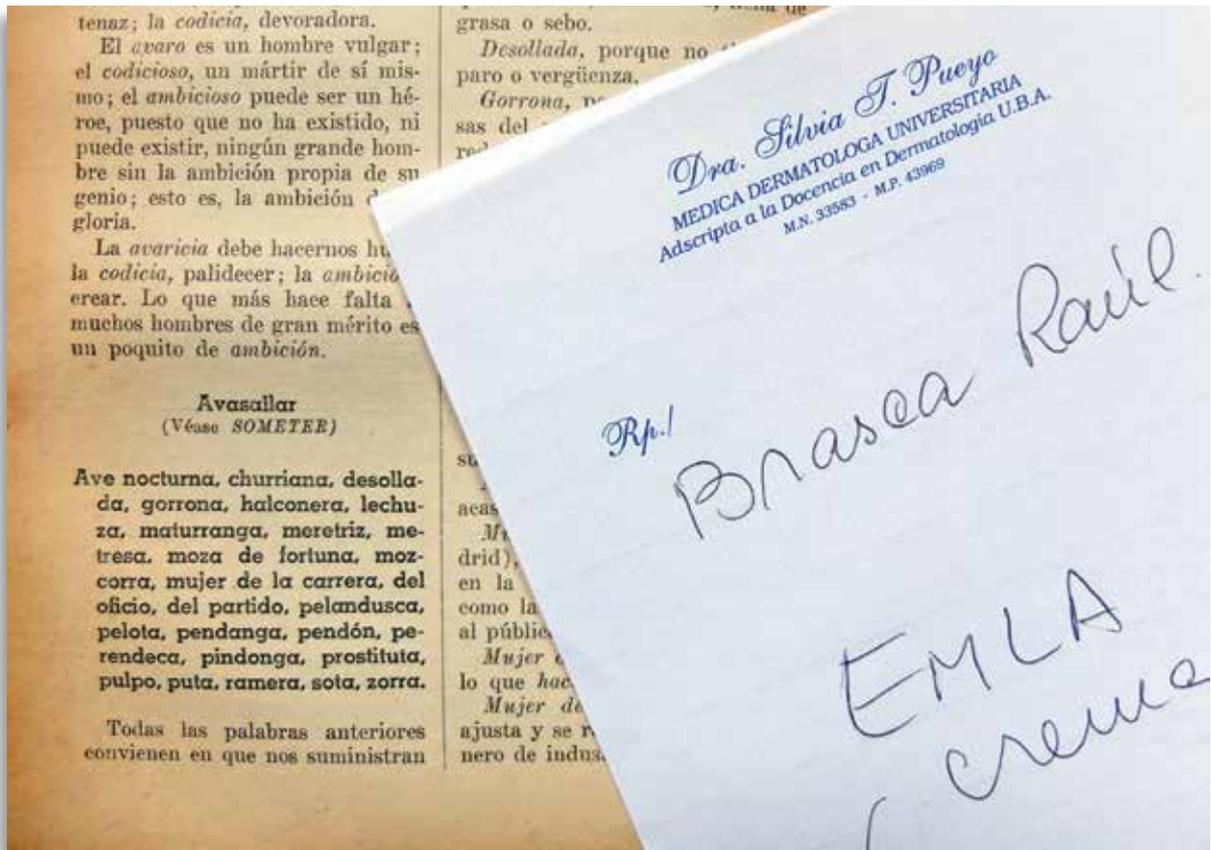


Jorge Luis Borges, *Obra poética*.
Buenos Aires, Emecé, 1954.

Al cabo de un rato de conversar en el living del departamento de Ivonne, situado justo encima de Clásica y Moderna, elijo las capturas y enfilo al balcón. Qué prodigio que la fotografía no registre los ruidos sino que todo lo fije –barullos, silencio o música–, lo anestesié de forma doblemente lapidaria. Algo similar pasa con los libros, a menos que tengan, como me

toca ahora, a medida que una sinfonía de bocinazos avanza por la avenida Callao, dobles, observaciones, páginas sueltas, manchas, desgarraduras, papelitos dentro y otras yerbas: lomos maltrechos o hilos deshilachados que, captados de muy cerca, parecen agujeros en el pavimento, colmenas, mapas perplejos, dentaduras de papel.

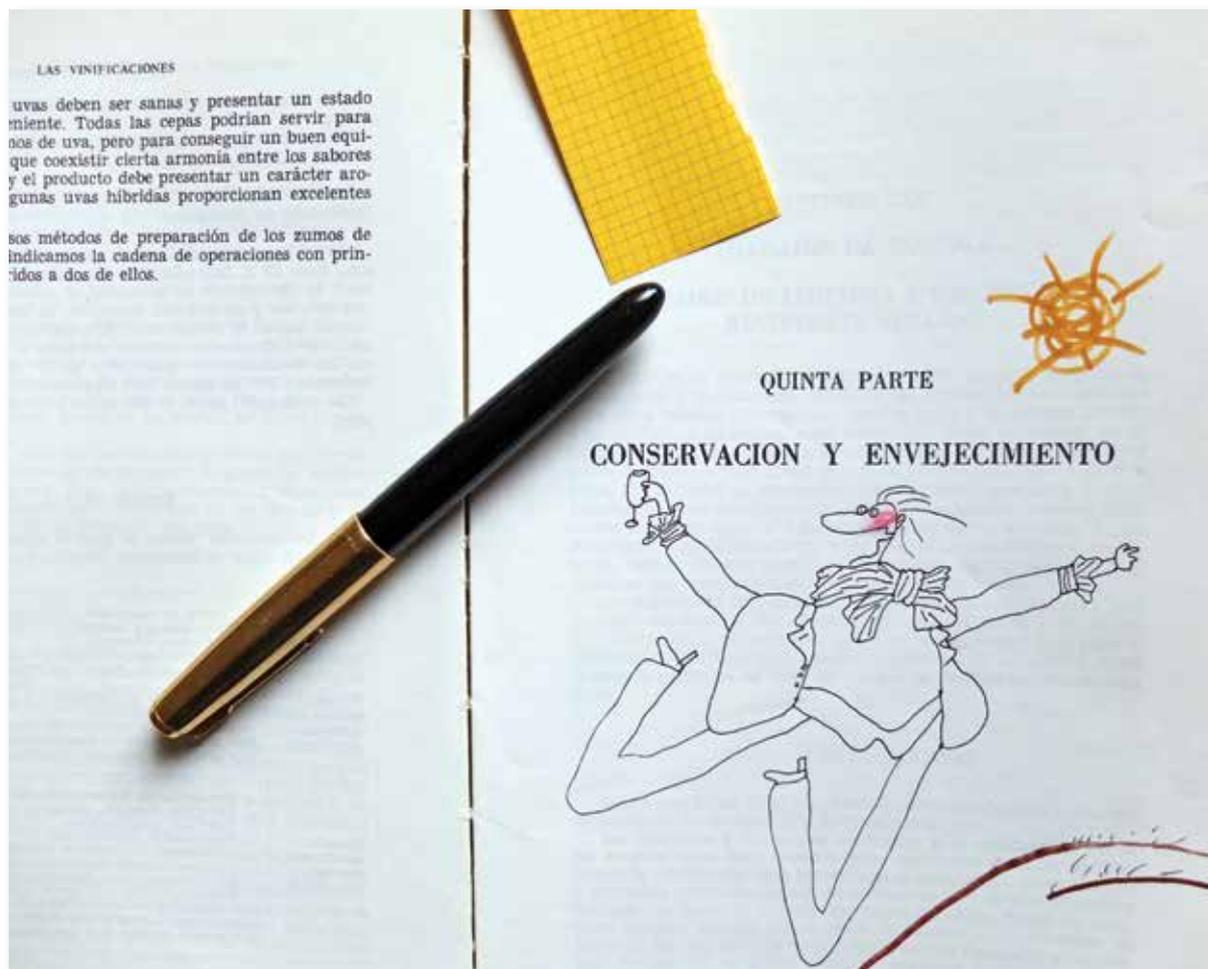
Raúl Brasca



Roque Barcia, *Sinónimos castellanos*.
Buenos Aires, Sopena Argentina, 1967.

La casa de Raúl está en Martínez y tiene dos puertas de entrada; él, lógicamente, sale a recibirme por una porque no puede desdoblarse y porque la otra pertenece a un garage convertido en estudio en el que su hija da clases de música. Es sábado, está a punto de llover, y un inesperado pero bienvenido frío primaveral convierte este suburbio bonaerense en periferia varsovia. Su "hola" llega justo antes de una gran sonrisa, al mismo tiempo que saluda con su mano en forma de bandera, en la vereda de enfrente, a una vecina tironeada por un perro sin raza. En aparente desorden, los libros reposan en las paredes de un cuartito luminoso, dominado por una vieja computadora y una cama-sillón de una plaza. La selección estaba hecha: un ejemplar del polaco Lec con apostillas sucintas –perpendiculares signos de exclamación– y el bodoque de Barcia comido por familiares ácaros y marcado por recetas no efectivizadas en la "a", con especial hincapié en los sinónimos de "ave nocturna", que leemos en voz alta, a la manera de un equipo de rugby, titulares y suplentes: "churriana, desollado, gorrón, halconera, lechuzca, maturranga, meretriz, metresa, moza de fortuna, mozcorra, mujer de la carrera, del oficio, del partido, pelandusca, pelota, pendanga, pendón, perendeca, pindonga, prostituta, pulpo, puta, ramera, sota, zorra".

Miguel Brascó



Emile Peynaud, *Enología práctica*.
Madrid, Mundi-Prensa, 2003.

A Brascó, ese hombre vuelto apellido, ese apellido vuelto hombre –un apellido que suena a ventana guillotina cayendo a la hora del vermouth en pleno arrabal–, le vendí hace años una crónica de la primera Creamfields que desembarcó en Buenos Aires, y él la compró enarbolando una Lamy con la que sus dedos de boxeador peso crucero diagramaron la doble página que me tocaría en la revista *Ego*. Empaño el oxímoron: no hay peso crucero en esta órbita mediocre de amanuenses burócratas capaz de dibujar como Brascó. Y Brascó, ese under de la superficie, ese on del off, acumula miles de oxímorones (¿tendrá plural esa palabra?). Con más de 80 y menos de 90, Brascó es, afanando una expresión que Freud les atribuye a chicuelos, un “perverso polimorfo” que mete miedo. Se dedica o se dedicó con parejo talento al humor político, el dibujo, la música (¡compuso una ópera!), el periodismo de vinos, la colección de mujeres, el derecho, la televisión, los viajes, las revistas y los clubes epicúreos... Y eso resulta así por más que él quisiera sólo ser llamado “escritor” y por más que, pluma en mano, escriba bárbaro, mezclando oralidad coloquial y careteo. Golpeo la puerta y sin que medie circunloquio empezamos a chacharear de poesía. “¿Es esto lo que buscabas?”, me pregunta después de mostrarme sus boteritos-modiglianescos beodos en un manual de enología. No hay respuesta que equipare el contento.

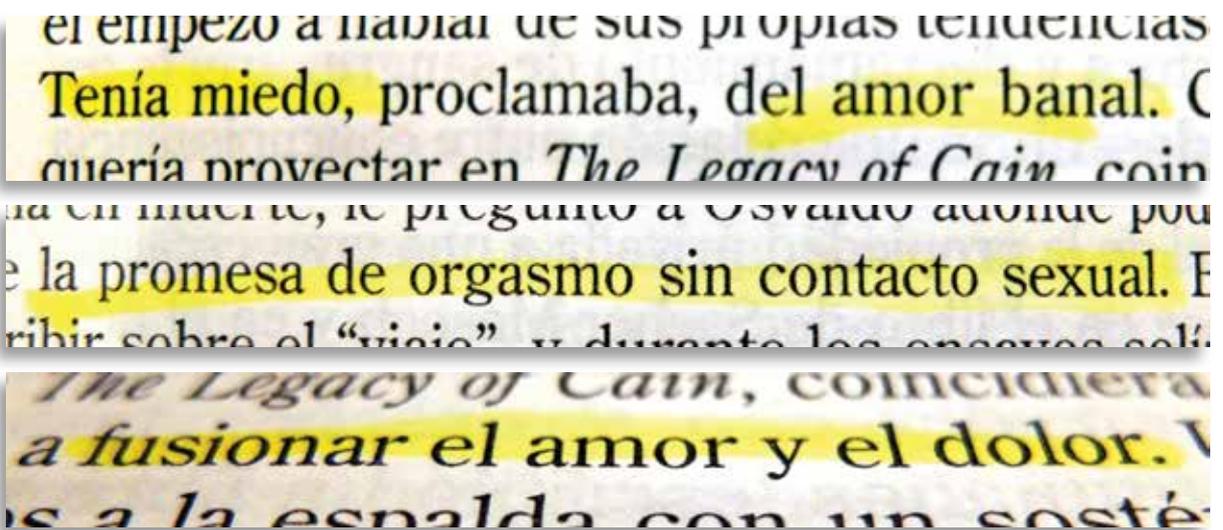
Leopoldo Brizuela



Experimento hecho vía mail.

E. Lucas Bridges, *Uttermost Part of the Earth*. Nueva York, Overlook Press, 2008.

Marc Caellas

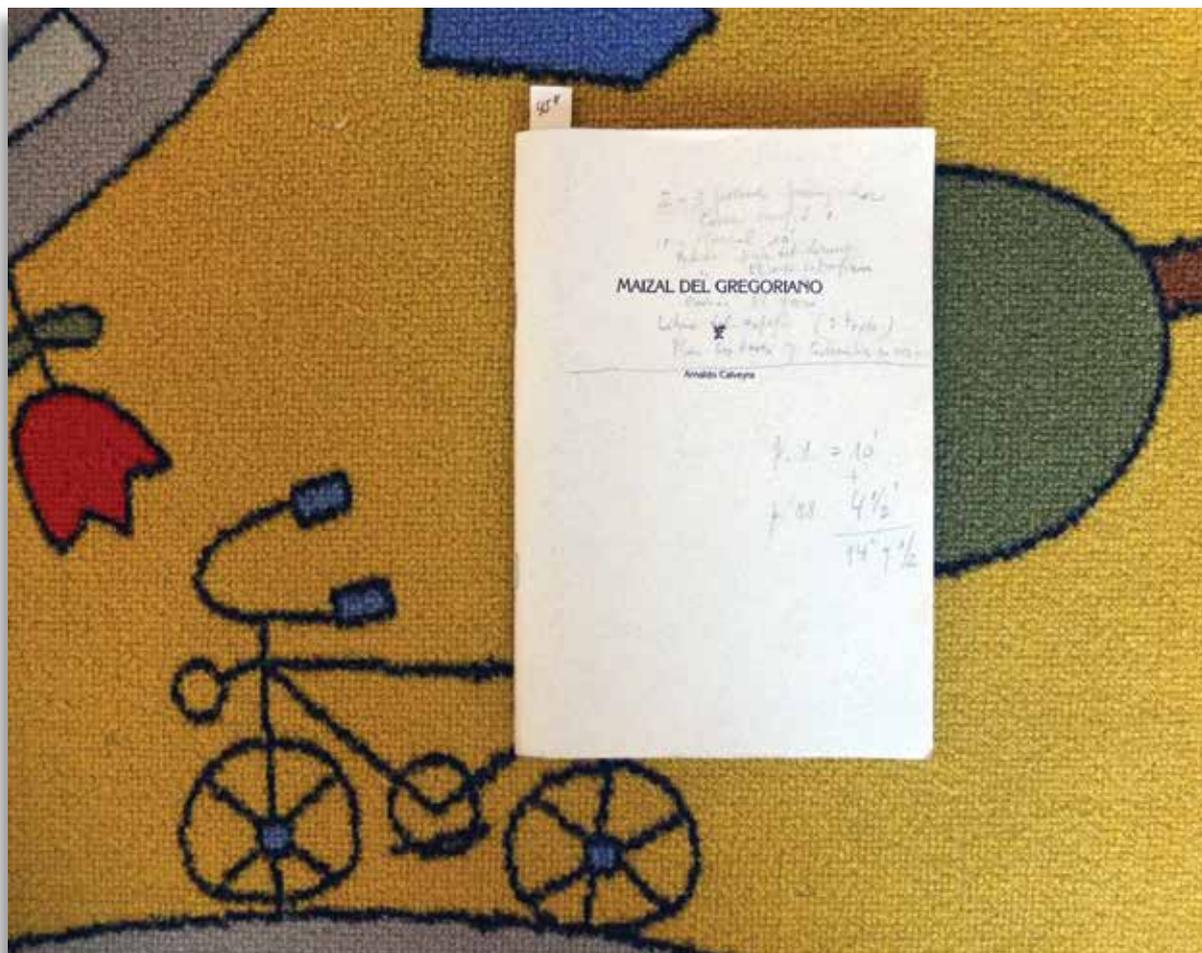


John Tytell, *The Living Theatre. Arte, exilio y escándalo*. Barcelona, La Liebre de Marzo, 2009.

Trabajamos juntos desde hace tres años en el imprevisible universo del teatro fuera de las salas intentando montar, como escribimos en un petulante manifiesto, “superproducciones teatrales de bajo costo”. Honrando nuestra colaboración, fotografio estos extraños ejemplares en medio de un ensayo, en la librería

Eterna Cadencia, vestido de personaje decimonónico, con galera y bastón. Esteban, uno de los libreros y actor circunstancial de la obra que llevamos adelante (un experimento basado en *El paseo*, de Robert Walser), nos mira como si fuésemos tiburones fuera del agua o libros sin hojas ni tapas.

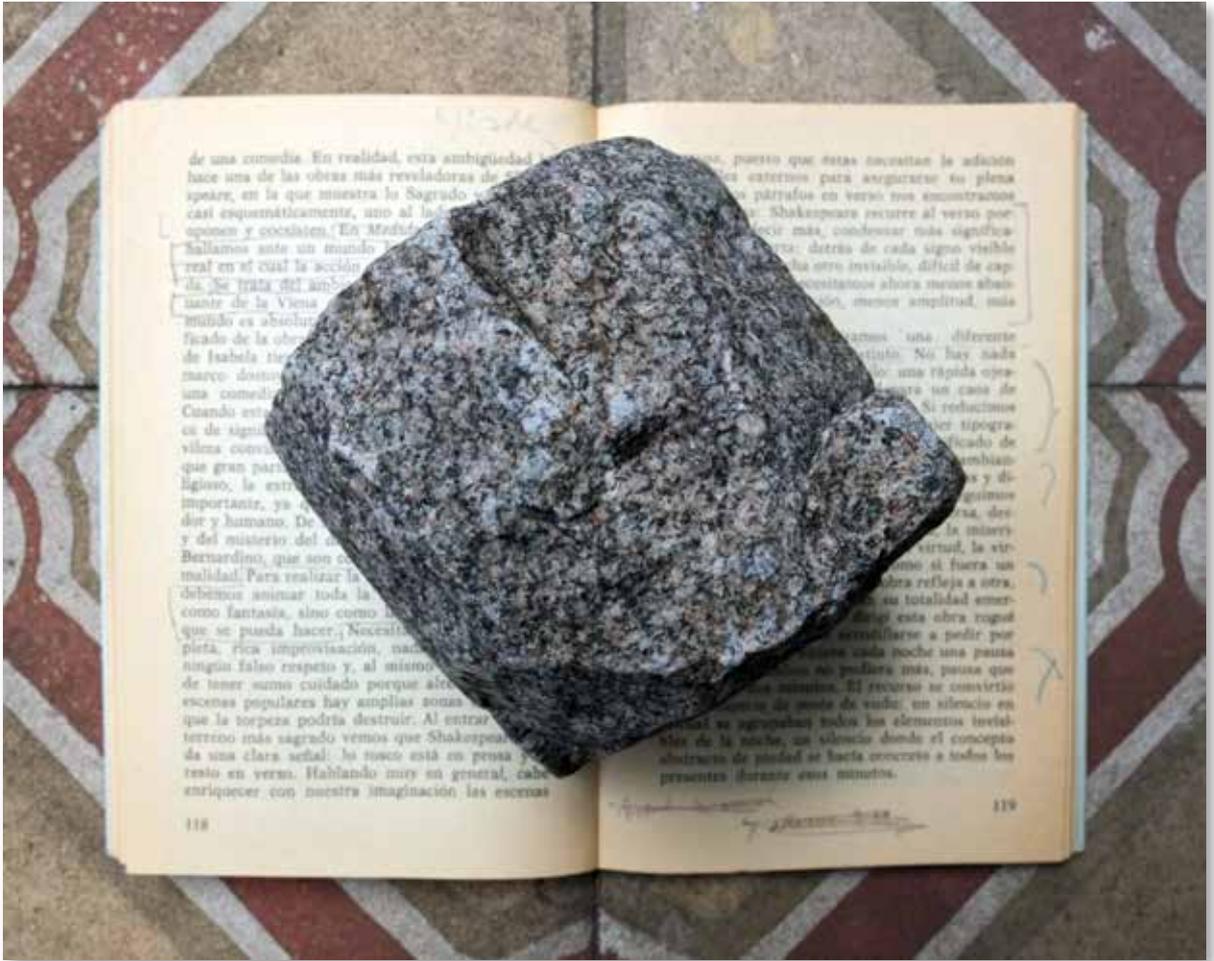
Arnaldo
Calveyra



Arnaldo Calveyra, *Maizal del gregoriano*.
Buenos Aires, edición impresa y encuadernada a mano, 2005.

Ofrenda de Matías Serra Bradford.

Luis Cano



Peter Brook, *El espacio vacío*.
Barcelona, Península, 1986.

La puerta de la Escuela Metropolitana de Arte Dramático está cerrada. Cada tanto sale algún alumno distraído, pero no soy ducho en escabullirme. Después de un rato, toco el timbre. Atiende un señor de bigotes... ¿cómo sé que la voz proviene de un hombre bigotudo? Porque me habla desde el balcón del primer –y único, al parecer– piso, mientras deja caer un hilo con una llave atada en la punta. Abro la puerta, subo la escalera. Luis aparece en el hall de la vieja casa chorizo antes de que sepa que se trata de él. Ahora ya lo sé, los bigotes y un par de ojos llenos de gestos me lo dejan claro. Mientras hojeo, en un aula, los fetiches elegidos (todos de 1986), me

cuenta esta anécdota: hace unos años compró un libro sobre Raúl Alfonsín y, al empezar a leerlo, constató que estaba escrito en futuro, así que garabateó la palabra “futuro” en la primera página y la rodeó de signos de pregunta. Como a Luis no le cuesta desprenderse de muchos de los libros que lee (sólo guarda aquellos que se llevaría de vacaciones, dice), aquel ejemplar cambió rápidamente de dueño. Sin embargo, mucho tiempo después, necesitó volver a comprarlo. Recurrió a MercadoLibre. Cuando el ejemplar cayó en sus manos, lo abrió y leyó “¿futuro?” escrito con una caligrafía idéntica a la suya. Se asustó tanto, que rompió literalmente el volumen en dos.

Abelardo
Castillo



Recorte de su biblioteca
(Varios ejemplares de la Biblioteca Filosófica Tor.)

Ofrenda de Sylvia Iparraguirre.

Sergio Chejfec



Leopoldo Marechal, *Adán Buenosayres*.
Buenos Aires, Sudamericana, 1984.

Me entero gracias a un amigo de que Sergio estaba de paso por Buenos Aires. Muy gentil, apenas lo contacto se propone recibirme sin dilaciones en su casa porteña, un departamento de aspecto monacal en un bellissimo edificio art déco. Nos instalamos en un cuarto que hace las veces de biblioteca: los lomos que veo me hacen pensar en esas mujeres regordetas, tímidas o feúchas –o las tres cosas a la vez– que nadie invita a bailar. Sale de improvviso, en moderada marcha atrás, la novela de Marechal de un estante. Las manchas simétricas que se ven en la parte superior me impresionan tanto a mí como al dueño del libro, que aclara: “Éstas son mis lecturas de adolescente”. Algunos ejemplares crujen como si fueran el piso de parquet de una mansión abandonada, mientras que de otros emana un tufo seco, ahogado, parecido a la risa del Odradek.

Eh! Es ella, o una alucinación?!¹ Su cabeza...
danzarina o la manzarina?... escudriñando el
La bayadera!!!

Alumbrada, en el resplandor: con una enorme
dorada por cabeza, y en un sari irisado, la exó
rindia vientreculicimbreadose escurridiza al bo
llamas.

Sebosa, eh, bien embadurnada de grasa. Contra l
duras?² Y con su manzana tan reluciente. Se va a
que se derrite... Se la quiere arrancar? A cabe
Se va a descalabrar, en su pataletargo epilépti

Y chillaba en falsete, Fall! Fall!, tembleque
con convulsiones titilantes, y llevándose las m
manzana. Fall!³

Malum!, latineó menciando la cabeza el fraile
Malum prohibitum. Por la manzana vino el ma
do. La manzana del mal. De la discordia. Fruto
y se pellizó la papada. Tajantemente. Ajá, aqu
tollada que aún nos remuerde la conciencia...

Mors... Morse?⁴ y Don Juan extendió un braz
recha, hacia los flasheos. (Al fondo, junto a la
yedrada y semioculto por un sicomoro, aquel fa
que⁵ blanco que encendía apagaba encendía
mente su linterna.) Morse and remorse...

Qué?! :-?.-!-..?-!?...
Raya punto. Punto raya. Raya punto punto. P
Punto. Punto punto punto. Raya punto raya pu
punto. Punto. Punto raya punto. Raya. Raya
Raya raya raya punto punto punto. Raya. Raya
Raya punto punto. Raya raya raya. Punto. Pu

— 27 —

Luis Chitarroni

Con Luis (aka Ludwig, Louis, Lewis, Luiz, Luigi, Lluís, Luisinho, Ludoviko, Lois, Luj, Lodewijk, Lajos, Lubis, Siul, Savy, Monsieur Teste, Yorick, Dom Pérignon, Pnin, señor Pronto, Hugonote, Van Lüüd, Calmuco, The Man Who Was Another Day Except Today, Malamud con barba, Lytton... hasta convertir al otro en recodo de sí, mero apodo) parloteamos literal y lateralmente de todo. Así, como quien no quiere la cosa, pero queriéndola con devoción franciscana, una tarde olvidable me conversa de *A Humument*, la quimérica obra del artista inglés Tom Philips, sin que yo advierta –iluso en la ilusión de, por suerte, no saber ni entender hasta ahora, ahora mismo, escribiendo– que me muestra, en un mar de hojas cosidas, pegadas o abrochadas, y sobre las que rema como un anfibio, lo idéntico que hizo con el palimpsesto de Julián Ríos.

Julián Ríos, *Larva*.
Barcelona, Llibres del Mall, 1983.

Oliverio Coelho

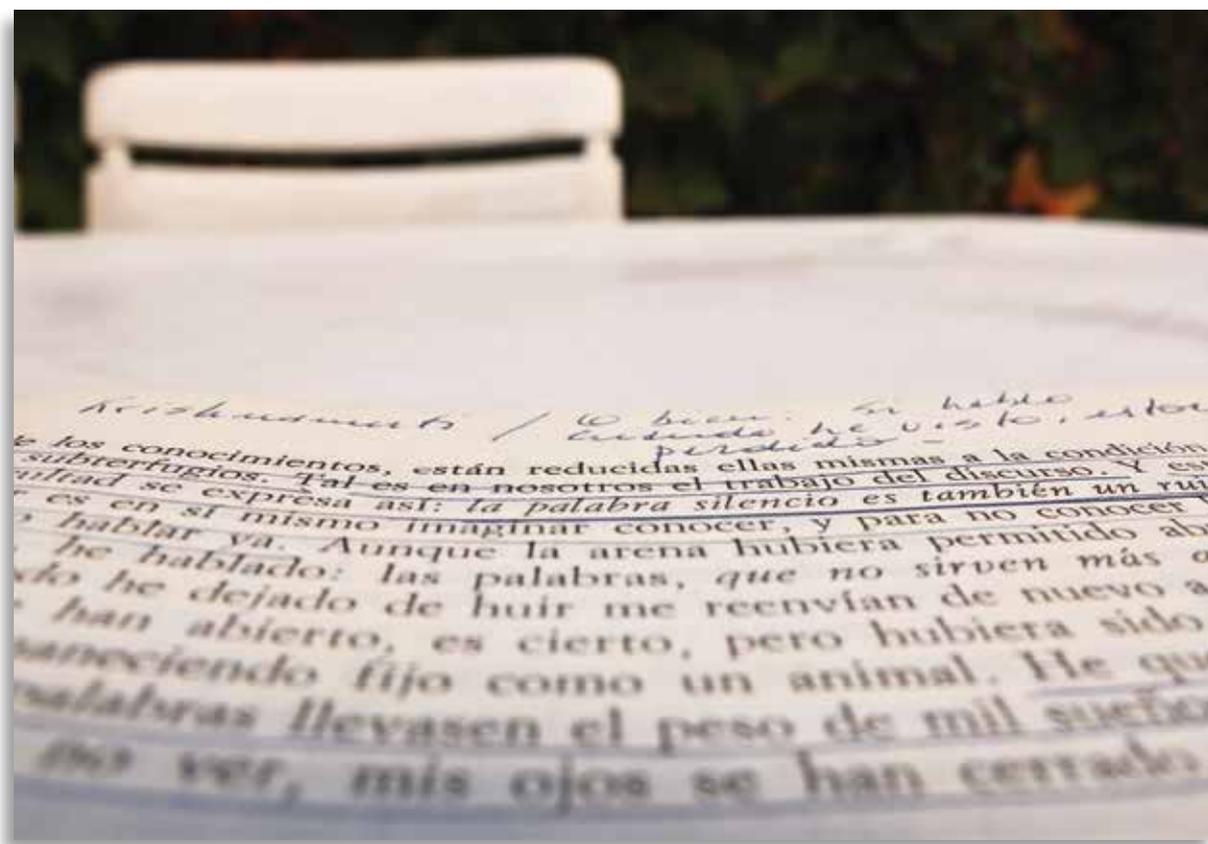


Mario Levrero, *La novela luminosa*.
Buenos Aires, Mondadori, 2008.

A l principio, Oliverio parece confundido con la propuesta, así que empezamos, muy de a poco, a hurgar en una gran biblioteca. Ganamos los estantes más altos en escalera: emergen de las alturas varios ejemplares abatidos, con el lomo forrado de cintas plásticas desteñidas. Despuntamos morosamente el vicio de la búsqueda hasta que subimos a la terraza. Allí la luz es correcta, ni muy muy ni tan tan: una tarde con nubes rotundas. Noto entonces que *La novela luminosa* tiene, en la contratapa, unas curiosas

mordeduras, y en la retiración de contratapa una sucinta lista de supermercado en la que me llama la atención la palabra “piedras”, acorralada por “fósforos” y “pan”. Debo partir al encuentro de Jorge Dubatti, así que decido no picar el anzuelo. Sin embargo, al dejar la terraza envidiamos la siesta de una mascota que duerme a pata suelta. Entramos en el estudio, apoyamos el libro de Levrero al lado de la cucha y ¡zás!: una boca como la del león de la Metro Goldwyn Mayer.

Marcelo Cohen



Georges Bataille, *La experiencia interior*.
Madrid, Taurus, 1981.

Marcelo baja la escalera con una sonrisa y una disculpa: su tardanza se debió a que estaba en la ducha porque en unos minutos tiene que salir. “Faltaba más”, digo yo, que, mientras tanto, fotografié en la mesa del comedor los libros que seleccionó Graciela, su mujer. Justamente por eso salgo al jardín, en donde tengo más variantes de luz y de planos. Es así como, de pronto, una cita de Krishnamurti (un autor que Cohen, al revés de muchísimos escritores argentinos, reivindica) dialoga al sol con una silla de plástico, un fragmento de cielo y una enredadera.

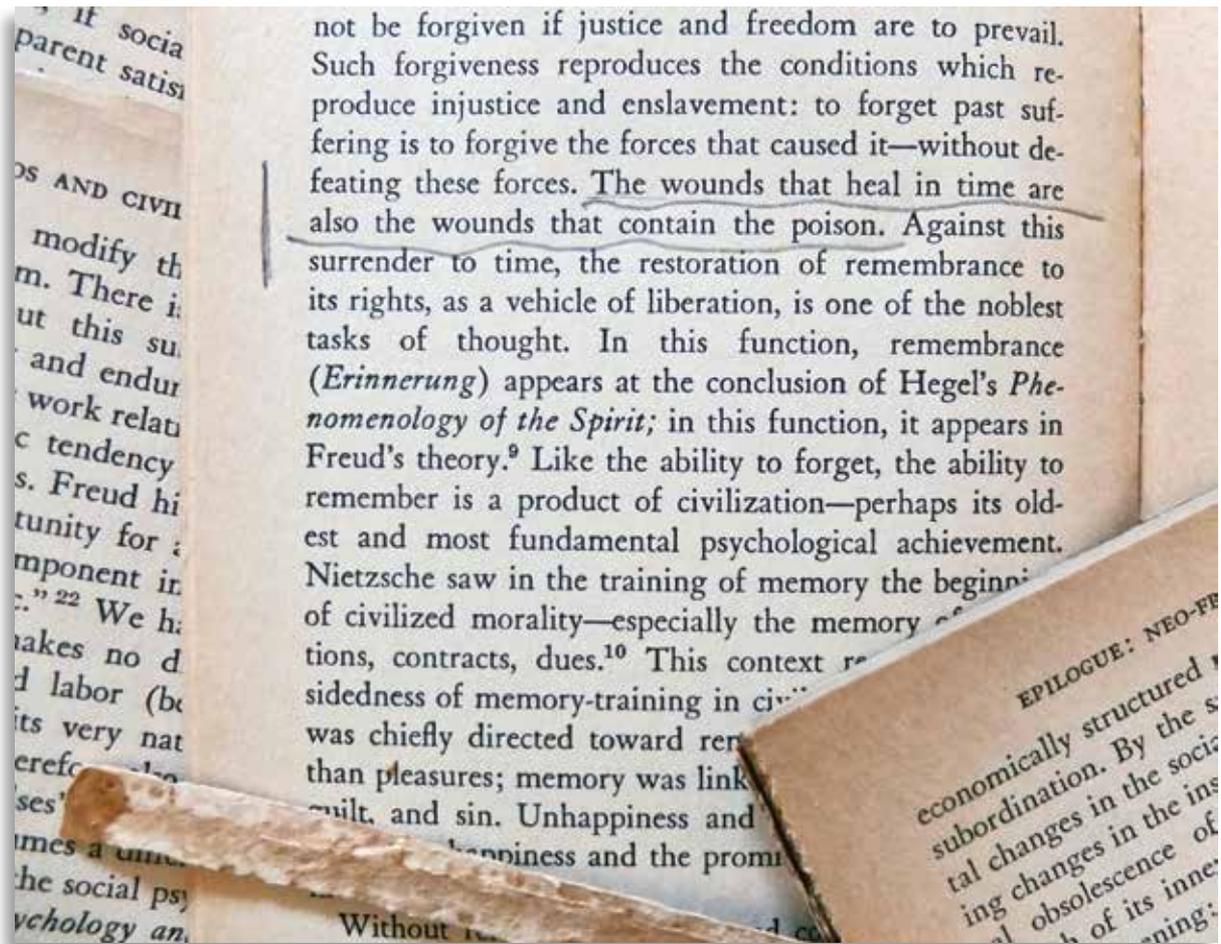
Virginia Cosin



Alice Munro, *Odio, amistad, noviazgo, amor, matrimonio*.
Barcelona, RBA, 2001.

La dedicatoria cursi y saturada de un ex novio adolescente (“¿con ‘esmerado’ amor?” me pregunta Virginia, dudando de los amores esmerados, pero satisfecha tal vez de haber tenido uno), el mismo libro que sobrevivió a un par de inundaciones en un ático y que exhibe ahora credenciales de techo de chapa. Luego, un ejemplar de Alice Munro –autora que acaba de ganar el Nobel– en el que se luce una perfecta mosca estampada (imperfecta, en rigor, ya que le falta el ala izquierda).

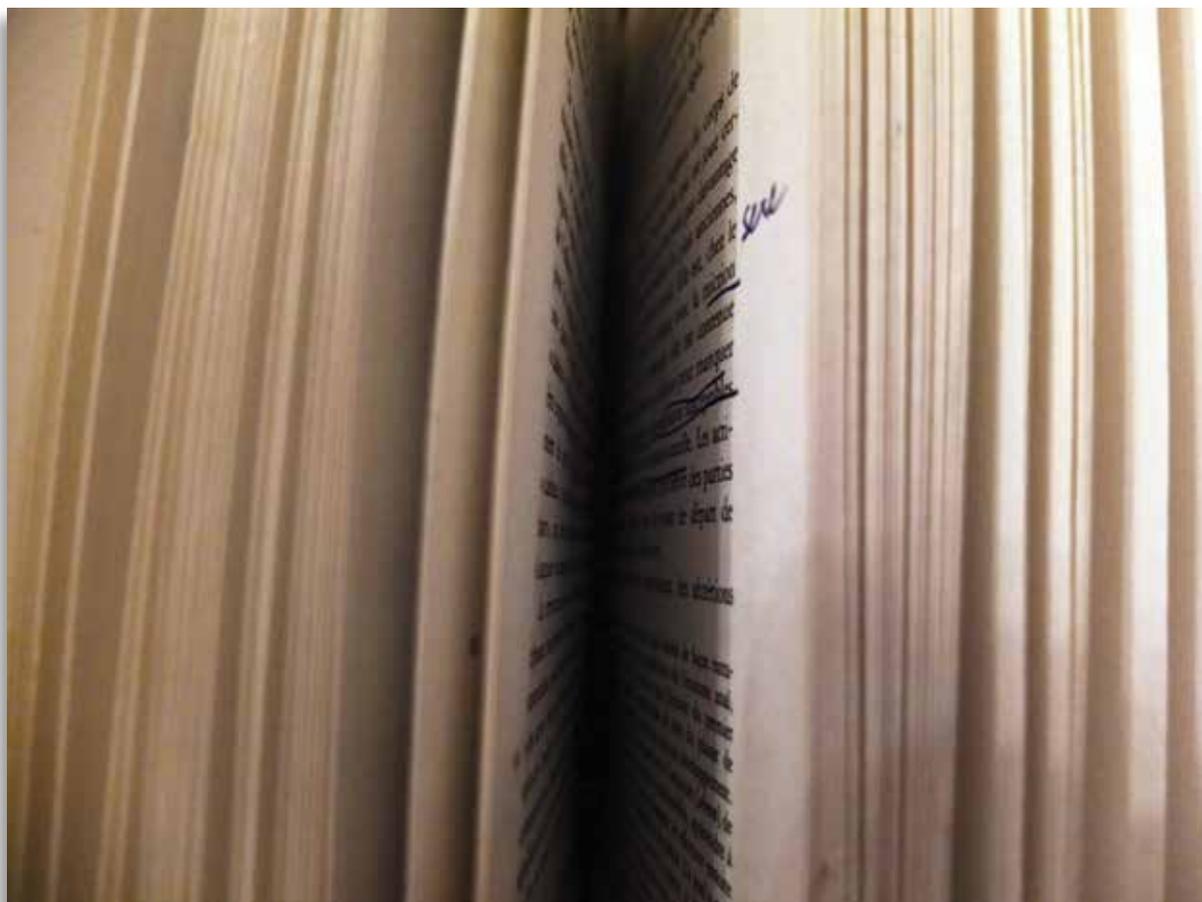
Edgardo Cozarinsky



Herbert Marcuse, *Eros and Civilization*.
Boston, The Beacon Press, 1955.

La central de operaciones porteña de Edgardo no es su casa, un estudio, una redacción o un barcito sino el restaurant Santé, un luminoso bistró de Barrio Norte; cualquiera que trabaje ahí, desde Pablo –el dueño– hasta Tony –el bachero–, están autorizados para recibir, con perdón de la cacofonía, un sobre en su nombre. Nos encontramos un sábado a la mañana. Estamos prácticamente solos. El tironeado ejemplar de Marcuse, envuelto con una bandita elástica para que no se desborde, está sobre la mesa: forma parte del frugal paisaje del desayuno, junto a un café y dos medialunas. Al desatarse, las páginas, despegadas en bloques aleatorios, parecerían tener consciencia de que fueron leídas una y otra vez. En medio de esa mañana surge una frase subrayada con una ola de grafito: “The wounds that heal in time are also the wounds that contain the poison”. Según cuenta el autor de *Vidú urbano*, la única marca del libro es una frase cruda y muy real que lo acompaña desde hace medio siglo.

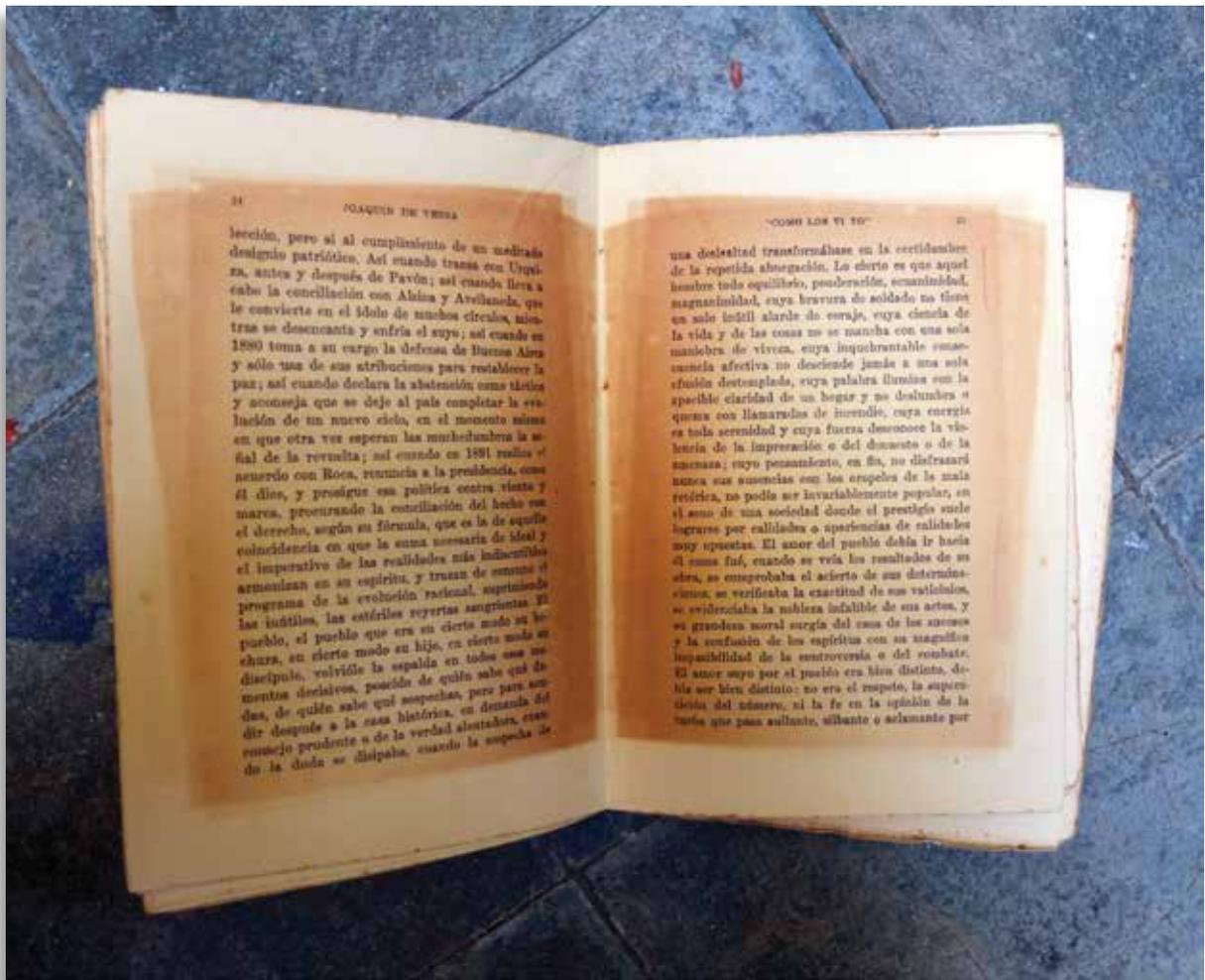
Thibault de Montaigu



Sigmund Freud, *Trois essais sur la théorie sexuelle*.
París, Gallimard, 1989.

Thibault está escribiendo un ensayo sobre la masturbación. En alguno de los cientos de textos que leyó para meterse de cabeza en el tema, se refiere a un tratado sobre onanismo publicado en el siglo XIX, en España, que explica con lujo de detalles las contraindicaciones ridículas que supuestamente padecían los masturbadores. Hablamos de los sinónimos de esa palabra que existen en castellano y en francés –descubre que, para nosotros, un “pajero” es también un vago–, mientras inspecciono los maltratos que aguantaron los libros de Freud y Foucault, que retrato en penumbras, haciendo foco como si fuera un figón (viva la letra “f”) que no se anima a abrirlos del todo.

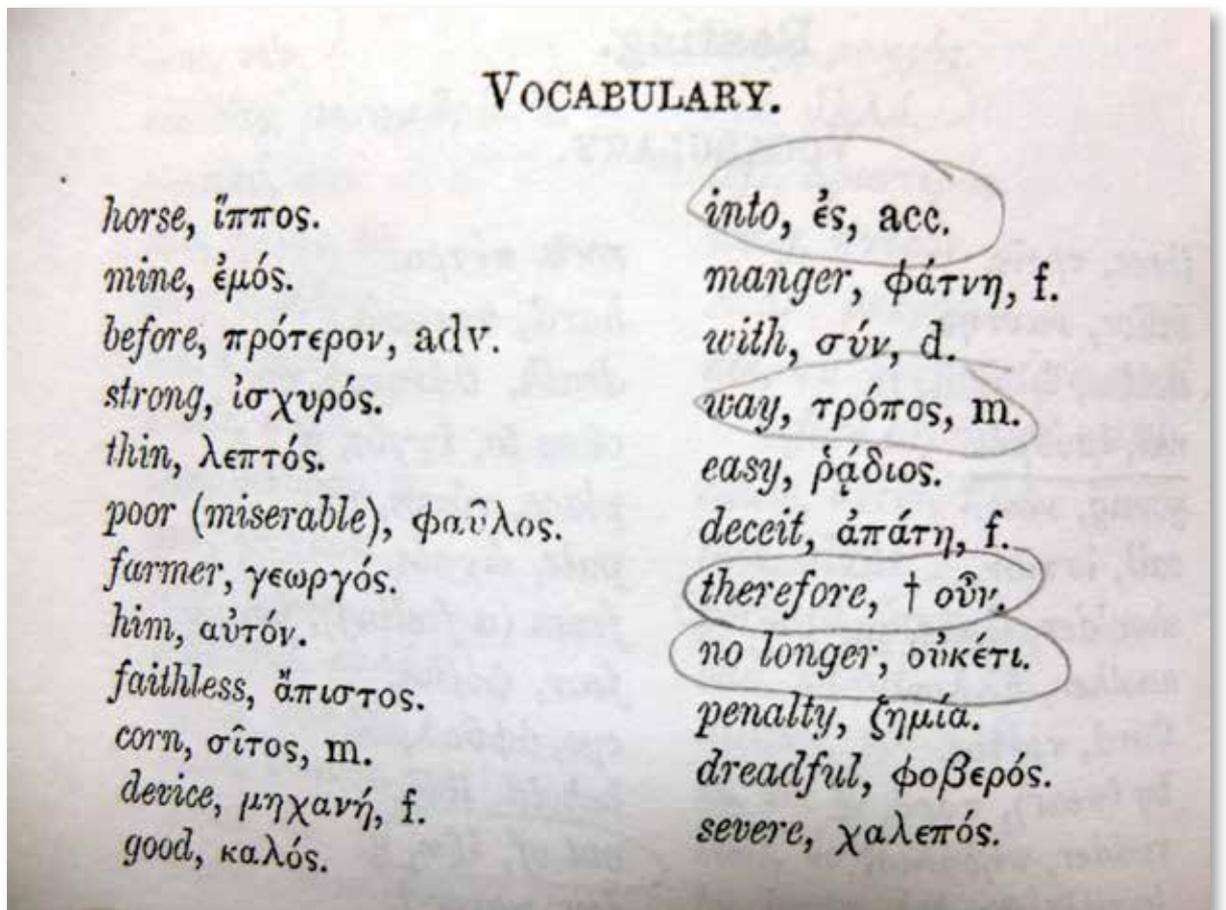
Pablo de Santis



Joaquín de Vedia, *Como los vi yo*.
Buenos Aires, Manuel Gleizer, 1922.

Hoy es día de muchos encuentros en Caballito. La casa de Pablo, mi primera parada. Asomo bien temprano, como lo previsto, porque a esta hora volvió de llevar a sus hijos a la escuela. En efecto, el hogar todavía da muestras de estremecimiento: se nota que hasta hace unos minutos había agitación, ahora convertida en sosiego titilante. Si bien mi anfitrión habla lo justo y necesario, armo una pila con los libros que me ofrece –y que parecen salir expulsados de sus anaqueles– y me instalo en el patio.

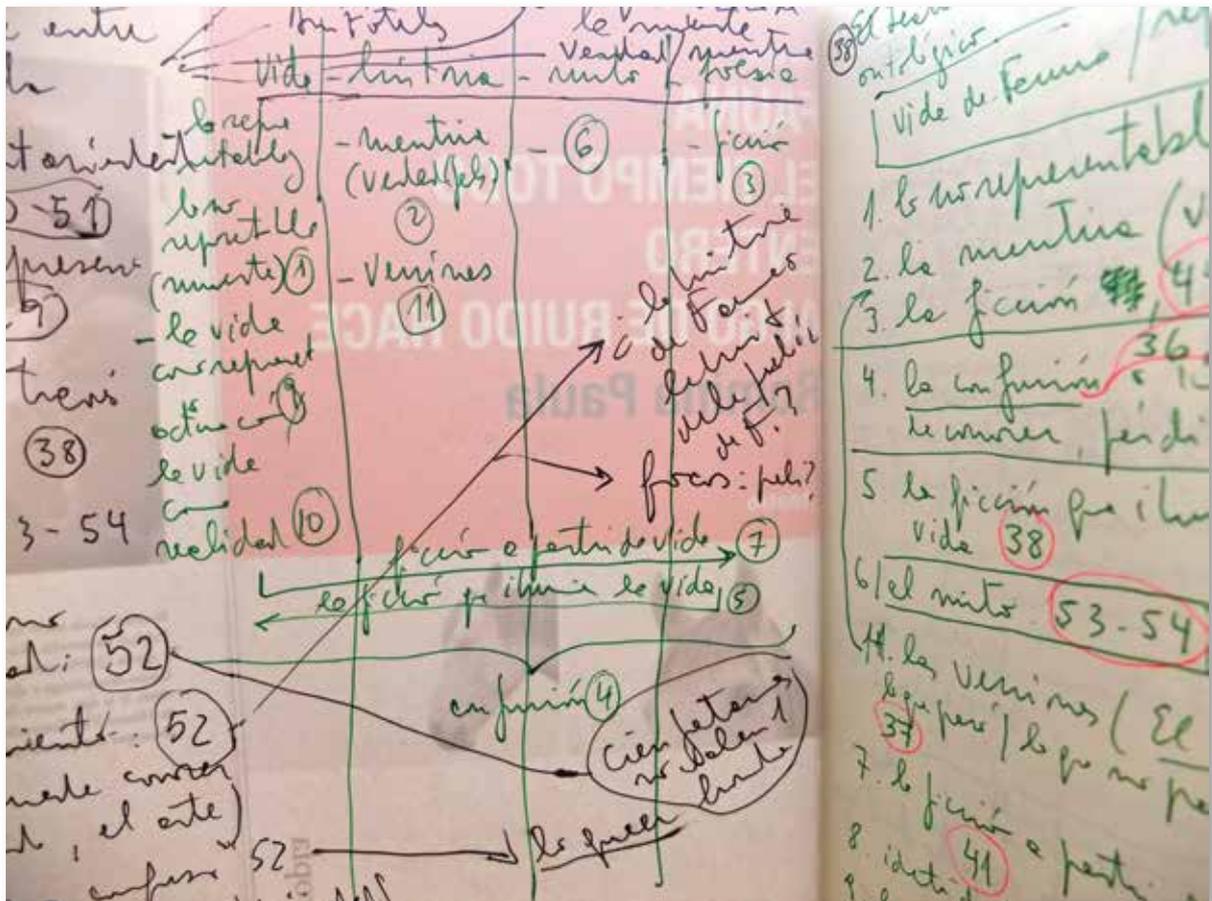
Mariana
Dimópulos



A. Sidgwick, *A First Greek Writer*.
Buenos Aires, edición impresa y encuadernada a mano por la autora, 1883.

Ofrenda de Ariel Magnus.

Jorge Dubatti



Paula, Romina, Fauna. *El tiempo todo entero. Algo de ruido hace.* Buenos Aires, Entropía, 2013.

Lo visito en el último piso del Centro Cultural de la Cooperación, en donde tiene su oficina: un minicubículo –camuflado entre decenas de minicubículos– en el que se mueve como un roedor en su madriguera. Un tipo afable, sonriente, cercano, nítido: así es Jorge Dubatti desde el vamos (y así lo será incluso después de nuestro breve encuentro). Virtudes que quizá no se corresponden, estéticamente hablando, con el campo de batalla en el que se convierten sus anotaciones al margen de los libros que elige para que fotografíe; hasta que me topo, casi sin querer, con una serie de tiernos dibujos, desde un pez hasta un compendio de olas, al borde del libro de Artaud, que le cuesta reconocer como propios.

Mariano Dupont



Frédéric Vitoux, *La vie de Céline*.
Paris, Gallimard, 2005.

Como sobre ruedas, así transcurre la larga visita al departamento de Mariano, justo frente a un chalet portuario en el que podría vivir el antihéroe de una película de Kaurismaki. Resulta que se acaba de mudar, con lo cual no tiene todos sus libros a mano. Aun así, aparecen ejemplares hermosísimos, anotados hasta el hartazgo (tal es el caso de Borges: disección en varias partes –biromes ¡de tres colores!– de alumno fanático). Entretanto, tomamos unos mates, platicamos de música, de encuadernación, de literatura francesa y de poesía, al tiempo que, muy generoso, me recomienda contactar de su parte a una decena de autores.



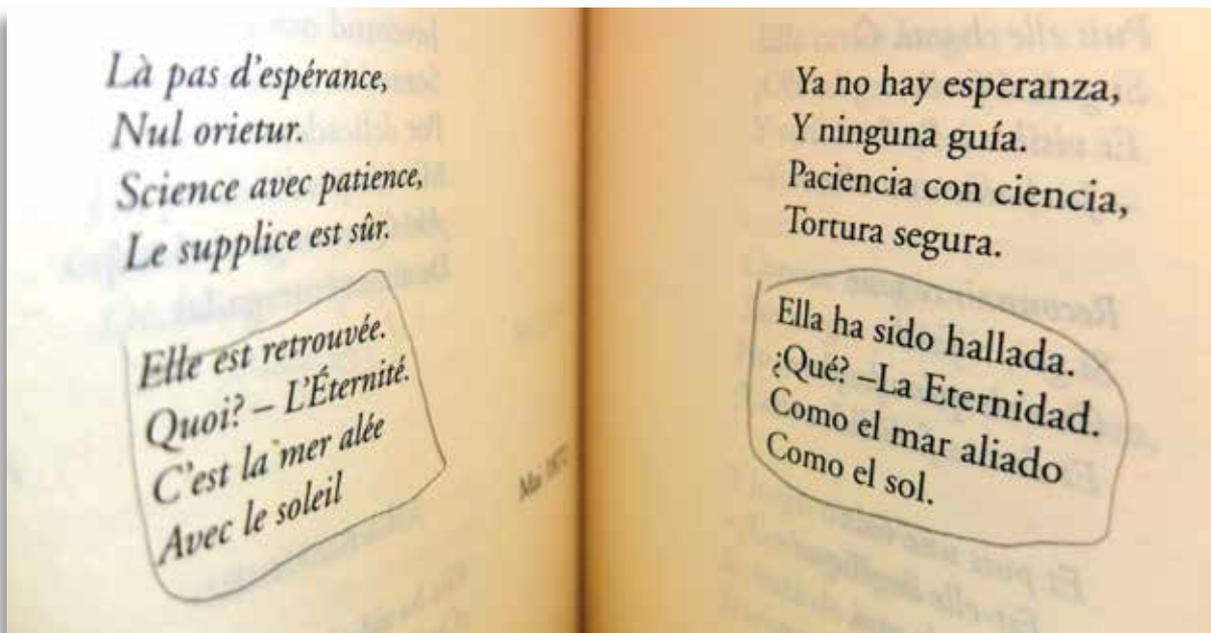
Rodolfo
Edwards

Julio Cortázar, *Rayuela*.
Buenos Aires, Seix Barral, 1985.

Todo empezó en el bar La Academia, en donde nos juntamos a conversar largo y tendido. Unas semanas más tarde, paso por su casa, y rápidamente nos confinamos en una especie de santuario abarrotado no sólo de libros sino también de fotos, postales y otros fetiches (Rodolfo es un bibliófilo temerario, según me confiesa). Casi de entrada, me topo con un ejemplar de

Rayuela que ha sido devorado por ácaros que tuvieron la delicadeza de masticar trozos de papel dibujando hermosos jeroglíficos en el vacío y dejaron la tinta casi intacta. Llevo ese libro y otros dos cuidadosamente al balcón para que los milimétricos arácnidos, en caso de seguir ahí, no salgan volando y cometan otras barbaridades.

Mariana Enríquez

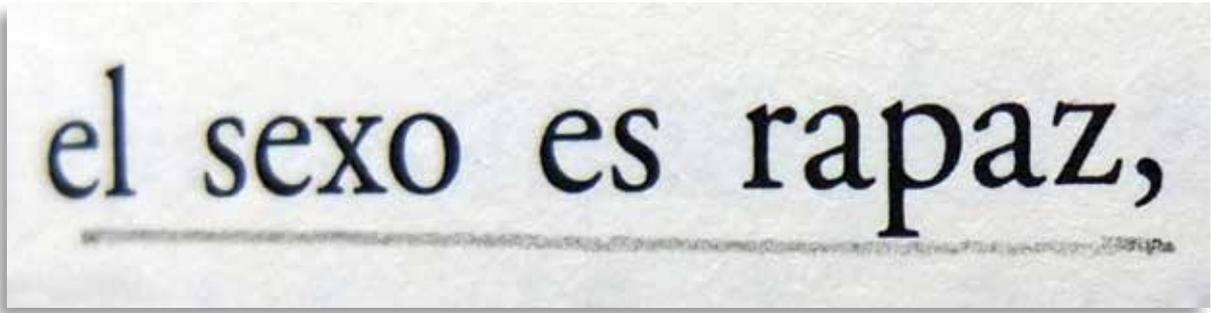


A. Rimbaud, *Poesía completa*.
Madrid, Visor, 2009.

Trajo, en palabras suyas, el libro “más subrayado” de su biblioteca. Algunas marcas en lápiz aquí y allá, correcciones, enojos –también eso lo dijo ella–, ideas, traducciones, huellas... Sus notas no van a parar a su diario porque no tiene diario (“mi vida no es tan interesan-

te”), pero se agregan una detrás de otra, sin solución de continuidad, en un cuaderno o en un blog –donde también hay *gifs* de series y de películas, esculturas, cuadros y fotos–, y de ahí desaguan indefectiblemente, en mayor o menor medida, en su escritura.

Diego
Erlan



Fogwill, *Restos diurnos*.
Buenos Aires, Sudamericana, 1993.

Enseguida Diego, en el simpático bar de Parque Lezama en el que nos damos cita, me dice que, como lector, prácticamente no resalta lo que lee. Su afirmación es tan terminante que temo creerle. Me cuenta que se crió en una casa en la que no había li-

bro y que por esa razón él los cuida como tesoros. Sin embargo, rescato, en los dos ejemplares que eligió, delgadas, casi etéreas señales que luego, a la hora de editar las imágenes, se convierten en mucho más que eso.

Laura
Estrin



Shklovski, Viktor, *Zoo o cartas de no amor*.
Tres ediciones distintas (Ático de los Libros, Anagrama y edición pirata).

Descubro, al salir de la casa de Estrin, que existen los minilibritos, un manjar de panadería que sólo se consigue en Entre Ríos, provincia de la que es originaria esta fenomenal y apasionada anfitriona, y que existe un libro fuera de serie llamado *Zoo o cartas de no amor*, que venera y que atesora en ¡tres ediciones!, igualmente leídas e intervenidas. De tanto venerarlo, me regala un ejemplar que devoro al rato, que vuelvo a devorar a la semana y que devoraría de nuevo.

Macedonio Fernández

Ofrenda de Ricardo Strafacce.

Código Civil de la República Argentina.
Buenos Aires, J. Lajouane & Cia Editores, 1923.

caso necesario, pueden pedir que el inmueble se venda como libre de toda servidumbre.

Art. 3000. Se pueden constituir servidumbres cualquiera que sea la restricción á la libertad de otros derechos reales sobre los inmuebles, aunque la utilidad sea de mero recreo; pero si ella no procura alguna ventaja á aquel á cuyo favor se establece, es de ningún valor.

Art. 3001. La servidumbre puede constituirse á beneficio de un inmueble futuro ó que sólo se va á adquirir, ó consistente en una utilidad futura, como la de llevar agua que aun no se ha descubierto, pero que pretende descubrirse.

Art. 3002. La servidumbre no puede establecerse sobre bienes que están fuera del comercio. *Los cielos, el mar y las personas etc.*

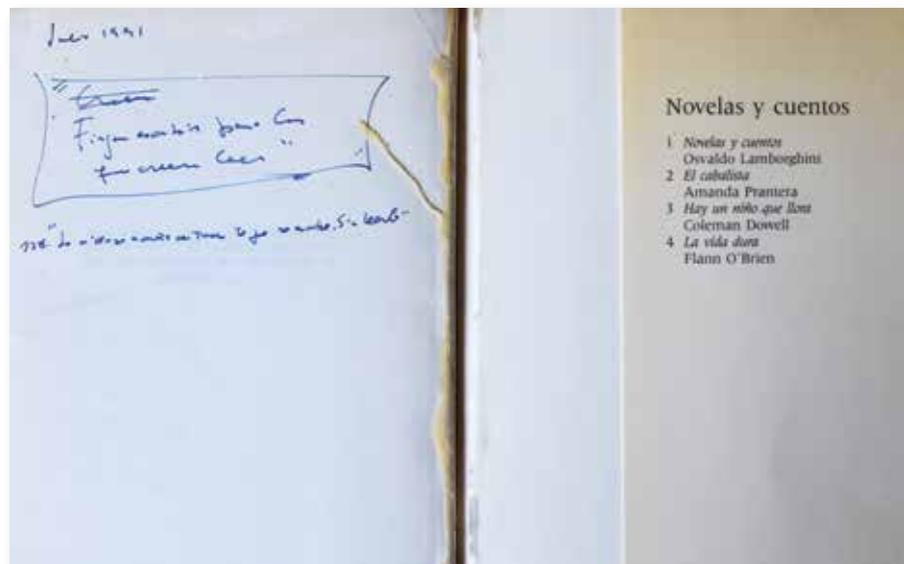
Art. 3003. Si el acto constitutivo de la servidumbre procura una utilidad real á la heredad, se presume que el derecho concedido es una servidumbre real; pero al contrario, si la concesión del derecho no parece proporcionar sino un placer ó comodidad personal al individuo, se considera como establecido en favor de la persona, y sólo será real cuando haya una enunciación expresa de ser tal.

Art. 3004. Cuando el derecho concedido no es más que una facultad personal al individuo se extingue por la muerte de ese individuo; y sólo dura veinte años si el titular fuere persona jurídica. Es prohibida toda estipulación en contrario.

Fogwill

Ofrenda de Sergio Bizzio.

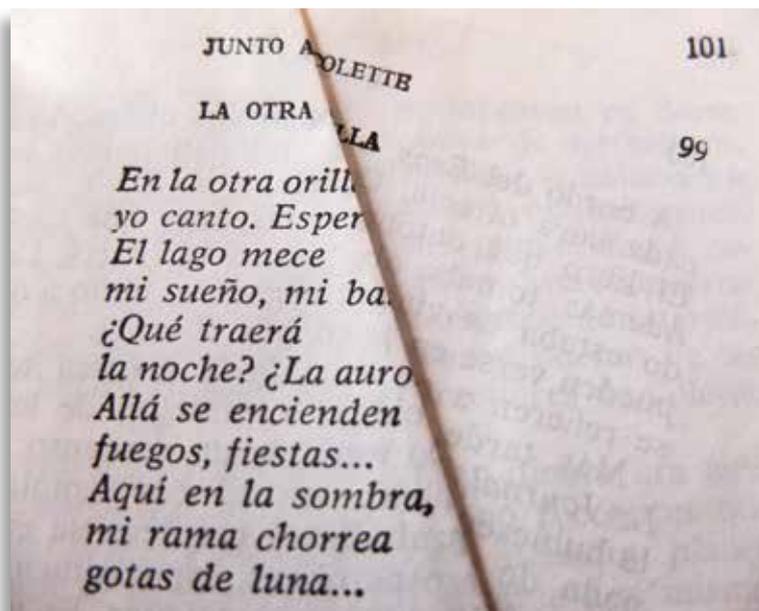
Oswaldo Lamborghini, *Novelas y cuentos.*
Barcelona, Ediciones del Serbal, 1988.



Sara Gallardo

Ofrenda de María Moreno.

Colette, *Obras completas*.
Barcelona, Plaza & Janés, 1972.

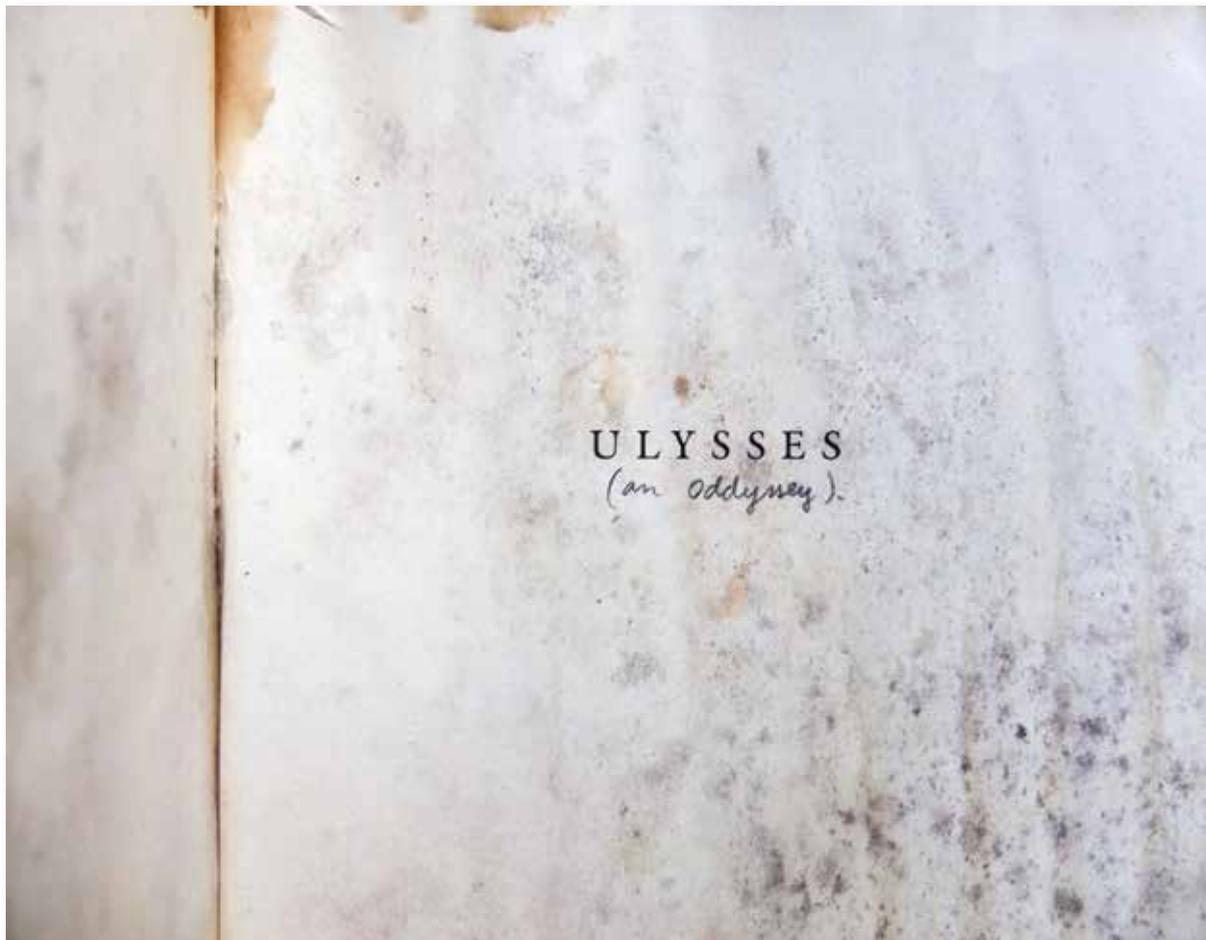


Martín Gambarotta



Llego a Martín a través de su mujer, con quien coordinó en un tris fecha y hora del encuentro. Me pregunto ahora si él tendrá una casilla de mail... A decir verdad, ¿qué importa? En el altísimo departamento de Villa Crespo –desde el que pienso que a esta altura quizá se divise el rascacielos en que vive Roberto Raschella–, la luz se filtra por todos lados, como el agua de lluvia en un techo agujereado. Dentro del voluminoso tomo de Lezama Lima que fotografié sobre una silla Eames de plástico blanco aparecen, impolutas, varias entradas de recitales de los Redonditos que ofician de vestigios y algunas palabras rimbombantes subrayadas en birome negra (lamprea, diedra, hipóstila, truchimán). Taciturno e inexpressivo, pero cordial y atento, el poeta sigue de cerca mis movimientos.

José Lezama Lima, *Poesía completa*.
La Habana, Letras Cubanas, 1985.



James Joyce, *Ulises*.
Distintas ediciones en inglés y castellano.

Me contacto con Gamerro gracias a la madre de una amiga que estudió con él, a lo largo de un año y de pies a cabeza, el enciclopédico libro de Joyce. Charly –así lo apodan– resulta ser bastante más que un exégeta del escritor irlandés, es un “uliseano” acérrimo desde hace décadas. Tan es así, que organiza con sus alumnos un viaje anual a Dublín para celebrar el Bloomsday. Preámbulo aparte, los distintos ejemplares de la novela que guarda en su estudio son magníficos. Están muy manoseados, uno de ellos sobrevivió a una inundación, otro padece un desmembramiento progresivo –¿la elipsis de una elipsis?– que todavía resiste la lectura, y hay páginas con didácticos dibujos en los márgenes que me interpelan como en sordina: una llavecita, pulmones, un canal celeste...

Germán García

El autor de *Nanina* se mudó hace poco a éste, su estudio y consultorio, atestado de libros. A medida que inspeccionamos los estantes florecen hallazgos. Quedo embobado con la luz “enrejada” que se cuele por uno de los ventanales de esta curiosa planta baja bien porteña, cerca del Abasto, pero técnicamente en el barrio de Almagro. Luego de intentar unas tomas sobre una vieja máquina de escribir aún en funcionamiento, Germán me da a entender con elegancia que es hora de rajar. Recuerdo que me había dicho, por teléfono, que contábamos con cuarenta minutos de visita. Matemático frustrado, hago cálculos en mi cabeza y le pregunto cuánto dura una sesión para un lacaniano: “veinte minutos”, contesta, y salgo echando humo.

Jacques Lacan, *Écrits*.
Paris, Seuil, 1971.



Pablo Gianera

Theodor W. Adorno, *Teoría estética*.
Madrid, Orbis Hispamérica, 1984.

Quedamos en encontrarnos en el bar de la Biblioteca Nacional. Pasó casi media hora desde que llegué, en punto, al lugar pactado. Sin embargo, aquí estoy, solo, mirando llover por la ventana. No hay rastros de Pablo y no creo que los haya... No tengo cómo contactarlo, pero sé que en algún mail le dejé mi número de teléfono. Llueve a cántaros cuando suena el celular. Es él. Le cuento donde estoy y dice “no puede ser, yo también

estoy ahí”. Perplejos por la ubicuidad, concluimos que hay más de un bar en la Biblioteca; en rigor, yo estaba en la cafetería del primer piso y él, en el Café del Lector, suerte de radiante pecera sobre la calle Agüero. Propongo bajar, propone subir. Quedo absorto ante la caja de sorpresas en la que se convierten Adorno y Novalis, que capto sobre la mesa de granito y desde afuera, a contraluz.

Allen Ginsberg

Ofrenda de Esteban Moore.



Allen Ginsberg, *White Shroud*.
Nueva York, Harper Perennial, 1987.

Mercedes Halfon

Arnaldo Calveyra, *Poesía reunida*.
Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2008.

Tamara Kamenszain, *La novela de la poesía*.
Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2012.

Juana Bignozzi, *La ley tu ley*.
Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2000.



En la puerta del departamento de Mercedes hay un carrito de bebé que obstruye el camino y en el living se codean dos bibliotecas mellizas: la suya y la de su novio. También hay un sillón tapizado en terciopelo turquesa sobre el cual decido sacar las fotos. Salvo por el imprescindible diario de Jonas Mekas, la selección que hizo –y que va haciendo al tiempo que

conversamos– está integrada por poetas argentinos. Estadísticas aparte, la peculiaridad recae en que de todos los ejemplares sobresalen tiras de papel de distintos colores (cortadas a mano, las hay naranjas, amarillas, verdes y rosas) que funcionan como recordatorios y que entorpecen la convivencia de los libros en los estantes.

Iosi Havilio

Gustave Flaubert, *Madame Bovary*.
París, Gallimard, 1994.



Desde el momento en que lo contacté, su nombre empezó a sonarme más y más. Traté muchas veces, sin éxito, de ubicarle fondeadero a ese mantra –“Iosi, Iosi, Iosi”: pronunciado por una voz de mujer– en el volquete de recuerdos de mi cabeza. El enigma se cristaliza cuando su suegro me abre la puerta de la casa y espero al novelista en un sombrío living en

el que fulgura un televisor que transmite noticias pesadillescas. Dejando los misterios de lado, de buenas a primeras Iosi saca de su mochila el ladrillito de Gustave Flaubert en edición francesa de bolsillo, veo su nombre grabado con birome en la parte horizontal superior del lomo y entiendo rápidamente que fuimos al mismo colegio.

Sylvia Iparraguirre

para llorar todavía a mi abuela, me preguntaba si una obra de arte de la cual ellas no fueran conscientes sería un logro para ellas, para el destino de esas pobres muertas. ¡Mi abuela, que con tanta indiferencia había yo visto agonizar y morir a mi lado! ¡Oh, si pudiera, como expiación, cuando mi obra estuviera terminada, herido sin remedio, sufrir largas horas, abandonado de todos, antes de morir! Por lo demás, tenía una piedad infinita incluso por seres menos queridos, incluso indiferentes, y de tantos destinos cuyo sufrimiento, o in-

Marcel Proust, *El tiempo recobrado*.
Buenos Aires, Santiago Rueda, 1946.

Entre el calor asfixiante que entumece la ciudad en días posnavideños y la impronta latinoamericana que ha tomado Once, Hipólito Yrigoyen podría ser una calle paceña o chilanga. Sylvia y Abelardo viven en una casa que, a esta hora de la tarde, seeste con las persianas bajas y los ventiladores neuróticos. Tan agradecido como yo con el ambiente fresco se muestra la mascota del hogar, un gato exánime que, aun así, no pierde su garbo de felino descansando; el amo, de hecho, también descansa. La que no lo hace es Sylvia, quien viste atinadamente de blanco. Me ofrece un vaso de agua y husmea, vivaz, en distintas bibliotecas.

Carmen Iriondo



Arturo Carrera, *La banda oscura de Alejandro*.
Buenos Aires, Bajo la Luna Nueva, 1994.

La de Carmen fue una de las primeras puertas que golpeé cuando decidí llevar a cabo el proyecto. Entonces, no tenía idea de cómo fotografiar lo que me interesaba de los libros que elegía cada escritor. Conversamos un largo rato hasta que, con un elegante paso de baile, desapareció para reaparecer con el ejemplar de Arturo en la mano. (Curioso, fue ella quien, hace 15 años, me puso en contacto con el poeta para que tomara clases con él.) Las marcas, creo, lo dicen todo, así como el zapatito rojo que fue añadido por obra y cuenta de mi amiga –y bailarina– casi al final de las tomas y que me abrió la cabeza con respecto a la posibilidad de incluir objetos en las imágenes. Esa decisión les allanó el camino a insectos, señaladores, recetas médicas, pisapapeles, galletitas, anillos y otras extrañezas.

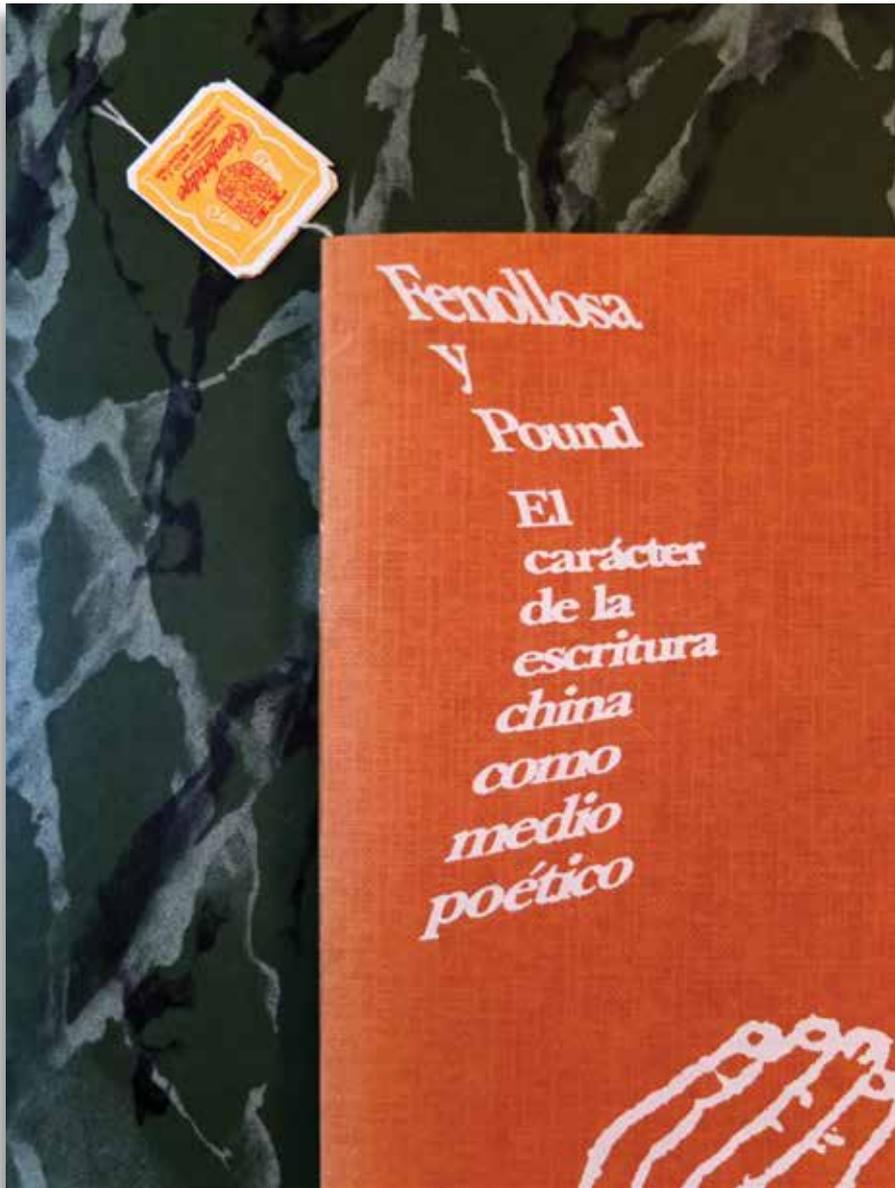
Noé Jitrik



Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.
Buenos Aires, Sopena Argentina, 1944.

Lo conocí en La Cumbre, en un bizarro té que una pareja de lectores aficionados (o fanáticos encapuchados...) organizó en su casa de veraneo frente al campo de golf del pueblo cordobés. Tetera sobre un individual de croché, masas finas, Rottweiler roncando y charlas de compromiso; deberían, tal vez, haber invitado a Claudia Piñeiro y a Felipe Pigna en nuestro lugar. En fin. Un año más tarde llamo a Noé y, por fortuna, recuerda sin titubeos quién está del otro lado del aparato. Esa misma tarde me apersono en su casa –bautizada “Primer sueño”, como el poema de Sor Juana– junto a mi novia, que lleva tortas fritas de regalo. Ella mira los discos de música clásica acostados en un estante del living y yo los libros de la biblioteca del comedor, mientras esperamos que nuestro anfitrión convierta los ruidos de la cocina en tres tazas de té. Jitrik no subraya, pero nos enceguece con una teoría muy interesante sobre los subrayados que no puedo develar así como así, en diez líneas.

Pablo
Katchadjian

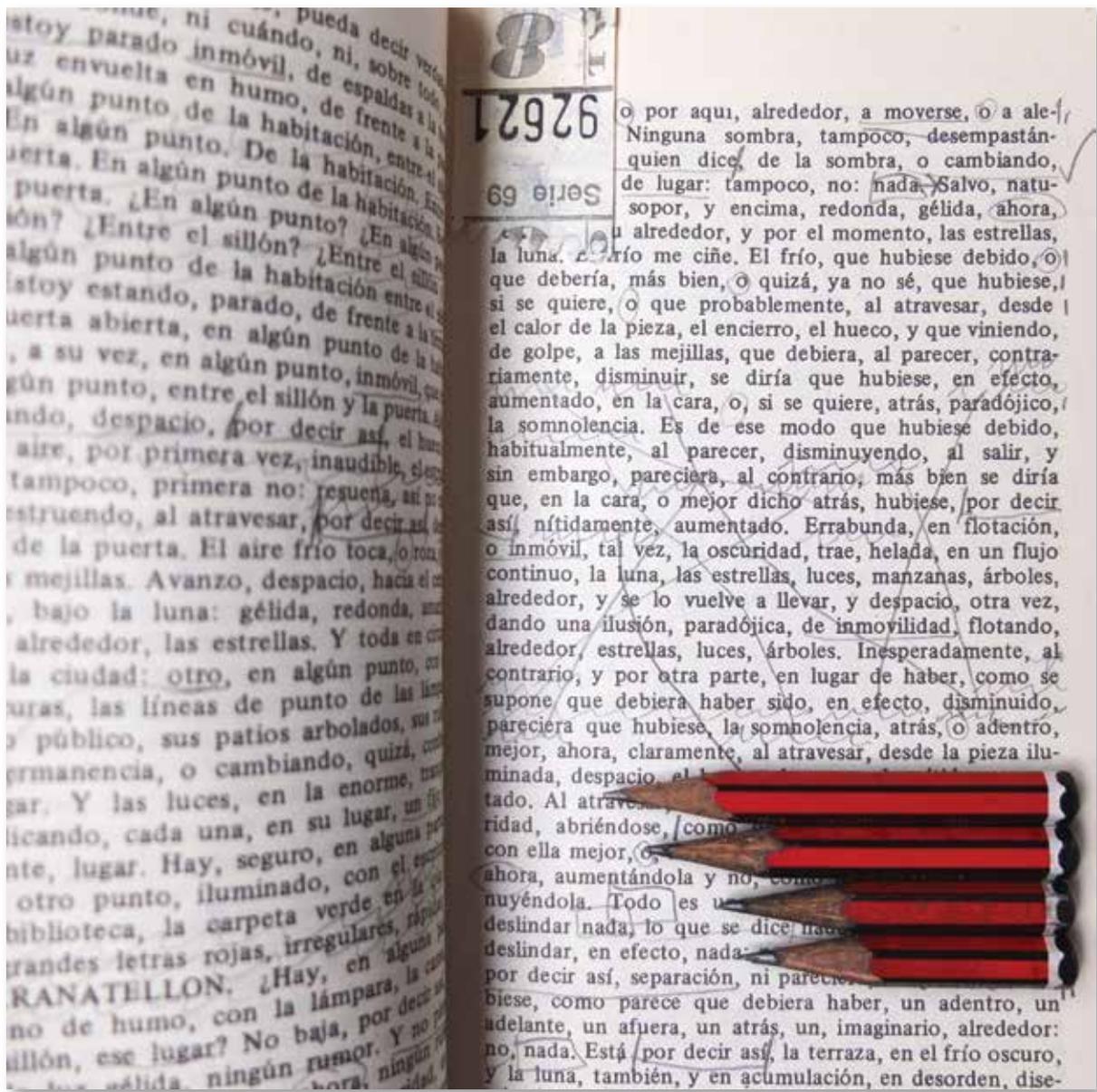


Ernest Fenollosa y Ezra Pound, *El carácter de la escritura china como medio poético*.
Madrid, Visor, 2002.

Los bigotes de Pablo abren la puerta que da a la calle con la peculiar eficacia con la que los bigotes abren las puertas que dan a la calle: de par en par, bichando a los costados y con mucho más tino que las patillas tupidas o los candados obsesivos. Una vez arriba, los bigotes dialogan con una barba ligeramente mal tusada que está arreglando una pérdida de gas en la cocina, y después, sin dilaciones, a la faena. Pasan unos parpadeos –aquí todo resulta muy

rápido, hasta la lentitud—... y la foto de un saquito de té que sobresale del ejemplar de Fenollosa y Pound sobre una mesa camuflada compensa mis expectativas (y mi proclividad a la inmediatez). Luego, los bigotes y yo viajamos en ascensor hasta la planta baja y chau, adiós. Viene Braulio Arenas a la punta de mi nariz: “Un poco más rápido, pequeño ascensor. / Desciende con los recuerdos de este singular grupo de ahogados. / Nadie podrá encontrar a Nadie”.

Martín Kohan

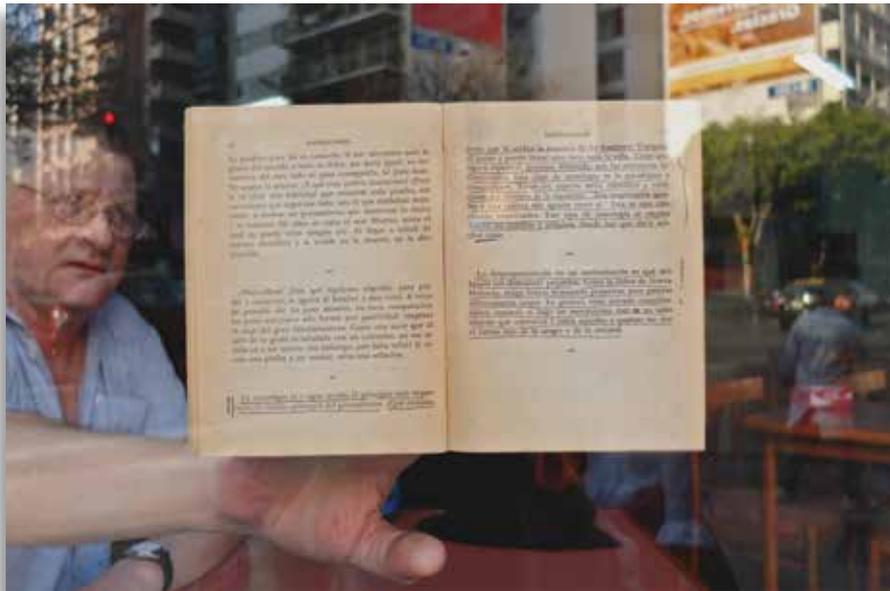


Juan José Saer, *La mayor*.
Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.

“No me siento cómodo en mi casa”, creo que dijo la primera vez que hablamos por teléfono, así que nos dimos cita en el bar de Libros del Pasaje. Hablamos de fútbol, de las excepciones que confirman la regla, de anécdotas desternillantes (que anoté en un cuaderno que no sé adónde fue a parar), de los viajes que hizo en los últimos meses y de todas las colecciones que llevó o lleva adelante (y de todas aquellas que debió consumir, como el hecho —ahora imposible, porque el inicio de la serie

está fraguado, ya que entonces tendría 5 años— de registrar todas las veces que fue a ver a Boca). Con menudo introito, me zambullo en los relatos de Saer y veo una parafernalia de rayas, diagonales y tachones dignos de un entomólogo (“la disección del libro que me hubiera gustado escribir”, dice Martín), y atisbo dos de las colecciones anteriormente reseñadas: la de los lápices-insectos cada vez más minúsculos y la de los boletos casi capicúas.

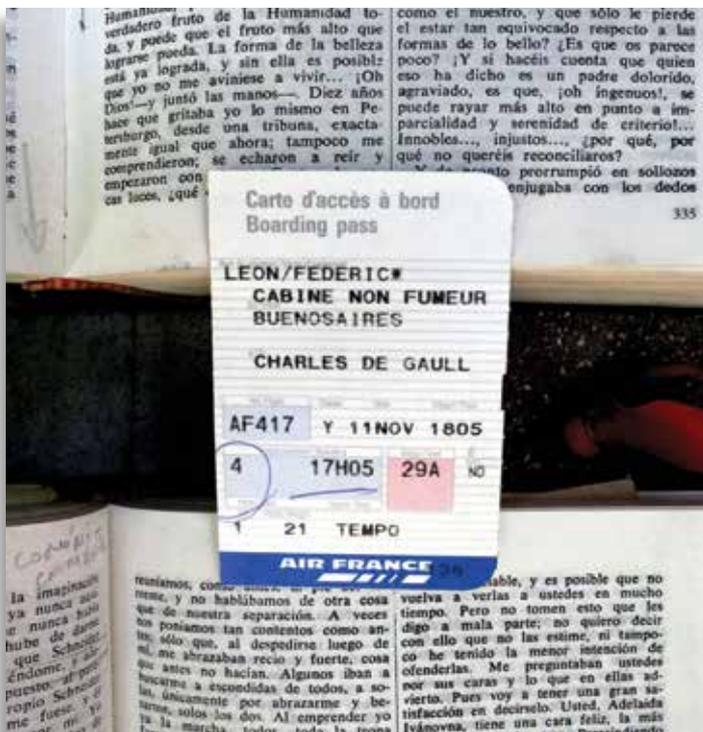
Oswaldo Lamborghini



Ofrenda de Ricardo Strafacce.

Soren Kierkegaard, *Diapsálmata*.
Buenos Aires, Aguilar, 1964.

Federico León



Hace un calor de locos. La casa está en el Abasto. Tiene un jardín. Hay un hermoso ceibo en flor y flores en el piso. Un gato va y viene, con-toneándose, de la sombra a la luz del sol. Veo un aro de básquet escondido detrás de la madreselva. Desde unos arbustos llega el zumbido de un ruidoso enjambre de moscas. Federico me ofrece un mate. Empezamos a ver libros y libros. El más marcado –distintos grosores e intensidades de lápiz– tiene una particularidad: está mal encuadrernado y fue leído de todos modos. La otra rareza toma por asalto un par de tomos de Dostoyevski (autor en el que León se basó para la obra *El adolescente*, estrenada en Francia) que tienen, como señaladores, un *check-in* de Air France y varias hojas arrancadas de una guía telefónica.

Dostoyevski, Fiodor, *Grandes clásicos*. Tomos II y III.
Madrid, Aguilar, 1946.

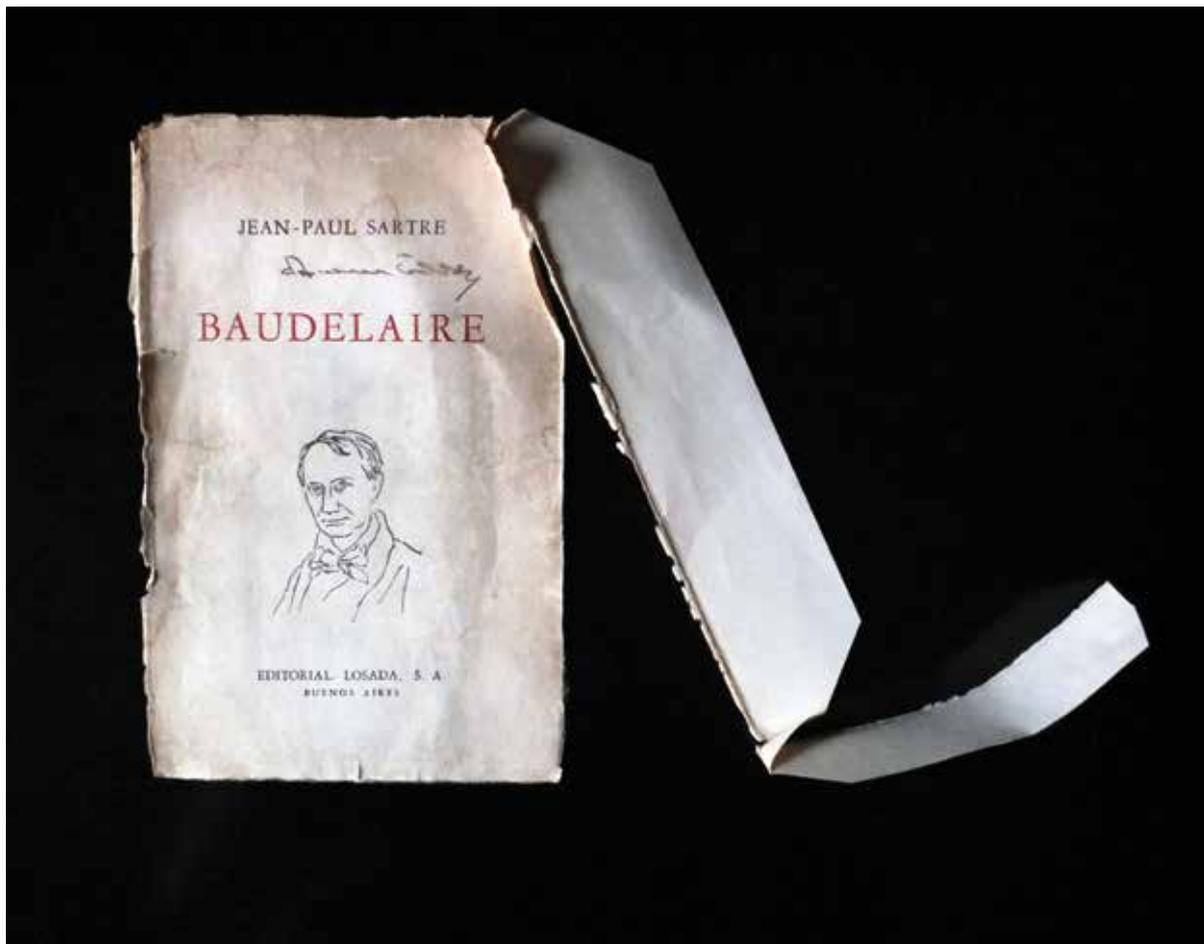
Julio
Llinás



Arthur Rimbaud, *Iluminaciones*.
Buenos Aires, Assandri, 1951.

Ofrenda de Marta López y Mariano Llinás.

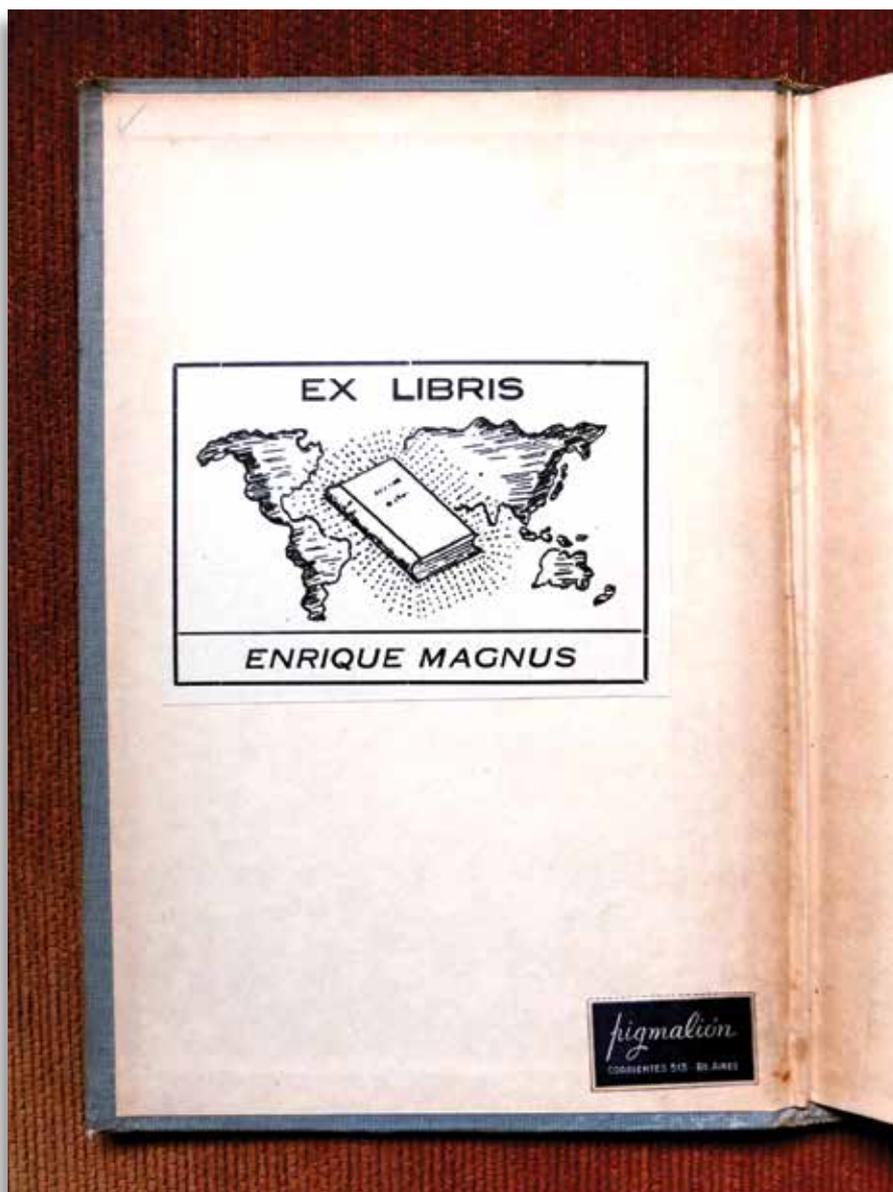
Mariano Llinás



Jean-Paul Sartre, *Baudelaire*.
Buenos Aires, Losada, 1957.

Después de varias, desopilantes conversaciones telefónicas, me encuentro con Mariano en casa de su madre, donde acampa temporalmente. Me anticipó más de una vez que no subraya los libros que lee, pero que seguro encontraremos alguna cosita (aun si la gran parte de su biblioteca mora en valijas, bolsas y cajas). Del último llamado: “¡Hermano! Venite igual, algo debe haber”... Y vine, nomás. Está recién despierto, un poco abombado. En su lugar, yo estaría peor si hoy mismo, en un rato, me embarcase en un periplo como el suyo: visitará, con motivo del rodaje de su última película, Siberia, Pionyang y Ulán Bator. No hace falta hurgar como un cuis en su escondrijo para que aparezcan algunas gemas sobre fondo negro: el prudente ex libris del padre, papelititos exóticos y algunas tapas demolidas.

Ariel Magnus

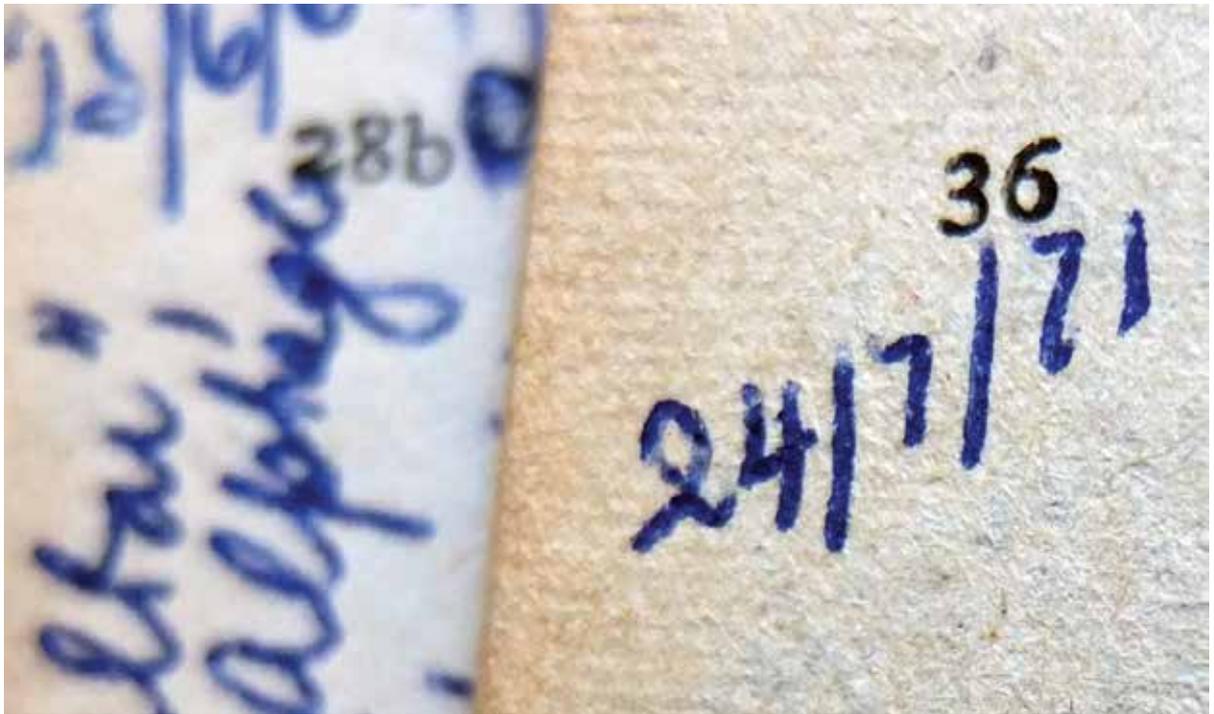


Baruch de Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid, Orbis Hyspanérica, 1984.

La biblioteca del living está dominada por libros suyos (hay una gran cantidad de ejemplares en alemán) y en la biblioteca del pasillo manda Mariana, su mujer. El living, de donde prácticamente no nos movemos, es, gracias a una alfombra mullida y a una chimenea de ladrillos refractarios –que hace poco ardió para hospedar una parrillita, por eso la sala conser-

va ese perfume ahumado–, un espacio muy acogedor. Afuera se ve llover, se ve el techo de un chalet alpino y se ven algunos gatos funambulistas. Soberbio el ex libris de Enrique Magnus, el abuelo del autor que emigró desde Alemania, y en cuya imagen se aprecia un libro atlántico, a mitad de camino entre América y Europa.

Vera
Makarov



Nikolaus Pevsner, *London*, Volume One.
Londres, Penguin, 1993.

Ofrenda de Matías Serra Bradford.

Guillermo Martínez



Witold Gombrowicz, *Diario (1953-1969)*.
Barcelona, Seix Barral, 2005.

Guillermo me recibe con la elección hecha: el pasmoso *Diario* de Gombrowicz regado de papelitos rosas y una considerable cantidad de dobleces. Salgo con el pan caliente al jardín y de inmediato empieza a correr alrededor de mí –vórtice– un perrito con una pelota de tenis en la boca. Cuando el remolino se calma,

descubro un tablero de ajedrez detrás de la parrilla que incorporo también al centro de la escena. A la hora de volver a la normalidad, le muestro al autor de *Borges y la matemática*, en la pantalla de mi cámara, la cosecha, y confiesa, ante mi estupor, ser un apasionado jugador de ajedrez y de tenis.

Silvio Mattoni



Arturo Carrera, *Potlatch*.
Buenos Aires, Interzona, 2004.

Hoy es 9 de julio. No hay un alma en la calle. Hace mucho frío. La mayoría de las mesas de la confitería La Ópera, esquina de Callao y Corrientes, están desiertas. Cientos de sillas buscando una osamenta que se les siente encima. Mozos de chaleco y moño deliberan cerca de la caja. Se oye el rechinar de la cafetera, el plop de una botella de gaseosa que acaba de ser destapada. Silvio aprovecha un viaje a Buenos Aires para que nos encontremos aquí. Trajo tres o cuatro libros que “ojalá sirvan”, dice. Viste unos pantalones escoceses: parece un epígono de Malcolm McLaren. Lo que más me cautiva de lo que veo –los ejemplares, todos de poesía– pasa por un gesto que el cordobés practica con frecuencia: doblar los extremos de las páginas. Algo que, según Germán García, que fue librero, hace que el papel, a la larga, se termine quebrando (¡con lo cual él dobla y luego desdobla!).

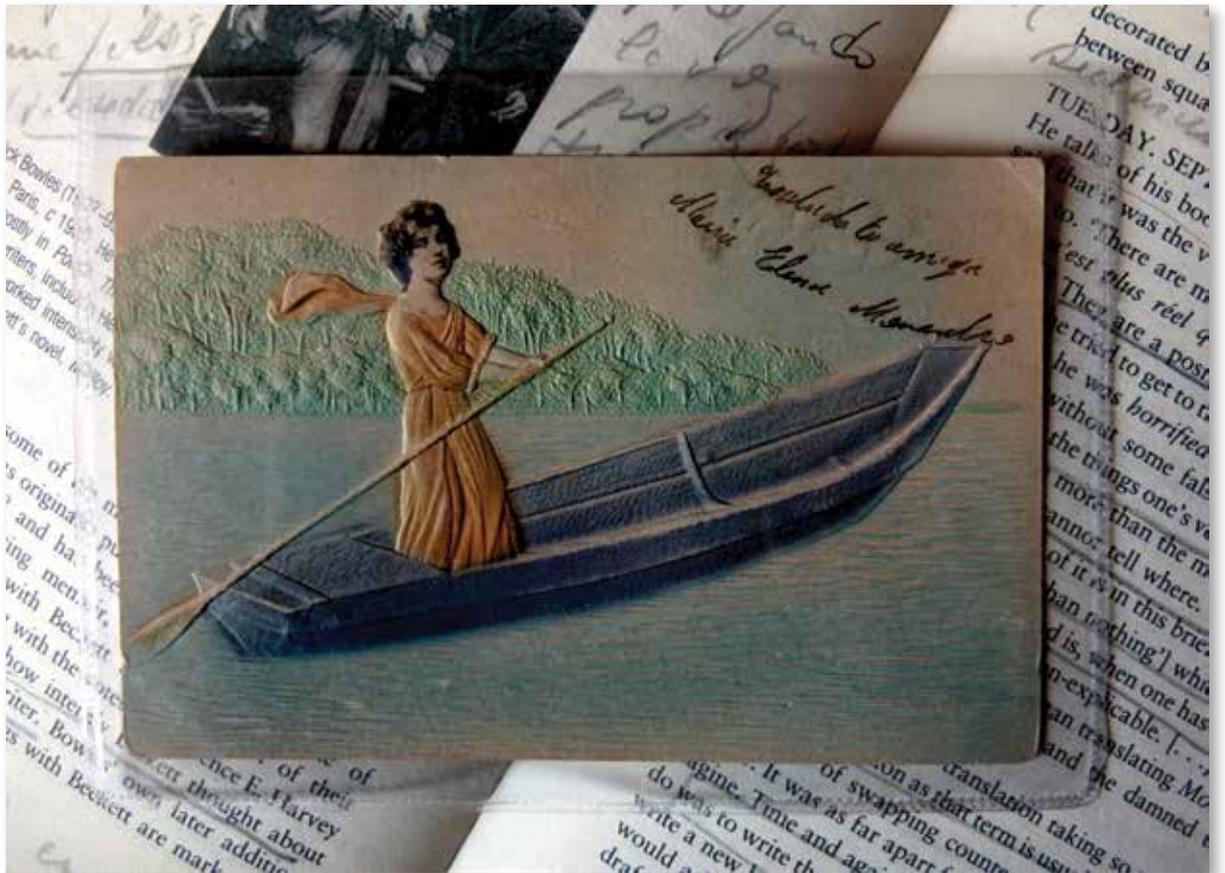
Naty Menstrual



Naty Menstrual, *Batido de troló*.
Prueba de galera (Milena Caserola), 2012.

Desde las mesas del comedor comunitario sospechan que vengo en busca de Natty Menstrual. Digo “provecho” y encaro al cocinero, que moldea un alarido seco y preciso antes de que yo hable: “¡Nattyyyyy!” Acto seguido, por la escalera baja, a lo Rita Hayworth en *Gilda*, una mujer vestida íntegramente de negro y recién maquillada que deja una estela de humo detrás de sí. Sigo la señal inequívoca de sus medias azabache, tajeadas de pies a muslos, en dirección a la vereda. Allí, sobre un viejo empedrado fatigoso de trajines, me topo con penes, besos y corazones delineados en la prueba de galera de *Batido de troló*.

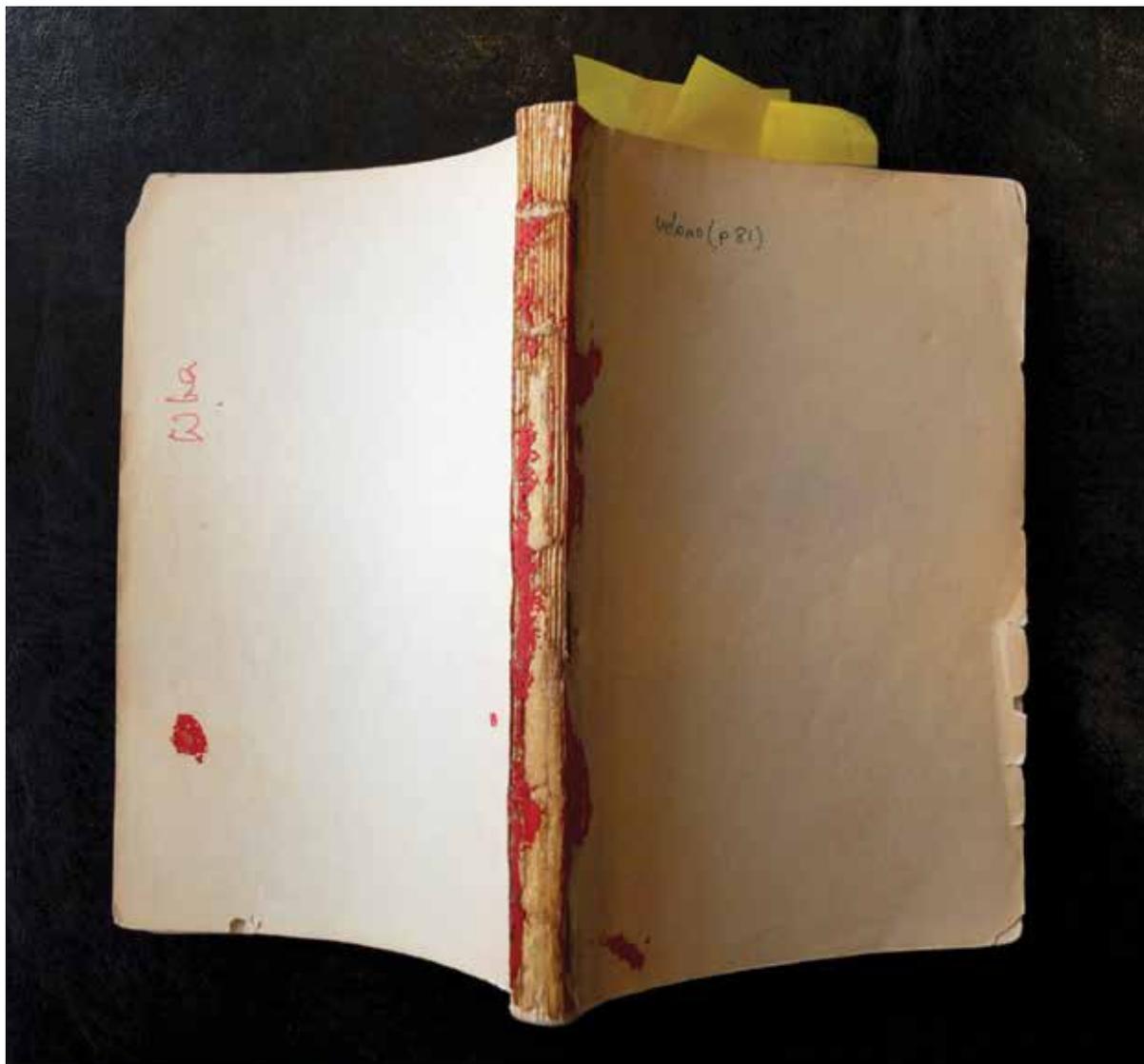
Milita Molina



William S. Burroughs, *Last Words*.
Nueva York, Grove Press, 2007.

Coffee & Cigarettes, Harry Dean Stanton, *A Man Within*, Buster Keaton, Jacques Tati, *Friends*, la cara de Beckett, Osvaldo Lamborghini, Piglia, té verde, gafas negras, Marlboro, frutos secos, postales de colección (algunas muy *kitsch*, de acetato), *Molloy* y Sylvia Molloy, FILBA, UBA, Kerouac, Ginsberg, Sam Shepard, traducir del inglés, el humor yanqui versus el humor british, los fundamentalistas del aire acondicionado o de la calefacción, el humor en general, Federico Andahazi, paredes descascaradas, Kierkegaard, Kierkegaard, Kierkegaard, las últimas palabras de Burroughs, el comienzo de un llanto literario y una frase repetida un par de veces – “soy de cartelones, no subrayadora” – preceden a las fotos, que hago primero sobre una suerte de aguayo que cubre el sillón del living-biblioteca del PH que hubiera fascinado a Tanizaki: ni un lustre, luego sobre un atril de cerámica y, al final, en la cocina, donde el sol de la mañana tiñe la mesa de tarde.

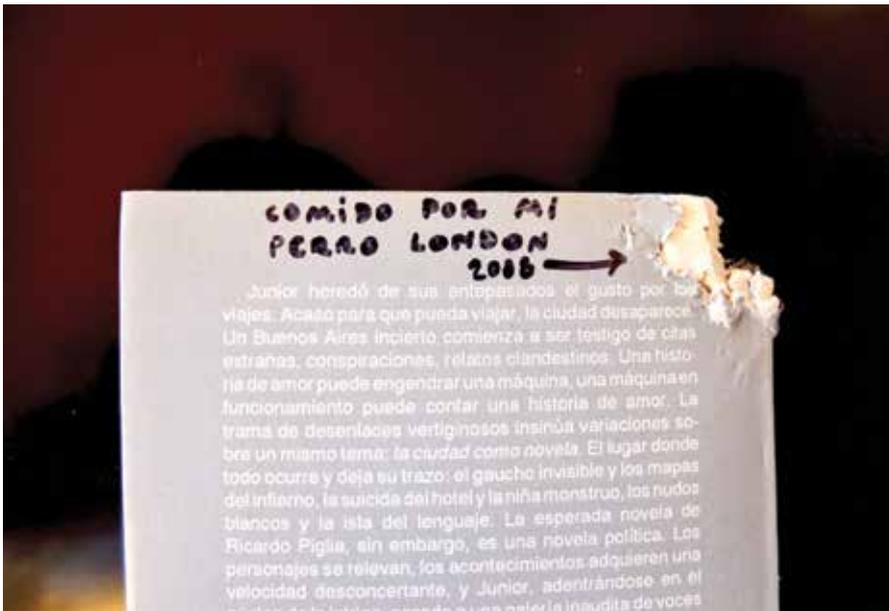
Sylvia Molloy



Jorge Luis Borges, *Evaristo Carriego*.
Buenos Aires, Emecé, 1955.

De casualidad pesco a Molloy en Buenos Aires, como me pasó con Sergio Chejfec: dos porteños neoyorquinos. Voy a su encuentro sin saber quién ni cómo es. Mis referencias acerca de ella son sólo intelectuales. Nos citamos en un bar que está en la esquina de Santa Fe y República Árabe Siria. Si bien el lugar está colmado, la reconozco al instante por la sonrisa tropical que me dedica

desde una mesita, contra la ventana. Hablamos encantadoramente del origen de su apellido, que algunos creen francés (“molui”), pero es irlandés (“móloi”), y la dejo cinco minutos en suspenso cuando salgo a inmortalizar –oh qué verbo– el reencuadrado volumen de Borges desde la vereda, besando el vidrio. Pienso que algo de la ternura de esta amable mujer me remite a Arnaldo Calveyra.



Jorge Monteleone

Ricardo Piglia, *La ciudad ausente*. Buenos Aires, Sudamericana, 1992.

Lo de Jorge resulta, al revés de este texto, despampanante: un libro de Ricardo Piglia devorado por su perro London, *El caos*, literalmente caótico, y los tres tomos de la obra reunida de Hugo Padeletti carbonizados en la parte superior de sus lomos fruto de un accidente con un incienso y una ex mujer (que se quedó con la custodia de la mascota hambrienta). Un dato no menor: aun así, los libros son legibles.

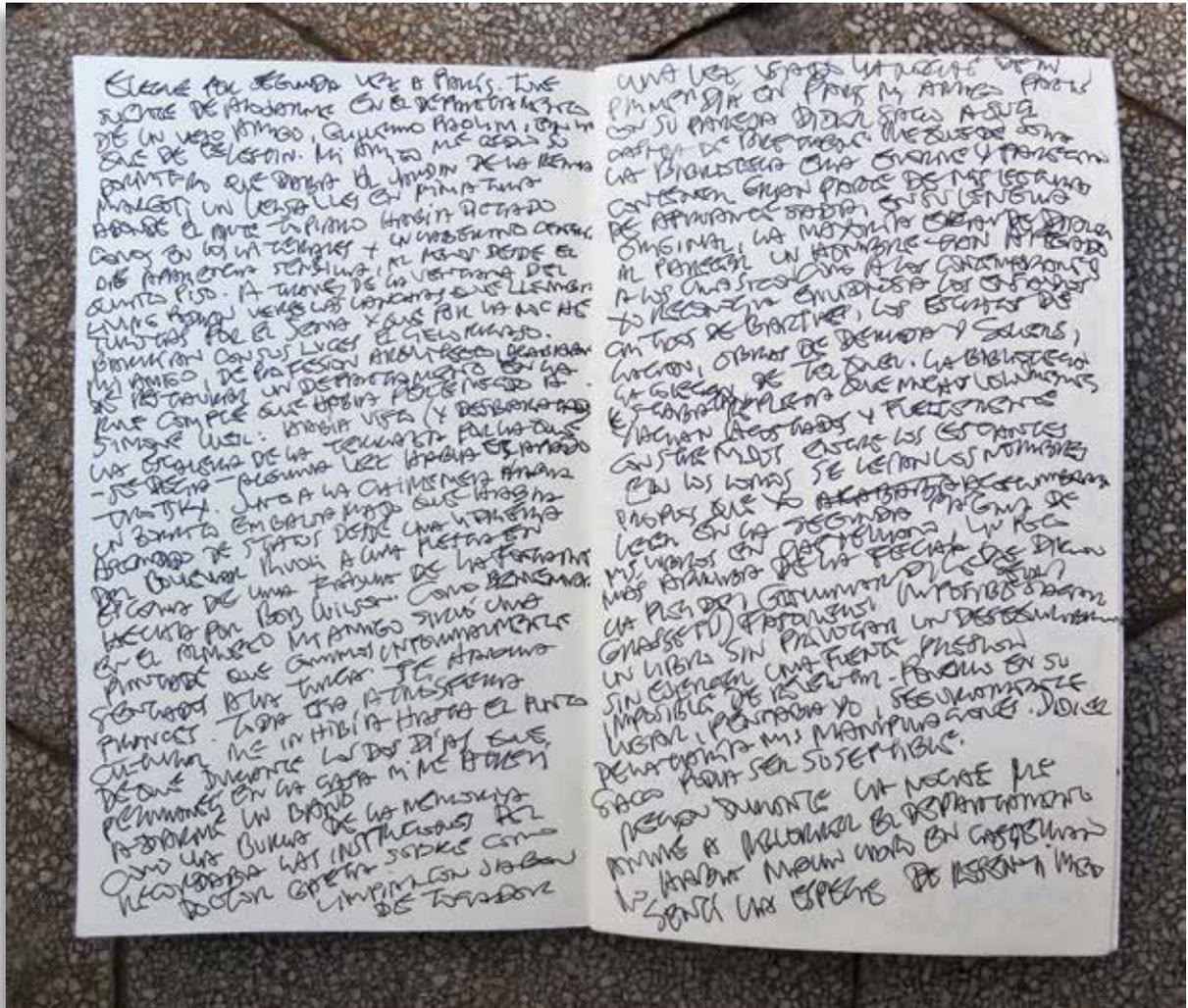


Esteban Moore

Sam Hamill, *Almost Paradise*. Boston, Shambhala, 2005.

La imagen de Esteban es la de un escritor en su cubil, un cubil que representa un aleph, pues todo sucede o parecería suceder allí –el trabajo, la contemplación, los deberes de la rutina, incluso el descanso–, sin extravíos y en el más visible de los anonimatos. Está trabajando en un ensayo dedicado a Borges y en la traducción de unos poemas de Sam Hamill: los libros que elijo pertenecen a esos autores. En el caso del segundo, me llaman la atención unas tenaces tachaduras y la marca de un vaso que pudo haber sido de whisky y que arrugó el papel.

María Moreno



Alan Pauls, *El factor Borges*. Barcelona, Anagrama, 2007.

Parece un León Ferrari, pero ella ni siquiera se había percatado. “Puede ser”, dice, atenuando el parentesco. Al final de *El factor Borges*, en esas páginas blancas que inexplicablemente regalan algunas ediciones, escribió a mano, post ingesta de

barbitúricos, un hermoso, indecodificable relato en mayúsculas y tinta negra. En el mismo libro, pero al principio, descubro, también manuscrito, una receta de homeopatía garabateada en marcador verde, brocha gorda.

Hugo Mujica

impartir mandatos. Los mandatos interiorizados no sólo fueron al individuo, sino que han despertado también la fiereza de sí. En esa historia complicada ha surgido lo que siglos posteriores llamaron la profundidad del ser humano, este laberinto interior de sentido oculto, sentido profundo y sin sentido.

Nietzsche sabe que ahora ya es ineludible la forma de existencia «dividida». El retorno a la concordia prehistórica en relación a las relaciones internas del hombre está cerrado, cuando que tal concordia haya existido jamás. La ruptura, las hendiduras, pertenecen a la condición humana.

Sin embargo, Nietzsche nos incitará una y otra vez a hacer de nosotros una persona entera» (2, 92). Pero esa manera de ser enteramente no significa la superación imposible de la existencia dividida, sino una eficiente configuración de realización de nosotros mismos. Hay que convertirnos en realizador de sus impulsos vitales, hemos de saber balancear sobre nuestras hendiduras y ser directores del barullo de las voces. La ominosa voluntad de poder, que, según veremos en los años tardíos pulula hasta convertirse en principio de aplicación cósmica y en directora de la gran política, en Nietzsche recibe desde siempre el tono de un diapason, que es la música: lograr poder sobre sí mismo. Las obras de Nietzsche son en conjunto una única crónica de los complejos acontecimientos relacionados con el intento de tomar las riendas del mundo sobre sí mismo. Citemos otra vez el imperativo moral de Nietzsche (cf. capítulo segundo):

Has de llegar a ser señor de ti mismo, también señor de tus propias virtudes. Antes, ellas eran tus señoras, pero en adelante sólo han de ser tus instrumentos junto a otros instrumentos para adquirir poder sobre tu pro y tu contra y aprender a manejarlos en tus fines superiores. Haz de cada valorador

soberano, en la que cada uno se convierte en una persona entera», pues ésta exige fiabilidad, constancia, calma y serenidad. Convertirse en «una persona entera» es para Nietzsche la tarea suprema que cada uno puede cumplir en el espacio de su vida. Pero dicha tarea no está planteada por la historia moral, la cual en nada ha pensado menos que en convertir al individuo en una «persona entera». Por el contrario, la historia es una locura sangrienta, y en ella se han consumido los mejores hombres. Quien ha logrado hacer de sí una «persona entera» lo ha conseguido a pesar de la historia.

El primer esbozo de semejante historia desilusionadora de la moral se encuentra en *Humano, demasiado humano*, como en *Aurora*, y en *La genealogía de la moral* se concluye la historia no moral de la moral.

Ya en *Humano, demasiado humano* Nietzsche sorprende con una tesis que en su obra hará todavía una vertiginosa carrera. Su contenido es que detrás de la distinción moral entre bueno y malo se esconde la distinción más antigua: noble y plebeyo (2, 67; MA). ¿Qué es noble? Según Nietzsche, es noble el fuerte, el decidido, el que carece de miedo para practicar la venganza cuando se le ha hecho algo. Es noble el que se hace responsable de sí mismo y sabe protegerse y vengarse. Lo que hace el noble es bueno, porque él es de buen talante. Es malo el bajo. Y lo es porque no tiene suficiente estima de sí para querer defenderse, aunque sea con medios limitados. Por tanto, noble y plebeyo (bajo) son designaciones de la medida distinta en la estima de sí. Desde la perspectiva del noble el hombre malo es el hombre del cual nada hemos de temer, pues él ni siquiera se estima a sí mismo.

Pero los hombres que desde la perspectiva de los nobles son malos, pueden ser peligrosos cuando compensan su inferioridad apiñándose y pasan al ataque, bien sea corporalmente en la rebelión real de los esclavos, bien sea ideológicamente cuando invierten el sentido de la moral.

Rüdiger Safranski, *Nietzsche. Biografía de su pensamiento*.
Barcelona, Círculo de Lectores, 2001.

Este sacerdote-poeta-filósofo vive en un departamento dominado por una biblioteca pared-a-pared de orden monástico que susurra una suerte de estribillo sigiloso y conmovedor a la luz de tan sólo, casi crepúsculo, una lámpara banquera. El suave fulgor –que me obligó a tomar las fotos en la barcha

del baño de invitados– ilumina un descomunal escritorio en el que sobresalen un atril de lectura, una regla y un cardumen de marcadores, lápices y fibrones de colores. En esa guarida de inveterada parsimonia lee, subraya y relee metódicamente Hugo Mujica.

María Negroni

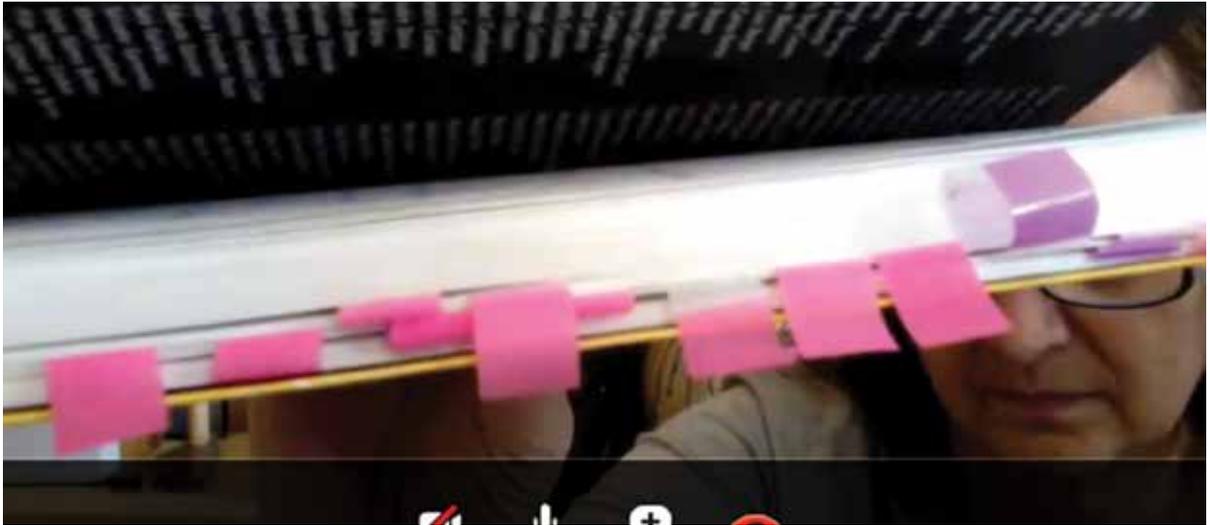


Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano*.
Buenos Aires, Sudamericana, 1980.

Aquí mismo vivió Alberto Girri, pero María se enteró de eso recién cuando firmó la escritura. El departamento lindante fue alquilado alguna vez por el pintor Remo Bianchedi, que solía acompañar al autor de *Cuestiones y razones* a tostarse a la plaza San Martín. Justo enfrente, del otro lado de la calle, vive Arturo Carrera: algo de esa genealogía edilicia-poética subyace en esta casa, que se me antoja londinense y atemporal, como salida de una película de Joseph Losey.

Clara
Obligado

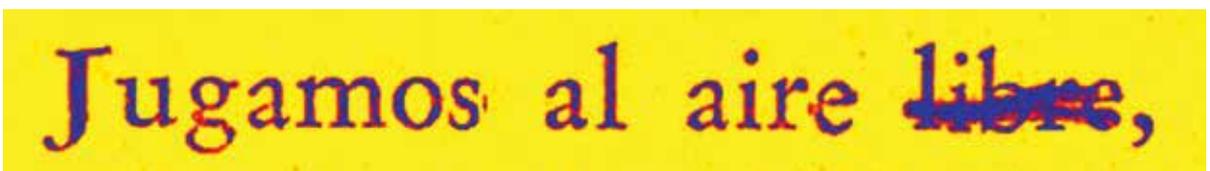
Experimento hecho vía Skype.



Clara Obligado (comp.), *Por favor, sea breve. Antología de relatos hiperbreves.*
Madrid, Páginas de Espuma, 2001.

Elvira
Orphée

Ofrenda de Leopoldo Brizuela.



Elvira Orphée, "La pequeña Ning".
Buenos Aires, revista *Sur*, n.º 306, 1967.

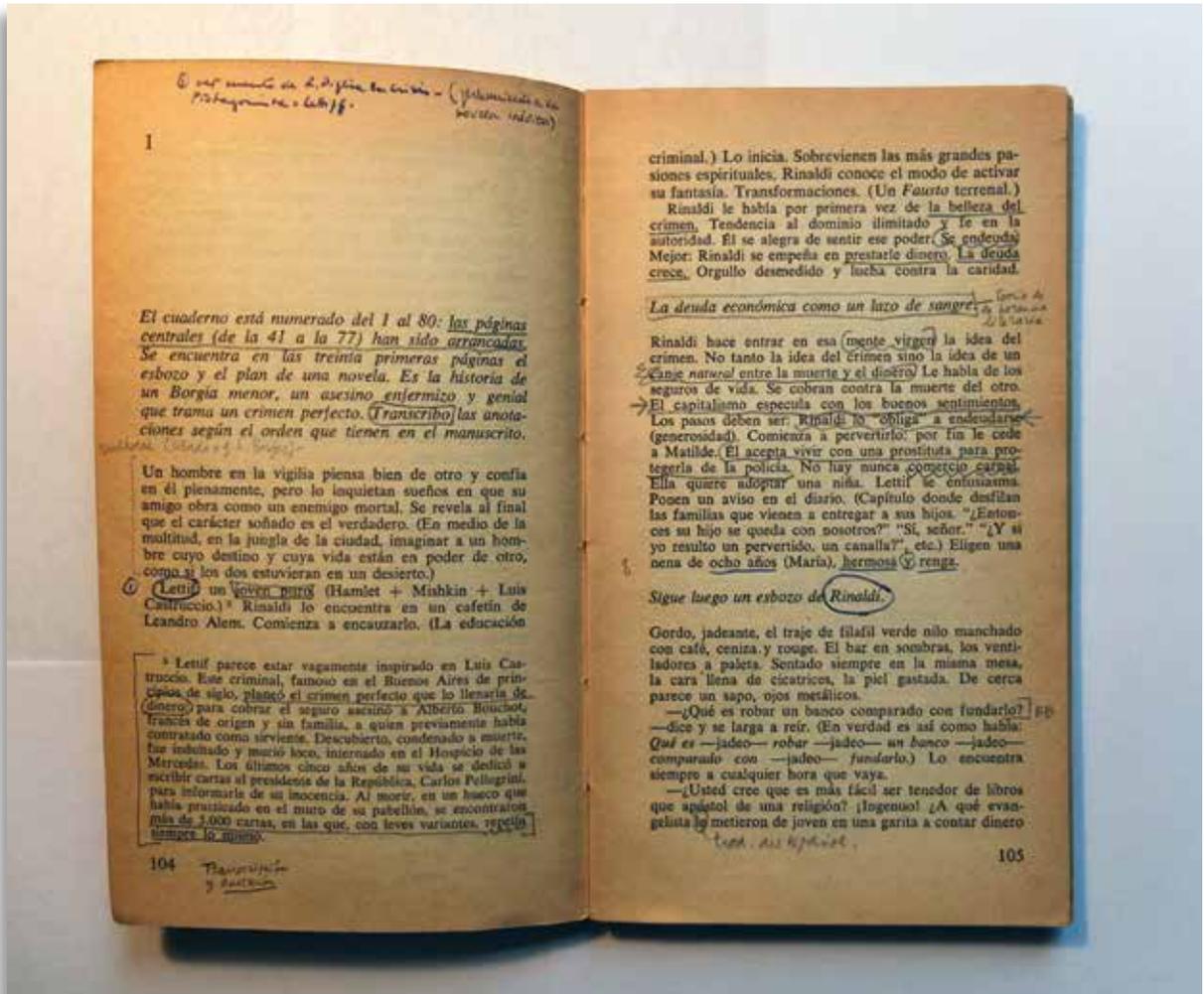
Hugo Padeletti

Ofrenda de Matías Serra Bradford.



Taisen Deshimaru, *Vrai Zen*.
Paris, Le Courrier du Livre, 1969.

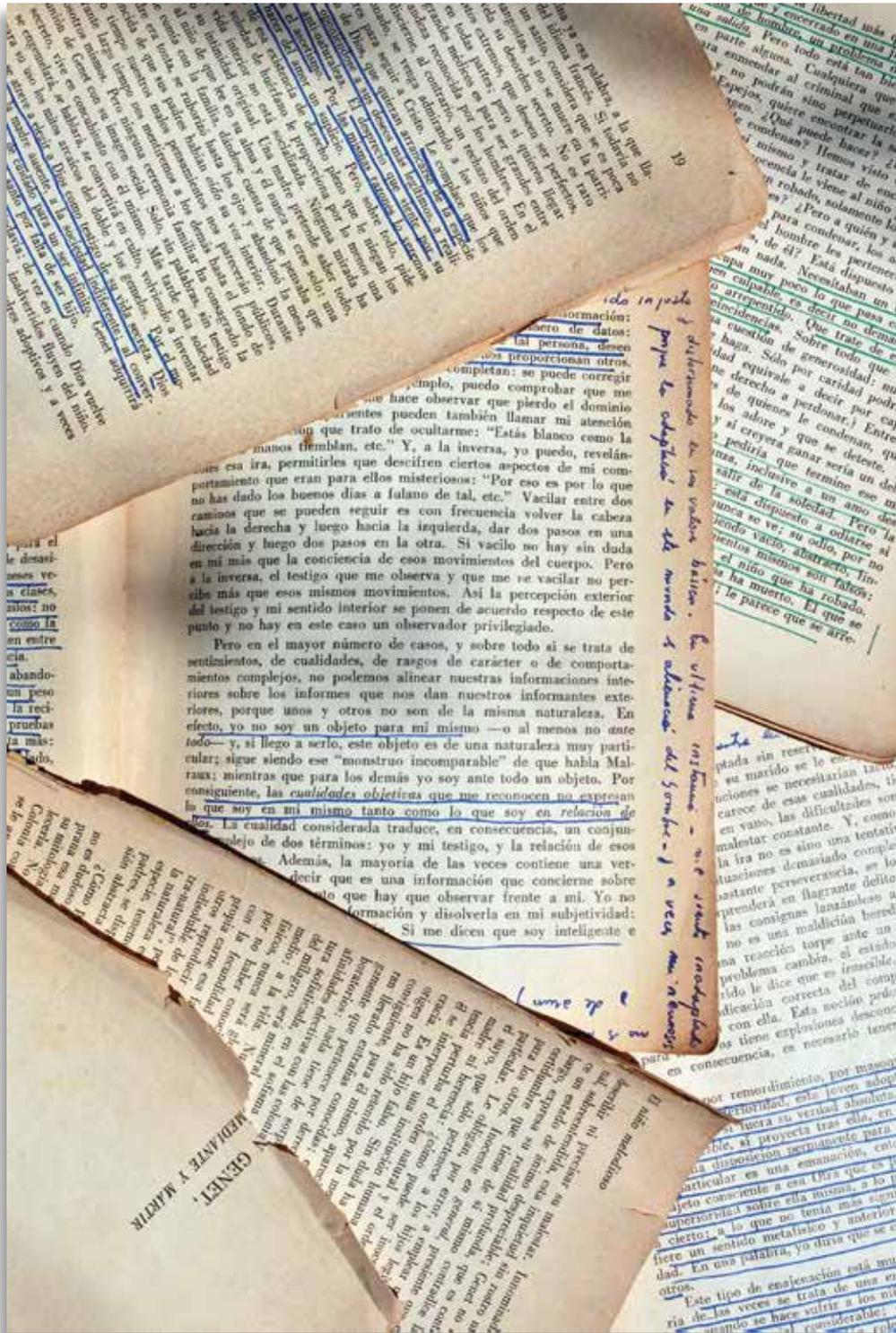
Alan Pauls



Ricardo Piglia, *Nombre falso*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1975.

Parecería no tener edad y estar pensando siempre lo mismo. Parecería no olvidarse de nada, ni siquiera de escribir la lista del supermercado como si fuese el fragmento de una novela o un ensayo. Parecería estar conforme. Parecería no escuchar el timbre. Parecería haber leído no todos, pero sí muchos de los libros que lo rodean. Parecería tipear en penumbras. Parecería estimar a Piglia, su literatura. Parecería que sabe perfectamente lo que quiere. Parecería recién mudado. Parece eso y bastante más. Sin embargo, ahora me tengo que ir.

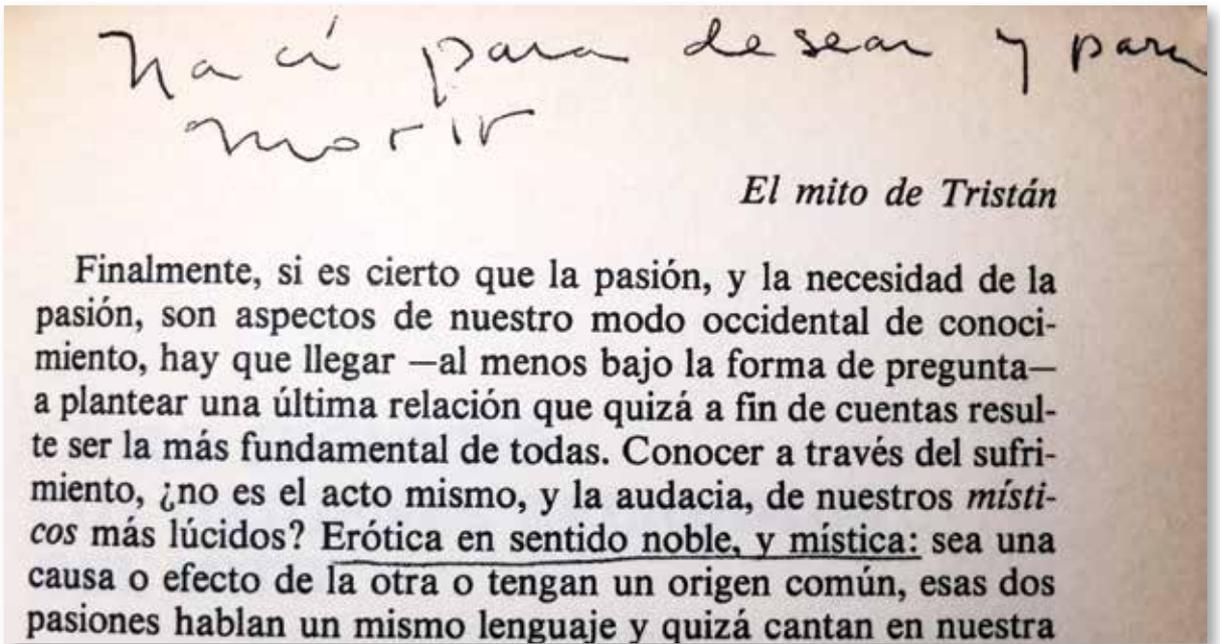
Tato Pavlovsky



Jean-Paul Sartre, *San Genet, comediante y mártir*. Buenos Aires, Losada, 1967.

Ofrenda de Mariana, su asistente (con la venia del autor).

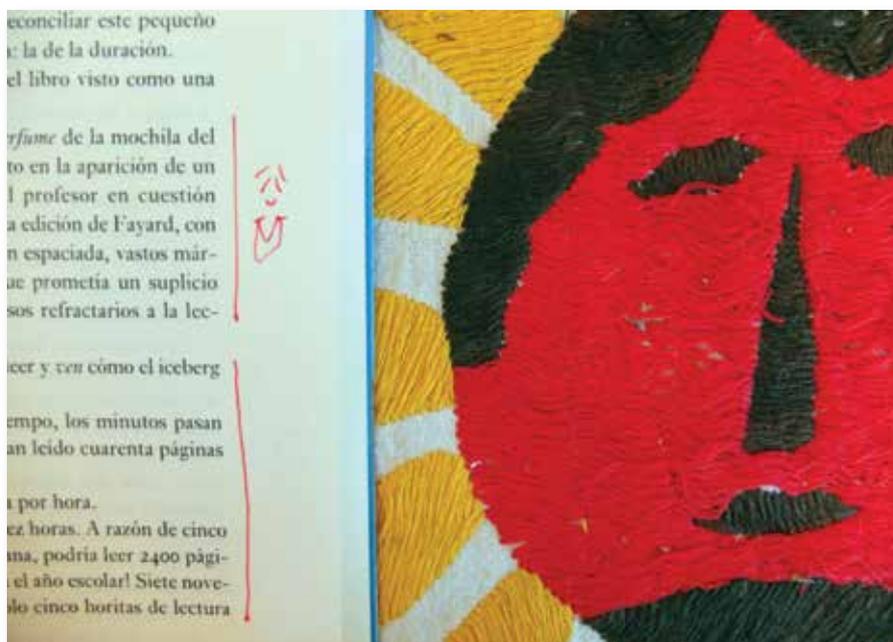
Malele Penchansky



Denis de Rougemont, *El amor y Occidente*.
Barcelona, Kairos, 1993.

A ser mi mejor amiga, fue la primera víctima del proyecto. Por eso, ahora me animo a pedirle perdón: ya que en aquel entonces no tenía la más pálida idea de cómo serían las fotos, la suya

es un tanto, por decirlo así, errática. A pesar de eso, su anotación en el margen —“nacé para desear y para morir”— funciona como epítome abreviado de su pensamiento portátil.

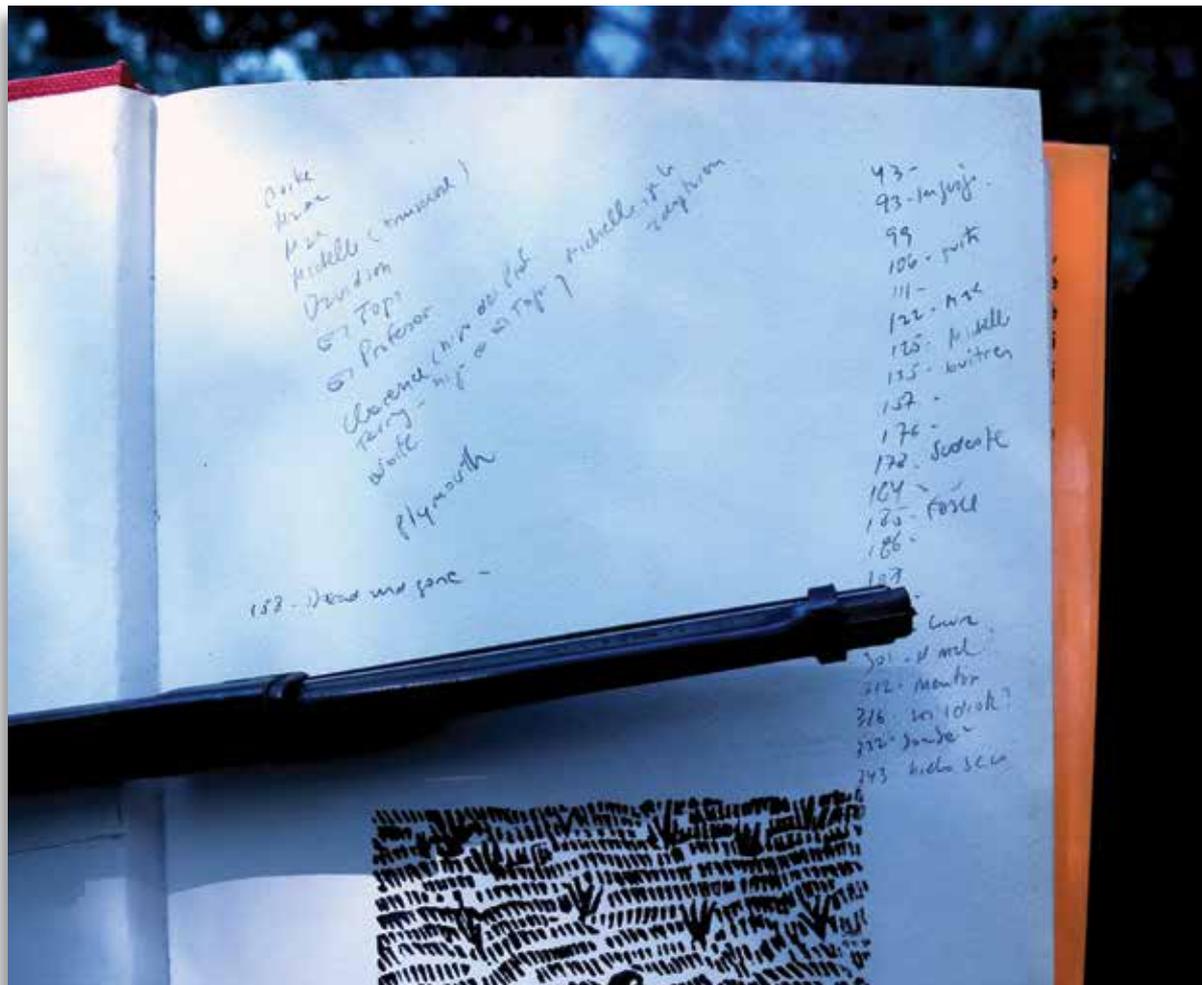


Luis María Pescetti

Ofrenda de Eric, su asistente
(con la venia del autor).

Daniel Pennac, *Como una novela*.
Buenos Aires, Norma, 2006.

Guillermo Piro



Andrew Vachss, *La seduzione del male*.
Milán, Sperling & Kupfer, 2000.

“Esto es Borges con seudónimo”, dice Guillermo, extático, bajo la sombra de los paraísos y sobre una calle de adoquines en la que contrastan sus botas tejanas color flan. Lo dice así nomás, como mucho de lo que dice, igualmente entusiasta se trate de ascensores o de Reinhold Messner. Y ahora lee a viva voz, al mismo tiempo que traduce, un exquisito párrafo de *La seduzione del male*, la novela que se empecinó en traerme hasta la puerta del taller de

restauración de bicicletas en el que me entretengo este sábado primaveral. Palpa y Crámer y la sensación de estar en una apacible ciudad de Europa del Este, frente a trenes rigurosamente vigilados. El mecánico pronuncia la primera persona del verbo “pirar” en presente y se escucha el ruido de una llave contra el vidrio del local. Ahí está Guillermo de la mano de Rita, su hija menor, con la que vino a verme hasta acá a bordo de un Sierra gris.

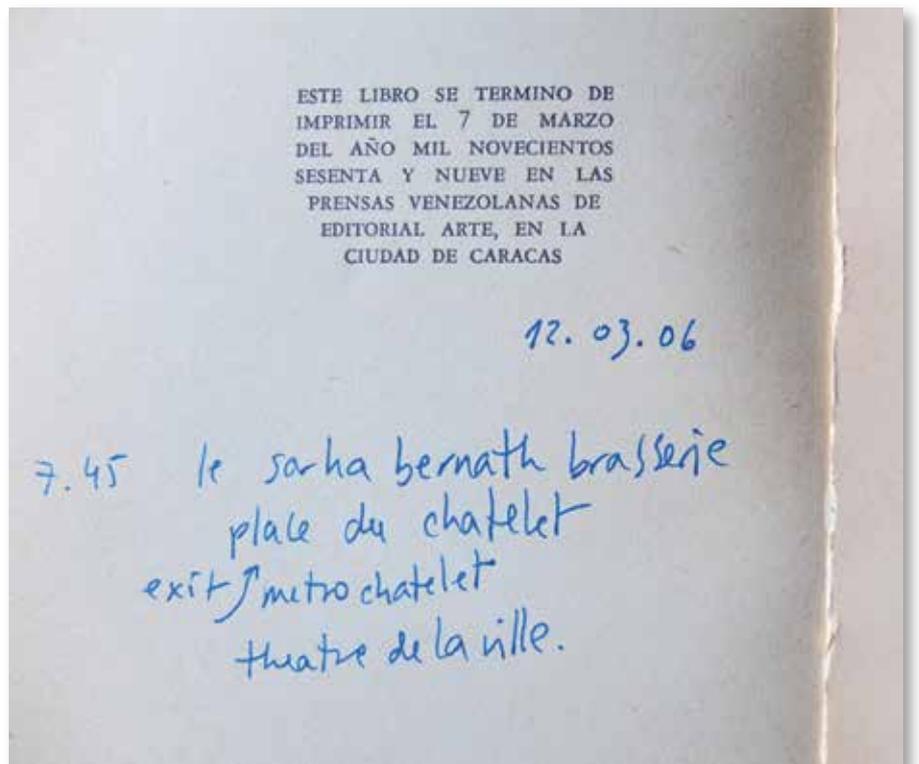


Patricio
Pron

Unsichtbares Komitee, *Der Kommende
Aufstand*.
Hamburg, Nautilus, 2010.

Experimento hecho vía mail.

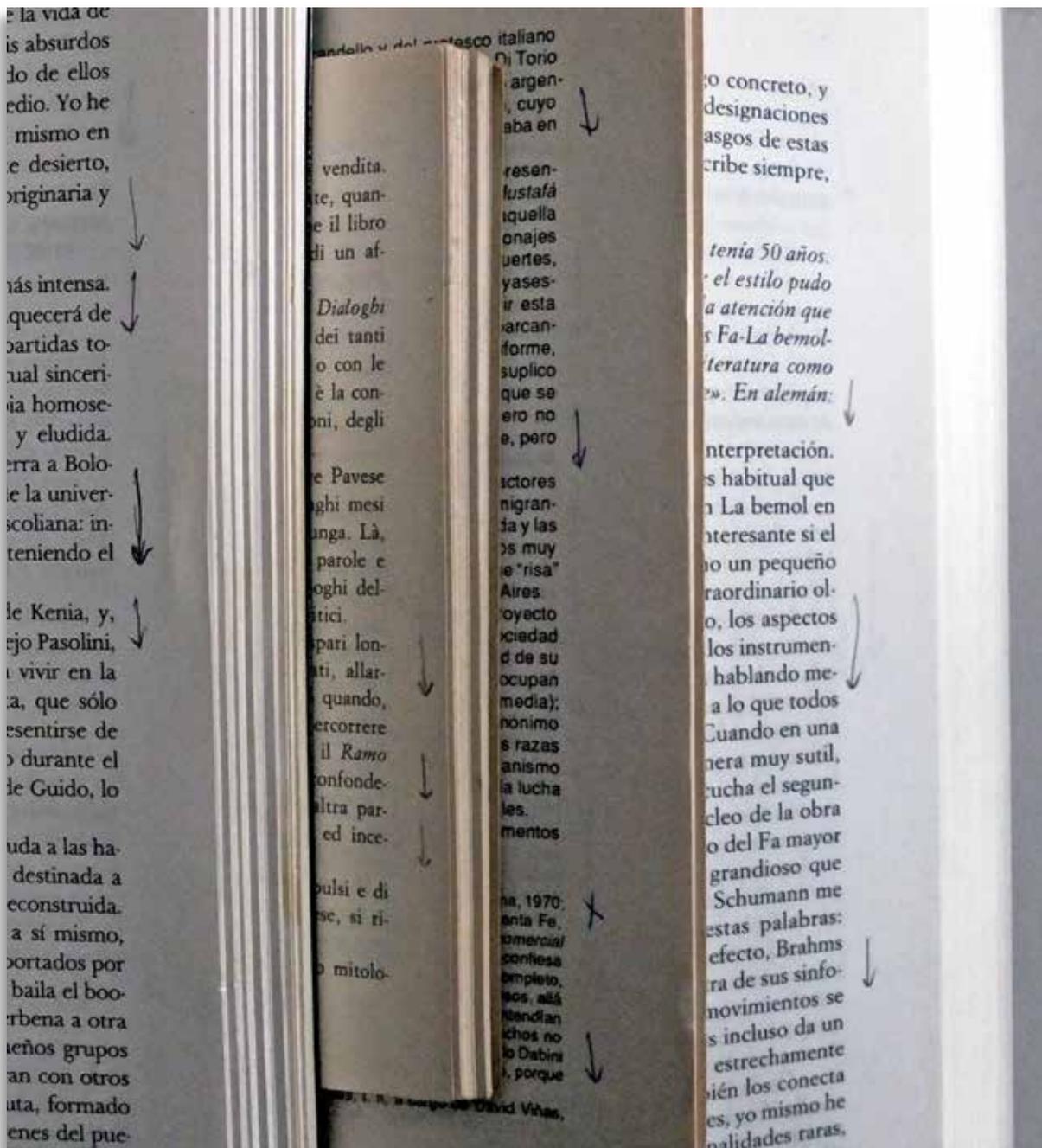
Lucía
Puenzo



Djuna Barnes, *El bosque de la noche*.
Caracas, Arte, 1969.

Ofrenda de Sergio Bizzio (con la venia de la autora).

Roberto Raschella



Nico Naldini, *Pier Paolo Pasolini*.
Barcelona, Circe, 1992.

Davide Lajolo, *Il "Vizio Assurdo"*.
Milán, Il Saggiatore, 1974.

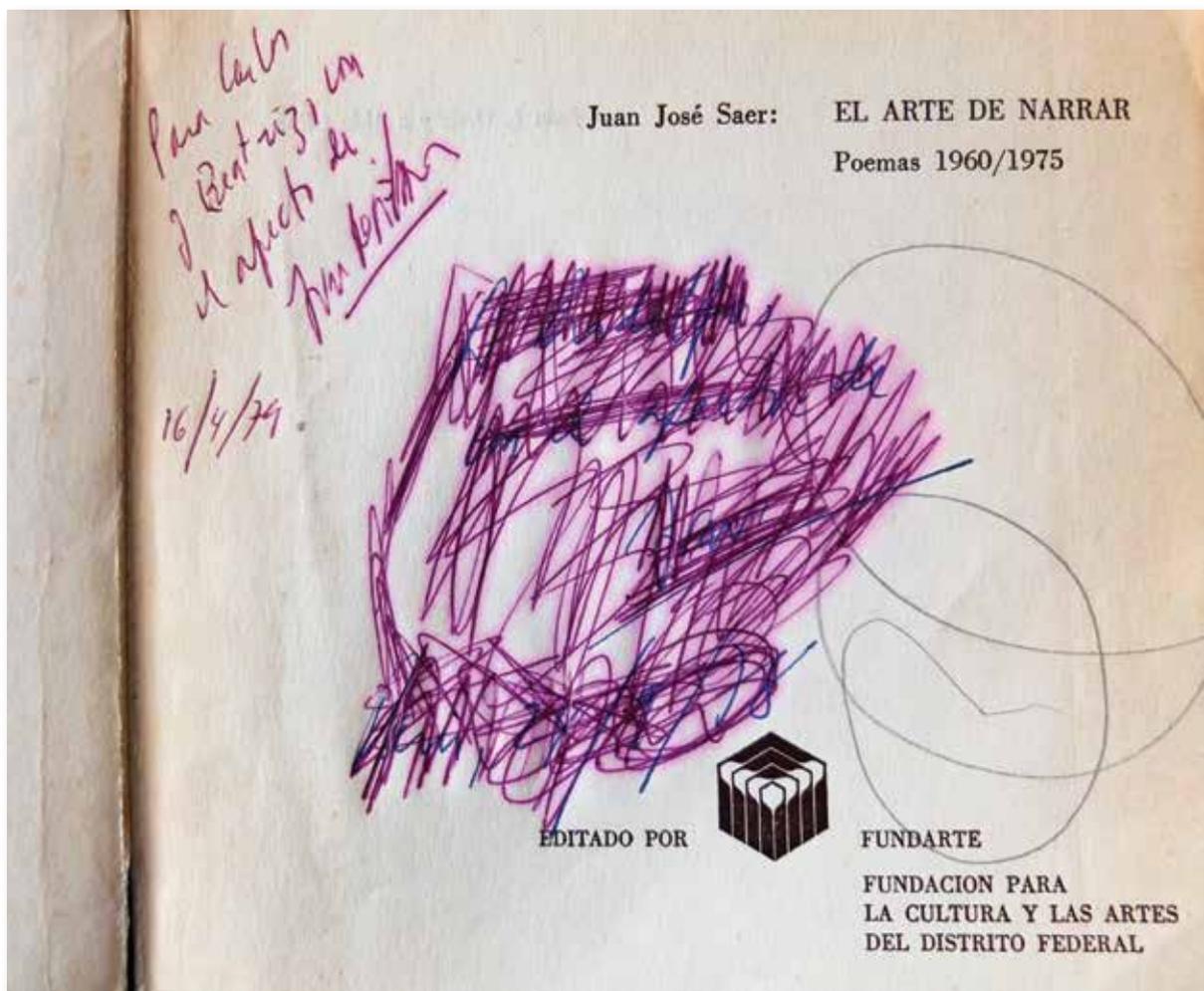
Vanni Blengino, *Más allá del océano*.
Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1990.

Nikolaus Harnoncourt, *La música es más que las palabras*.
Buenos Aires, Paidós, 2010.

Al día siguiente de haber visitado a Federico Andahazi, me encuentro con Roberto Raschella en su departamento, situado en una de esas torres altísimas a las que se accede traspasando una garita de seguridad. Le muestro en mi cámara las fotos más recientes que hice. Al ver las de Andahazi, me cuenta que él presentó, hace años, el libro de Bela que Federico eligió para que

yo fotografiase. Así las cosas, conversamos sin respiro de Italia y del italiano, de enfermedades, de bueyes perdidos, de cine, de directores argentinos de teatro, de Pino Solanas, de Pasolini, de los cortometrajes que dirigió, de llamados telefónicos intempestivos (riiiiiing: una mujer) y de heteróclitas formas de lectura –algunas de las cuales quedaron reflejadas, quiero creer, en las fotos–.

Juan José Saer
Saer



Juan José Saer, *El arte de narrar*.
Caracas, Fundarte, 1977.

Ofrenda de Beatriz Sarlo.

Beatriz Sarlo



Victoria Ocampo, *Autobiografía II. El imperio insular*.
Buenos Aires, Ediciones Revista Sur, 1983.

Se mueve en su estudio como pez en el agua. Ceba mate, fuma con boquilla, busca un libro, se sienta, cruza las piernas a lo Charly García, se levanta, busca otro libro. Recorre su biblioteca con la sabiduría de quien transita el camino de vuelta a casa con las manos en los bolsillos. Me pregunta cómo se va a llamar la muestra y le explico que momentáneamente el nombre que

elegí –y luego se confirmó– es *Leidos*. También le cuento que, conversando con Chitarroni, se nos ocurrió que el título podría ser el mismo, pero pronunciado “leidos”, sin tilde, para referirse a quienes, en otra época, eran vistos como cultos o instruidos. Me sugiere, cosa que agradezco, que esa decisión puede causar el efecto contrario, así que marcha atrás.

Fernando Sorrentino



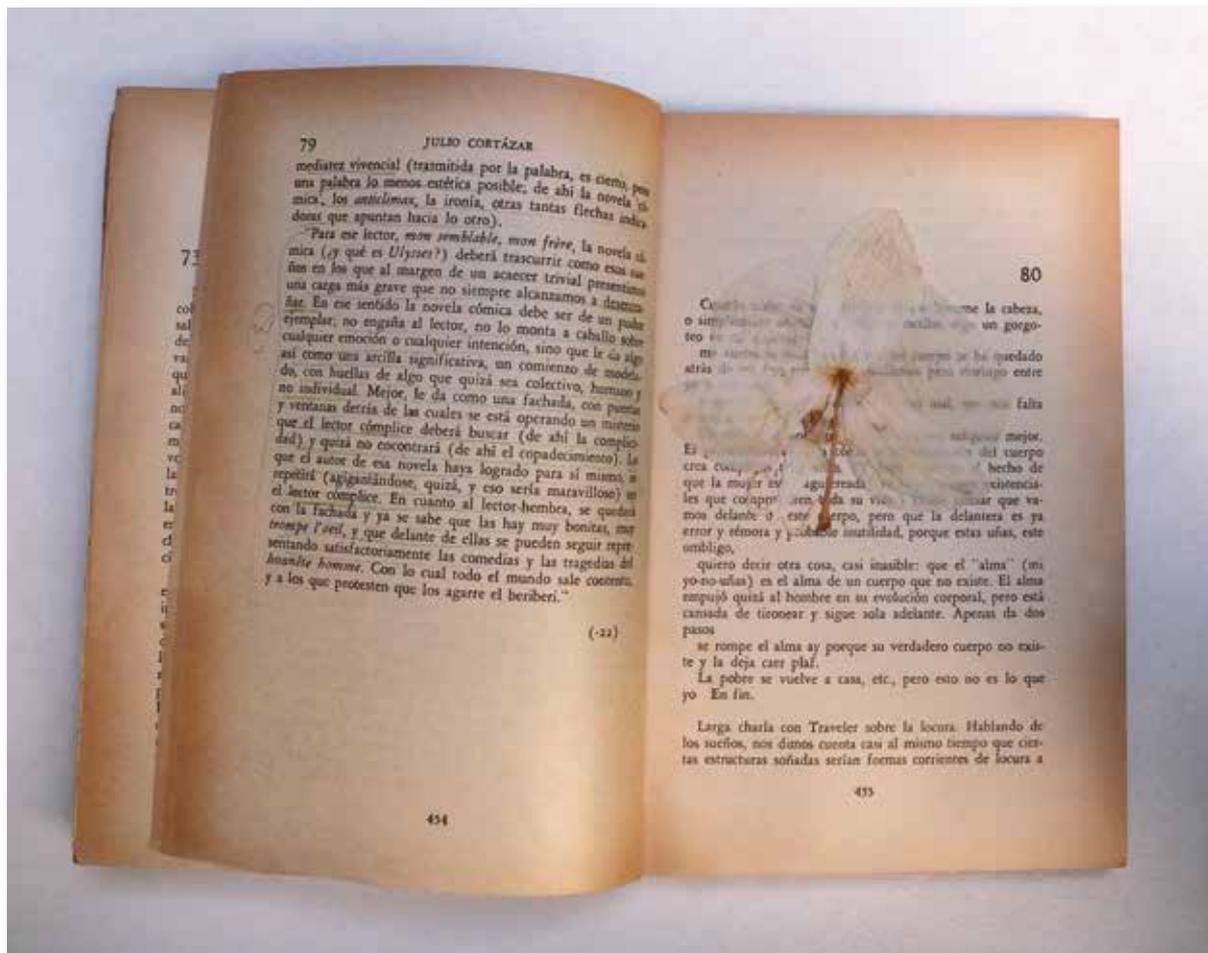
El soberano quedó extasiado

Manuel Hernández (comp.), *Cuentos escogidos*.
Buenos Aires, José Ballesta, s/f.

Programo la visita a la casa de Sorrentino en una de mis excursiones a Zona Norte (la primera: Dupont, Alonso y Álvarez Núñez; la segunda: Magnus, Brasca y él). Apenas abre la puerta, se muestra muy agradecido y me indica el camino al ático, que convirtió en paraíso terrenal para él y sus mascotas –un perro y un gato que se llevan como

perro y gato–. Retirado de todo, allí clasifica sus libros, toma café, lee y escribe. Una de las fotos más representativas de su minuciosidad registra un libro de Denevi que mandó a reencuadernar. Como se lo devolvieron con una página menos, la fotocopió de otra edición y la pegó al lado, para mitigar el secuestro.

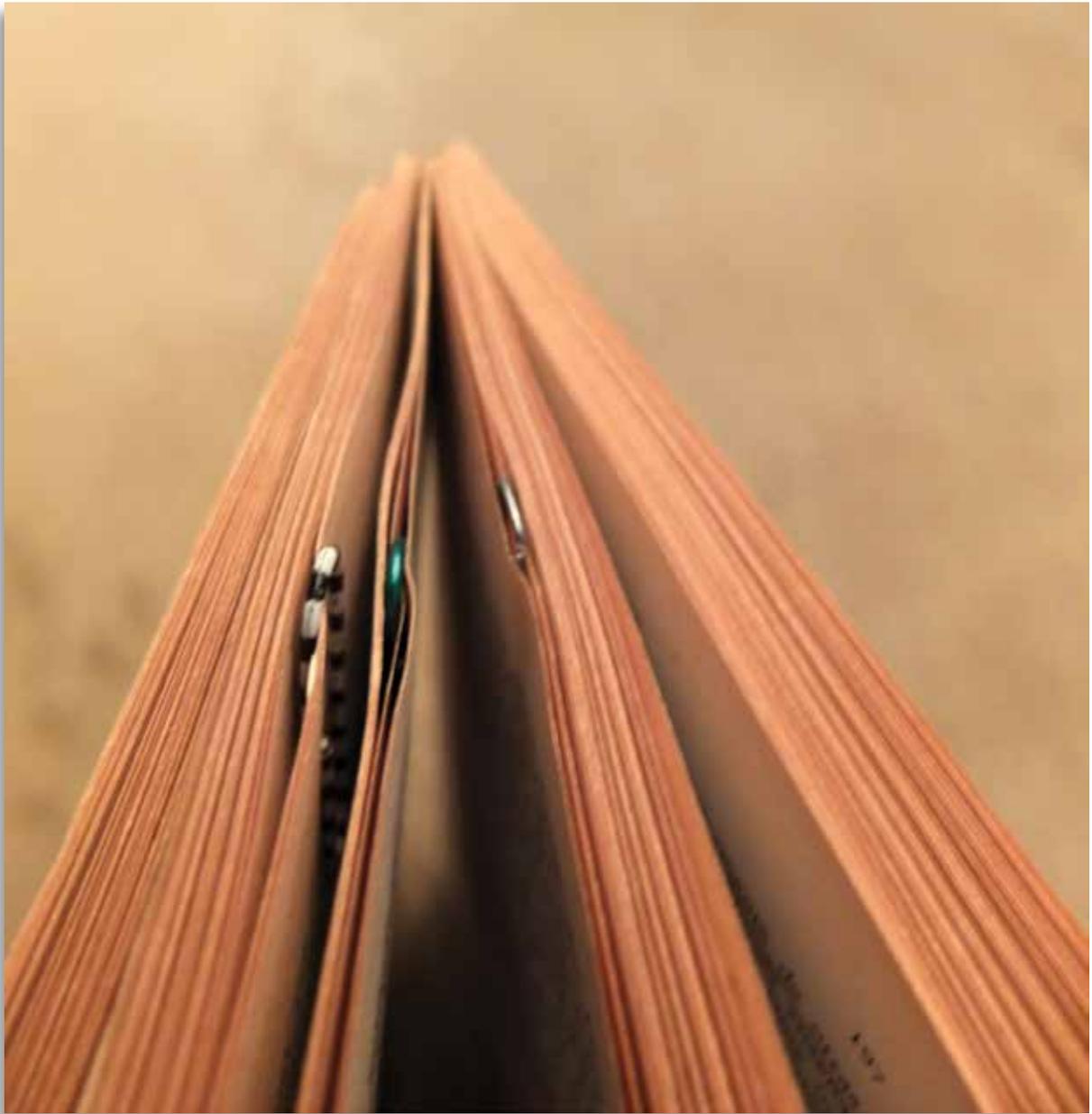
Graciela Speranza



Julio Cortázar, *Rayuela*.
Buenos Aires, Sudamericana, 1979.

No hay lugar a dudas: *Rayuela*. Aunque parezca mentira, hoy se cumple medio siglo de la publicación de la novela de Cortázar. El libro está ahí, sobre la mesa del comedor, como un plato humeante. Antes de abrirlo, Graciela me cuenta que ella y Marcelo, su marido, tienen bibliotecas separadas porque no soportan leer el mismo libro con las marcas del otro (llegado el caso, compran dos ejemplares de la misma obra y los “intervienen” separadamente); después de abrirlo, una flor de orquídea señala la página en la que el autor de *Final de juego* expone el concepto de lector-hembra.

Diana
Sperling

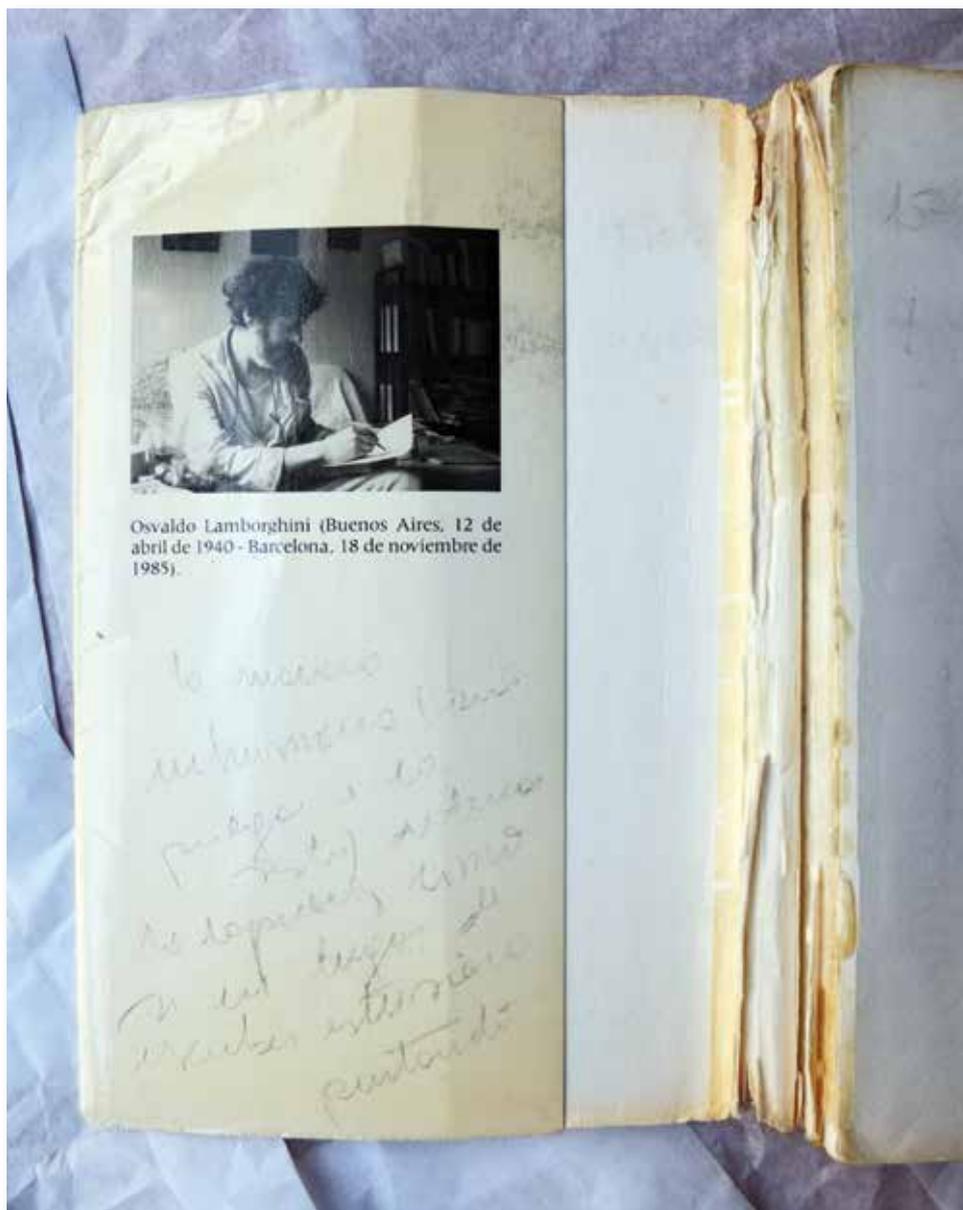


Spinoza, *Tratado teológico-político*.
Madrid, Alianza, 1986.

Luego de escuchar su apología de los jardines selváticos, me recibe con un mate de yuyos cordobeses en su cálido refugio de libros (o su “búnker”, como lo llama ella). Es filósofa, madre de Virginia Cosin, la última autora en participar del proyecto y una anfitriona de lujo. Dueña de una sonrisa contagiosa, me cuenta cómo suele leer –y eso resulta sucedáneo de cómo escribe,

piensa y enseña–: desarmando los libros colectivamente. Algo de ese espíritu se hace presente en Pésaj, cuando leen entre varios, a viva voz, la Hagadá. Las páginas de ese texto se van manchando de vino y comida: algo de ese espíritu subyace también en los ejemplares de Derrida y Spinoza que retrato en el suelo, sobre la moquette color arena.

Ricardo Strafacce



Osvaldo Lamborghini, *Novelas y cuentos*.
Barcelona, Ediciones del Serbal, 1988.

El libro elegido y el punto de encuentro no admiten discusión: *Novelas y cuentos* y el Varela Vareleta, en una de cuyas paredes cuelga un póster con la cara de Ricardo y esta frase: “Si no sos Proust, no me cuentes tu merienda.” No recuerdo si me recibe tomando un Negroni, pero sé que nos sentamos a una mesa que está al lado de la entrada, quizá para que pudiese salir cada tanto a fumar un cigarrillo a la vereda y hablarme desde ahí, a través de la ventana guillotina.

Sin que se lo haya insinuado de ningún modo, pues mi idea siempre fue fotografiar libros de autores vivos, Ricardo, que vive enfrente de este mítico bar de escritores, baja con su ejemplar de Lamborghini y dos ofrendas: una de ¡Macedonio! y otra del autor de *El fiord*. Además, pela generosamente su agenda, la abre y me anima a copiar teléfonos de posibles convocados (es más, a uno de ellos lo llama desde su celular y me lo pasa en el acto).

Damián Tabarovsky

Karl Marx, *El capital*.
Buenos Aires, Siglo XXI, 1991.



Las oficinas de la editorial Mar Dulce, que dirige, son bastante más serenas que él. Despeinado y con un Gitanes francés en boca, marca inefable de su estilo, el pequeño terremoto hace malabares –atiende el teléfono, me regala un libro de María Moreno, atiende el teléfono– mientras trato de sacarle brillo a *El capital* en la cocina, haciendo hincapié en una frase-eslogan subrayada que figura, según me cuenta, en todas sus novelas: “No lo saben, pero lo hacen”.

Juan Terranova

Damián Tabarovsky, *Literatura de izquierda*.
Rosario, Beatriz Viterbo, 2004.



Sumido en un mar de libros y sentado detrás de una computadora, así me espera Juan, que de inmediato deja todo, los libros y la computadora, y se dedica a cebar mate. Recorro la biblioteca tropezando con rarezas aquí y allá, esperando el momento de toparme con los ejemplares elegidos, que tardan en llegar, que tienen sus particularidades (la más sonante: unas bizarras anotaciones en el pie de imprenta), y que cuelgo con broches del ténder de la terraza –el cielo nublado– antes de disparar.

Rafael
Toriz



Stephen J. Burn (ed.), *Conversaciones con David Foster Wallace*.
Málaga, Pálido Fuego, 2012.

Llego a la redacción del diario *Perfil* en medio de una tormenta de órdago. Por suerte, consigo escamotear la cámara en la guantera de la moto y, después, en una bolsa de súper. Tras pasado el episodio recepción bastante “gasallesco”, en un chiribitil del noveno piso, plagado de escritorios, periodistas, computadoras y paraguas, está Fay, el lúcido ensayista mexicano, ahora amigo, que conocí hace un tiempo acá, en Buenos Aires. De hecho, su sagacidad de lince y su ímpetu veracruzano me ayudaron a entender varios aspectos de la argentinidad (por ejemplo, nuestro carácter adolescente).

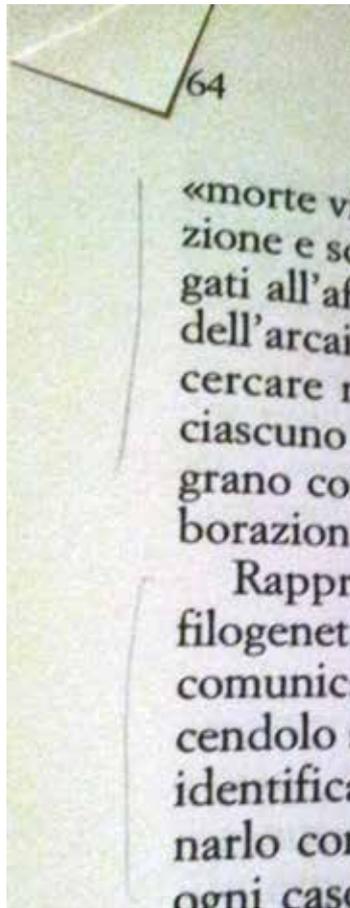
Luisa Valenzuela



Julio Cortázar, *62 / Modelo para armar*.
Barcelona, Bruguera, 1980.

Su casa del Bajo Belgrano, otrora una fábrica de partes de Saíres acondicionados, parece quieta como un lago hasta que una pareja de loros agitan el avispero con sus quebrantos. Con la experiencia en las alforjas de haber incluido mascotas en otras sesiones (caso Oliverio Coelho, caso Guillermo Martínez), propongo que sus queridas aves interactúen frente a cámara. Así es como, al ritmo de “Chonita”, del mítico Cri Cri –que tararea “desde que te divisé, con tu precioso pico / yo con locura pensé, ese cotorro es mi tipo”–, y de una charla que gira en torno de la entropía, las plumas verdes se posan sobre Lacan o se esconden detrás de Cortázar.

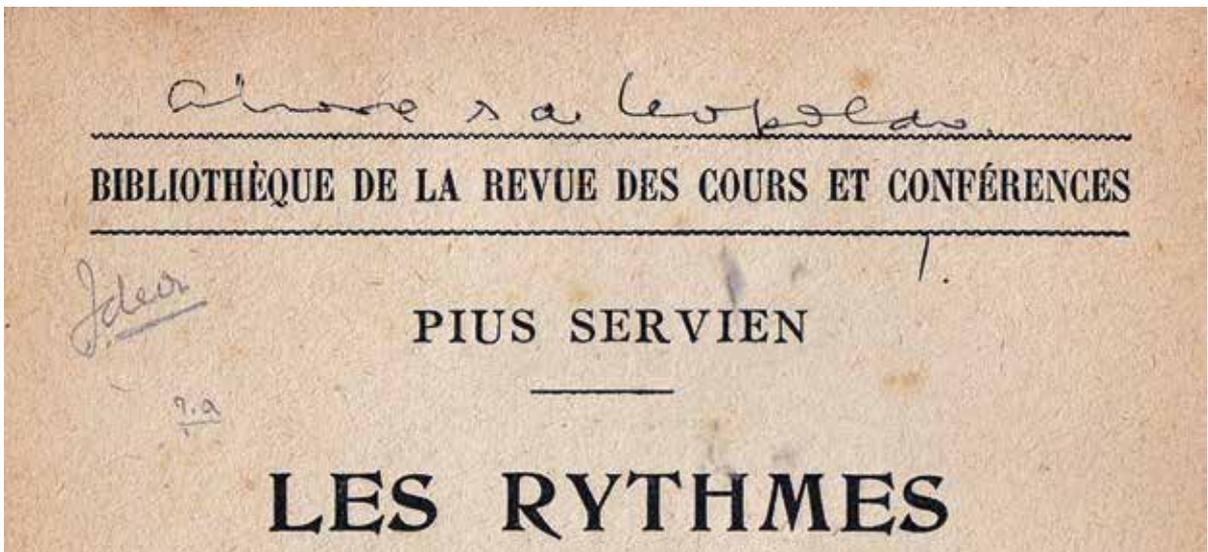
Gianni
Vattimo



Ofrenda de Guillermo Piro (vía mail).

Manuela Tartari, *La terra e il fuoco*.
Roma, Meltemi, 1996.

Idea
Vilariño

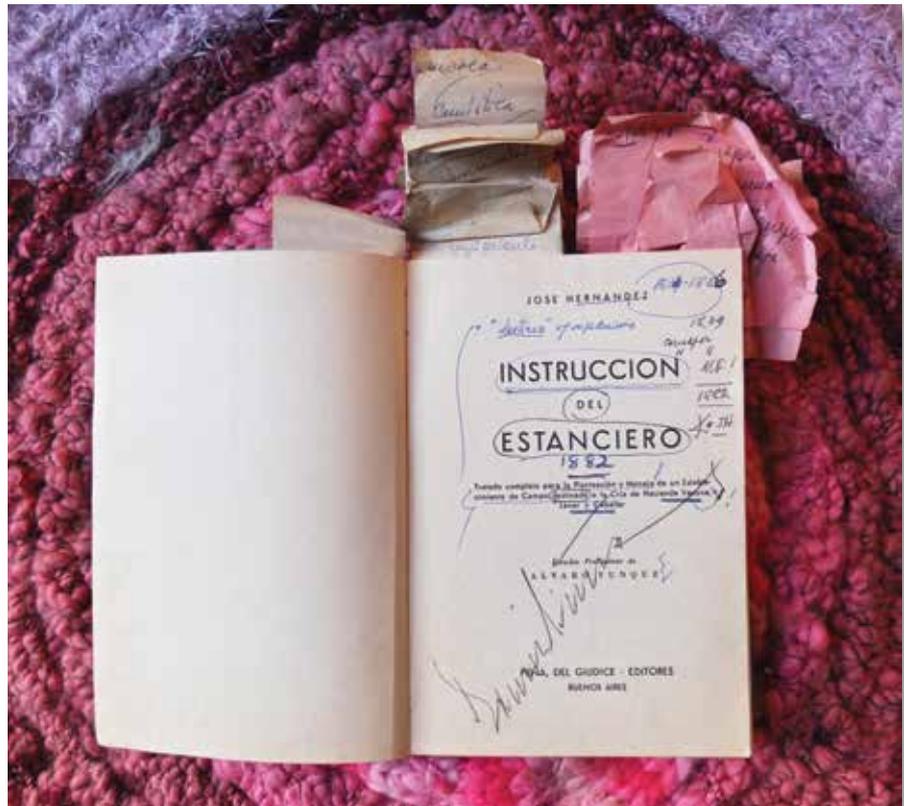


Pius Servien, *Les rythmes comme introduction physique à l'esthétique*.
Paris, Boivin et Cie, 1930.

Ofrenda de Leopoldo Brizuela.

David Viñas

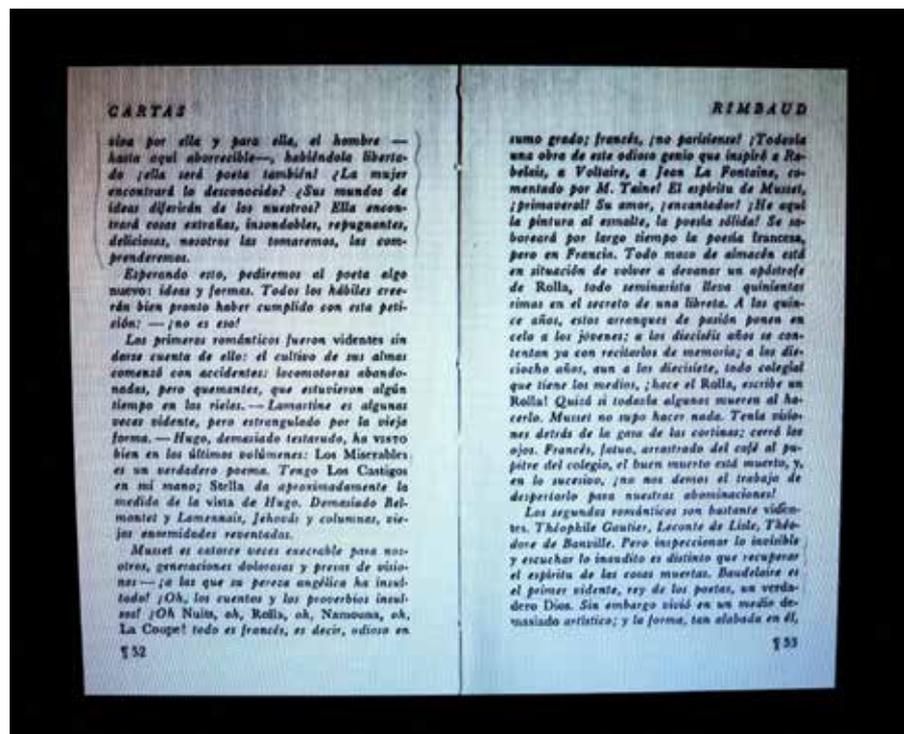
Ofrenda de María Moreno.



José Hernández, *Instrucción del estanciero*. Buenos Aires, Peña, Del Giudice, 1953.

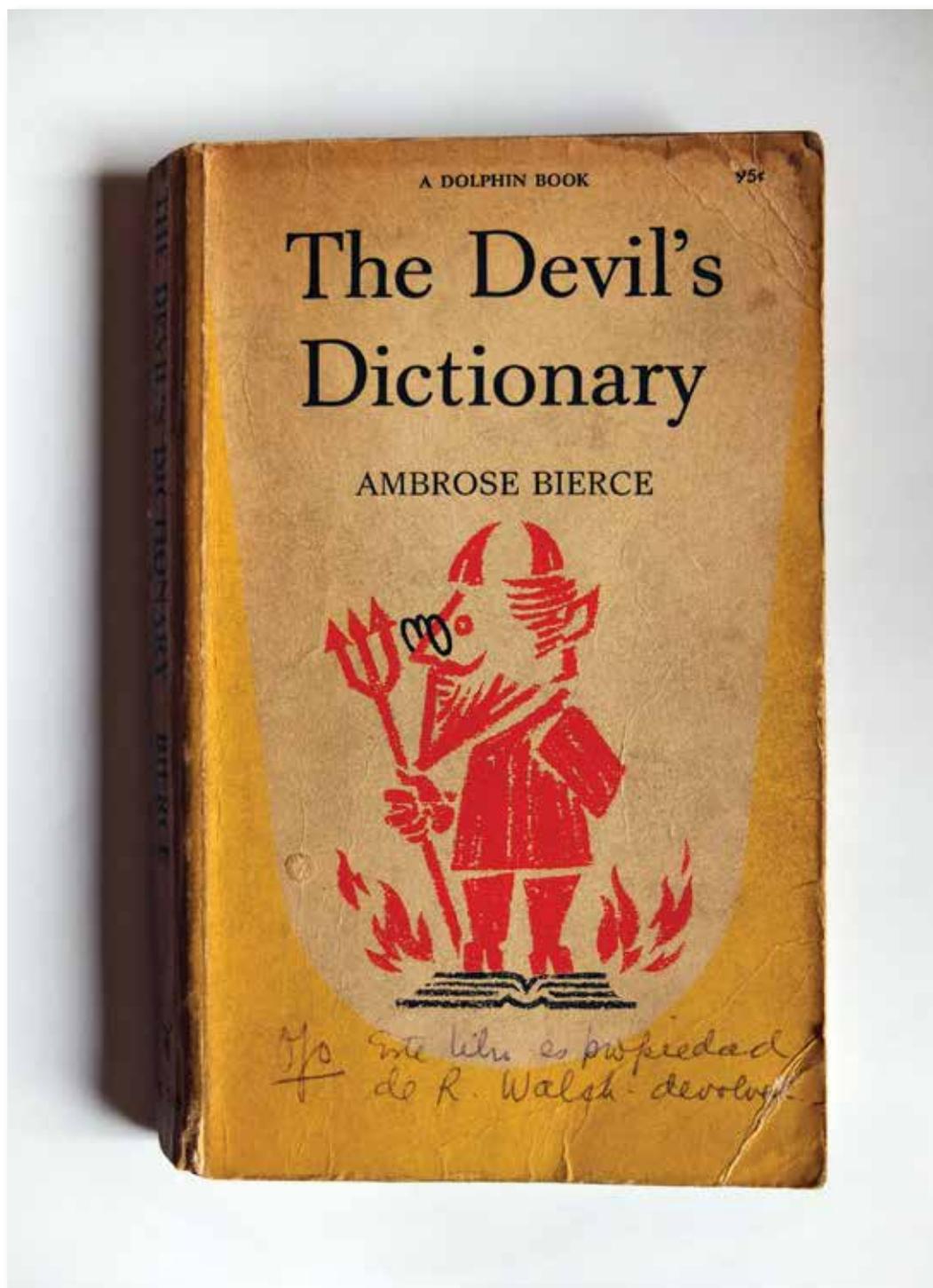
María Elena Walsh

Ofrenda de Leopoldo Brizuela.



Arthur Rimbaud, *Cartas de la vida literaria*. Buenos Aires, Poseidón, 1945.

Rodolfo
Walsh



Ambrose Bierce, *The Devil's Dictionary*.
Nueva York, Dolphin Books, 1960.

Ofrenda de Miguel Brascó.

Índice

7	Inés Acevedo	Tamara Kamenzain	47
8	Ezequiel Alemian	Mauricio Kartun	47
9	Matías Alinovi	Pablo Katchadjian	48
10	Selva Almada	Martín Kohan	49
11	Rodolfo Alonso	Oswaldo Lamborghini	50
12	Gustavo Álvarez Núñez	Federico León	50
13	Federico Andahazi	Mauro Libertella	51
14	Teresa Arijón	Daniel Link	51
14	Oswaldo Baigorria	Julio Llinás	52
15	Sandro Barrella	Mariano Llinás	53
16	Gabriela Bejerman	Ariel Magnus	54
17	Ariel Bermani	Vera Makarov	55
17	Sergio Bizzio	Guillermo Martínez	56
18	Mariano Blatt	Silvio Mattoni	57
18	Ivonne Bordelois	Naty Menstrual	58
19	Raúl Brasca	Milita Molina	59
20	Miguel Brascó	Sylvia Molloy	60
21	Leopoldo Brizuela	Jorge Monteleone	61
21	Marc Caellas	Esteban Moore	61
22	Arnaldo Calveyra	María Moreno	62
23	Luis Cano	Hugo Mujica	63
24	Abelardo Castillo	María Negroni	64
25	Sergio Chejfec	Clara Obligado	65
26	Luis Chitarroni	Elvira Orphée	65
27	Oliverio Coelho	Hugo Padeletti	66
28	Marcelo Cohen	Alan Pauls	67
29	Virginia Cosin	Tato Pavlovsky	68
30	Edgardo Cozarinsky	Malele Penchansky	69
31	Thibault de Montaigne	Luis María Pescetti	69
32	Pablo de Santis	Guillermo Piro	70
33	Mariana Dimópulos	Patricio Pron	71
34	Jorge Dubatti	Lucía Puenzo	71
35	Mariano Dupont	Roberto Raschella	72
36	Rodolfo Edwards	Juan José Saer	73
36	Mariana Enríquez	Beatriz Sarlo	74
37	Diego Erlan	Matías Serra Bradford	75
37	Laura Estrin	Fernando Sorrentino	76
38	Macedonio Fernández	Graciela Speranza	77
38	Fogwill	Diana Sperling	78
39	Sara Gallardo	Ricardo Strafacce	79
39	Martín Gambarotta	Damián Tabarovsky	80
40	Carlos Gamerro	Juan Terranova	80
41	Germán García	Rafael Toriz	81
41	Pablo Gianera	Luisa Valenzuela	82
42	Allen Ginsberg	Gianni Vattimo	83
43	Mercedes Halfon	Idea Vilariño	83
43	Iosi Havilio	David Viñas	84
44	Sylvia Iparraguirre	María Elena Walsh	84
45	Carmen Iriondo	Rodolfo Walsh	85
46	Noé Jitrik		

Biblioteca Nacional

Director

Horacio González

Subdirectora

Elsa Barber

Directora del Museo del libro y de la lengua

María Pia López

Directora Técnico Bibliotecológica

Elsa Rapetti

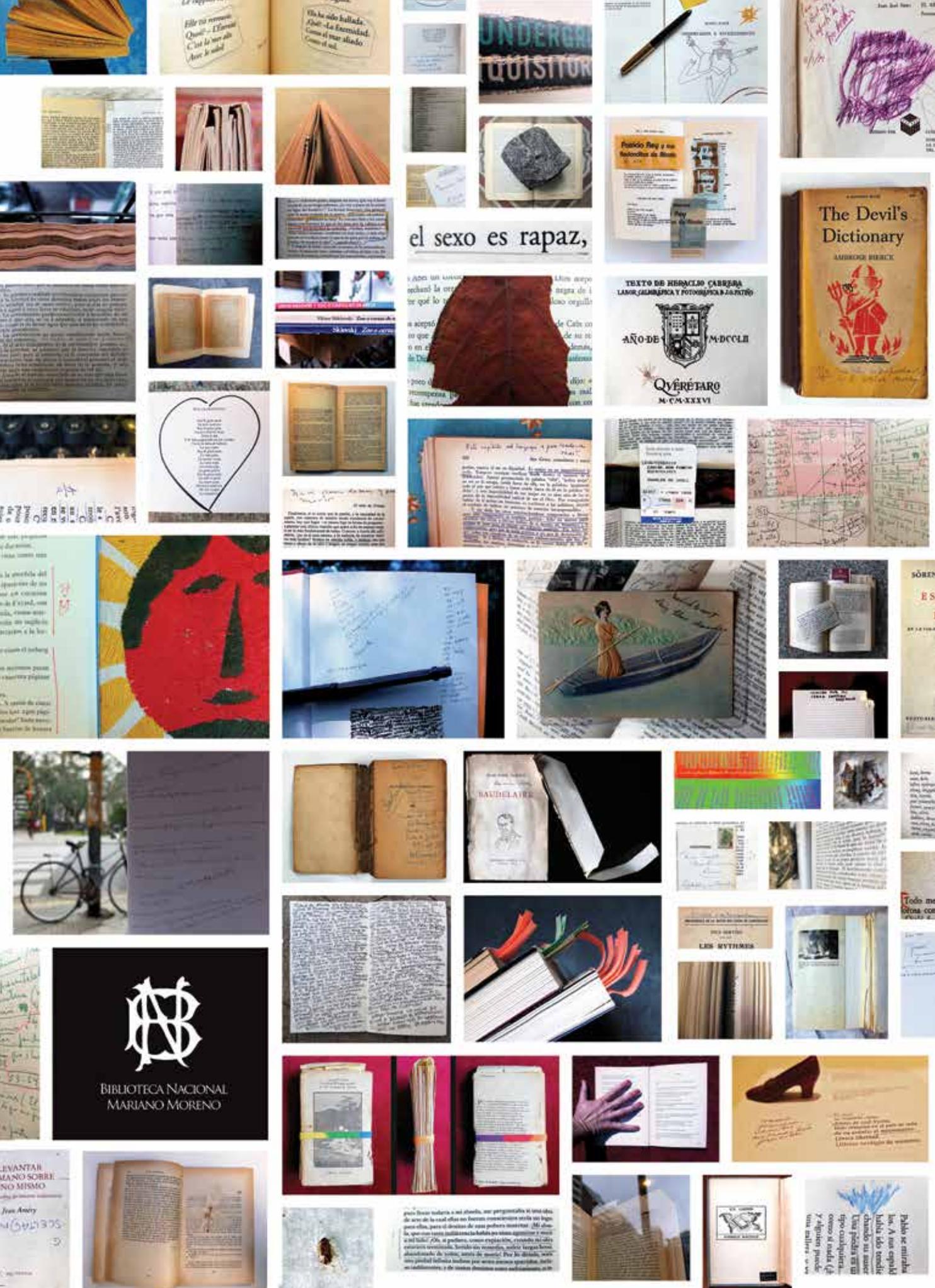
Director de Administración

Roberto Arno

Director de Cultura

Ezequiel Grimson

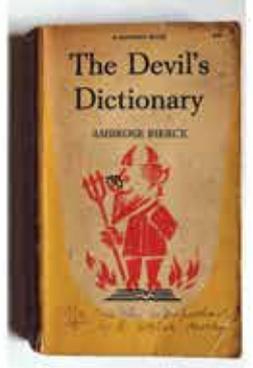
Este catálogo se terminó de imprimir en el invierno de 2014, como parte de la exposición fotográfica *Ledos*, presentada en la Sala Juan L. Ortiz de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno de la República Argentina. Se imprimieron 2.500 ejemplares en los talleres de Papiro Color S. A. para su distribución libre y gratuita.



Le rapin
Bite tu rousin
Quoi - L'horon
C'est la mer alle
Avec le melle

On he sido hallada.
Aqui - La Externidad.
Como el mar aliado
Como el sol.

UNDERGR
QUISTOR



el sexo es rapaz,

